

CARAMELOS DE CAFÉ

Paula Dalli

de

Lectulandia

Recién cumplidos los dieciocho años, a Valentina se le abre un futuro lleno de posibilidades: en breve iniciará su vida universitaria lejos de su familia y se trasladará a Madrid a vivir con Melanie, su mejor amiga. Sin embargo, parece que todo se tuerce. Su madre acaba de abandonar la casa familiar para irse a vivir con su nuevo novio, y ahora Vale debe lograr que su padre y su hermano aprendan a cuidarse por sí mismos antes de que ella se marche. Solo le consuela desayunar en su lugar favorito, que atiende el barista más guapo y sensual que ha visto nunca, Jon. Valentina necesita sentirse una adulta independiente y cumplir todos los planes que lleva años imaginando, pero Madrid le reserva una sorpresa: cierto día mientras pasea por la calle entra en una especie de pizzería *do it yourself* cuyo encargado, casualmente, es Jon, el barista guapo de Altea. Así comienzan una relación en la que compartirán su amor por la cocina y el sueño de dedicarse profesionalmente a ello.

Para lograrlo, se verá envuelta sin quererlo en un revuelto de ingredientes variados: nuevas amistades, reapariciones inesperadas y una sensación de descontrol al tomar decisiones pensando que improvisar una receta siempre sale bien.

Lectulandia

Paula Dalli

Caramelos de café

ePub r1.0

Titivillus 02.05.2019

Título original: *Caramelos de café*
Paula Dalli, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

PROYECTO SCRIPTORIUM

Más libros, más libres

6

Aniversario



EDICIÓN CONMEMORATIVA

¿Quién no se ha pasado la adolescencia soñando con cumplir los dieciocho? ¿Quién no ha pensado que el día después de su decimoctavo cumpleaños se abrirá un mundo de independencia y de posibilidades infinitas? Sin embargo, Valentina apoyaba el pie derecho en el mismo adoquín rajado al salir por la puerta de su casa todos los días; se convencía de que esa era la forma de tener un buen día; porque, aunque lo negara, la mala racha que se había desatado tras su decimoctavo cumpleaños la había vuelto algo supersticiosa.

Altea era precioso, a Vale no le cabía duda; pero era un pueblo pequeño, todo el mundo se conocía y eso es un problema cuando se quiere olvidar. Apenas le quedaban un par de meses para irse a Madrid y por fin empezar a vivir su mayoría de edad como siempre se la imaginó. Si algo negativo tenía mudarse a la capital era tener el mar a más de 400 kilómetros de distancia. Por eso, aprovechaba muchos amaneceres de julio para simplemente salir a la puerta de su casa y observar el sol asomarse tímidamente entre los dos acantilados desde los que alguien había decidido empezar a dibujar el trazado de la fina línea que separa algo tan inmenso como el mar y el cielo. Sabía que lo iba a echar de menos.

Se paraba a pensar en la aparente grandeza de esos tres elementos: la tierra, el cielo y el mar, y en lo delicados que son en realidad. Eso pasa también con las personas. Las que parecen más fuertes y bravas guardan una delicadeza interna a la que solo pueden acceder aquellos que saben cómo ganársela. Vale hizo merecedor de su delicadeza a Marc, el chico con el que llevaba compartiendo dos años y medio de su vida y junto a quien estaba convencida pasaría el resto de sus días. Era un sentimiento muy intenso y muy real, pero aun así no se veía capaz de describirle a casi nadie lo fuerte

que lo amaba, pues estaba segura de que muchos le hubieran dicho que no era posible sentirse así a los dieciséis años; que era pura tontería. Habría negado con rotundidad e incluso apostado dinero si, antes de empezar a salir con Marc, alguien le hubiera dicho que sería tan romántica y dulce (hasta el punto de parecer empalagosa) como lo había sido al enamorarse de él. No sabía dar una explicación, simplemente se dejaba llevar por las mágicas sensaciones que recorrían su cuerpo cada vez que sentía el roce de su piel en un abrazo, cada vez que le escuchaba a través del teléfono o cada vez que recibía un mensaje suyo. Flotaba de felicidad.

Sin embargo, la segunda Navidad que pasaron juntos debió nevarles tanto encima que la cosa se quedó congelada. Para cuando llegó la primavera, la nube estable sobre la que la pareja llevaba dos años posándose estaba a punto de deshacerse en forma de lluvia y eso dejaba a Valentina con dos opciones: echar a volar como un pájaro en busca de un nuevo destino, antes de que las plumas se le mojaran; o quedarse quieta y dejarse caer a la tierra, sin saber sobre la copa de qué árbol caería. Quiso inclinarse por la primera opción, pero unos vientos huracanados de marzo la desviaron.

En el calendario que colgaba de la puerta de su habitación, había marcado una cuenta atrás con los días que le quedaban para que arrancara su nueva vida como universitaria en Madrid. Lejos de todos los vientos que estaban desgastando sus alas. Por fin podría volar libre.

No existe una medida de tiempo exacta para que se solucionen las cosas, pero pasar la noche anterior en vela había sido tan productivo que aquella mañana Vale se había levantado de la cama («despertar» no sería el término adecuado, pues no había llegado a dormir) con un subidón considerable de energía.

Con una actitud renovada, despejada y sin necesitar tomarse un café (menos mal, porque odiaba su sabor), salió de casa sin llaves, sin rumbo. Incluso se olvidó de su chaqueta vaquera para las mañanas frescas y húmedas típicas de los pueblos de costa.

Llena de una energía imparable y una detectable ansiedad que descargaba en sus zancadas, decidió pararse e intentar calmarse. Cerró los ojos, y se concentró en escuchar los inofensivos rugidos de un mar Mediterráneo que aquel día jugaba a ser océano. Ella lo veía como un gato doméstico con aspiraciones de ser león salvaje. Cuando consiguió que el ritmo de las olas apaciguara el rápido ritmo de su pulso, sin llegar a bajarle el ánimo positivo,

siguió caminando a paso ligero, todavía sin destino determinado, pero esa incertidumbre le gustaba.

A su paso, Vale sonreía apreciando el ánimo de los ancianos extranjeros que viven en Altea y los pueblos que la rodean. Todas las mañanas eran ellos quienes «ponían las calles» con su equipación oficial: bicicletas con cesta, unas gorras blancas de visera resistentes al viento y sus sonrisas permanentes; inmunes a los gritos y malos gestos de algunos conductores alicantinos a quienes parecían siempre estorbar.

Aunque tuviera que desviarse de su ruta habitual, a Valentina le gustaba atravesar un pequeño callejón del casco antiguo que siempre escupía una fuerte corriente de viento donde se intensificaba el híbrido olor a pan y pasteles que salía de una pequeña panadería tradicional. Eso siempre le avivaba el buen humor. De pequeña, compraban el pan en esa tienda y no había vez que no le pidiera a su madre quedarse asomada entre las dos vitrinas que separaban los dulces de los salados mirando los entresijos del obrador: el horno de piedra, los esponjosos rellenos de nata, la crema pastelera, los chocolates o el merengue y las masas caseras, tan elásticas y moldeables.

—¿Me dejas mirar la plastilina que se come, mami? —siempre pedía.

El olor de la panadería terminó de abrirle el apetito. Su GPS instintivo puso sus pies rumbo al paseo de la playa del Albir, el pueblo vecino. Acababa de marcarse un objetivo claro: desayunar una tostada de pan de semillas con tomate y queso fresco sentada sobre una carretilla restaurada que formaba parte del mobiliario de D'Origen, la nueva y única cafetería *hípster vintage* que había por la zona, como esas que Valentina llevaba ya un par de años viendo en las fotos de los *instagramers* madrileños. Aunque ella no tuviera quien le hiciera fotos. Estaba sola y se acababa de proponer disfrutar de su soledad.

Eran ya las 9.30 de la mañana y probablemente su padre se extrañaría al levantarse y no ver a Vale en casa. Era ella quien volvía siempre con una barra de pan un rato antes de que Ramón se despertara. Era comprensible que dependiera de la compañía de su hija, pues el hermano pequeño de Valentina, Rafa, tan solo tenía quince años y no entendía, o no quería entender, lo que había pasado en su casa. Ya se sabe, los hombres tardan más en madurar que las mujeres. Aunque nadie quisiera reconocerlo, era muy obvio que, para Ramón, Valentina siempre lo había sido todo, su ojito derecho. En aquel momento todavía más, pues estaba siendo su mayor y casi único apoyo.

Llevar una empresa nunca había sido un trabajo fácil. Ramón se pasaba los días y los meses de reunión en reunión, yendo y viniendo a Madrid, Baleares e incluso alguna vez también paraba en Canarias. Coordinaba las temporadas de verano de su cadena hotelera, The Sun Club, que contaba con cuatro hoteles: dos en Benidorm, uno en Formentera, otro en Ibiza y un quinto en proceso de construcción en Fuerteventura. Rondaba los cuarenta y cinco años y amaba el ciclismo. Además, se cuidaba mucho y era evidente que tenía dinero. Para las mujeres que trabajaban con él, Ramón era casi tan irresistible como para Vale el olor a galletas horneándose. Las tentaciones eran continuas, y la distancia entre Ramón y Manuela (la madre de Valentina) también.

Manuela se encargaba de la contabilidad de la cadena desde la oficina de Alicante para no tener que dejar a sus hijos a cargo de nadie. Cuando llegaron a oídos de Manuela las primeras sospechas y rumores de infidelidad, Ramón, inocente todavía, trataba de defenderse. Aunque al principio no le costaba mantenerse frío y al margen, los chismes no eran inmunes a la distancia. Durante el último año, Valentina y Rafa habían sido testigos de las muchas peleas telefónicas que Manuela tenía con Ramón, y aunque ellos no escucharan las intervenciones de su padre, intuían los motivos de las disputas.

Tras meses de tempestad y calma diaria con su mujer, Ramón cedió a los encantos de la que iba a ser la subdirectora del nuevo hotel de Fuerteventura, y se dejó llevar por las provocaciones que llevaban tiempo persiguiéndole.

El sentimiento de culpa y la presión que sentía era tal que, durante una de las ya cotidianas discusiones telefónicas con su mujer, acabó dándole la razón. Lo que nadie se imaginó fue la reacción que tuvo Manuela. Aprovechó que Ramón iba a tardar todavía quince días en volver para llorar desconsoladamente, vaciarse y construir una coraza que estuviera lista, pintada y barnizada para cuando su marido llegara a casa. Tan florecida la vio Ramón al volver que se derrumbó arrepentido ante ella, rogando perdón. Un espectáculo desagradable que no le pudieron ocultar a Valentina y Rafa. Los desconsolados lloros no fueron suficientes para Manuela. Dura y fría ante el que había sido su marido y sus dos hijos, su respuesta no fue otra que un inesperado y helador «la semana que viene me voy de casa. Me voy a vivir con Alberto».

El estado de *shock* le duró a Ramón una semana y la depresión estaba ya por el tercer mes. Valentina había sido testigo de la intensiva reforma interna que Manuela había llevado a cabo en menos tiempo de lo que tardan en reconstruir una casa en esos *realities* de la tele, y por eso la respuesta de su

madre no fue tan inesperada para ella. Manuela y Valentina nunca fueron las mejores amigas. Todos sabían que su ojito derecho era Rafa, a pesar de que su hijo pequeño no aspiraba ni a terminar la ESO ni a hacer una pechuga a la plancha. Pero la buena relación entre madre e hijo no impidió que Rafa sufriese un varapalo, en especial al ver a Manuela reaccionar tan fríamente y a Ramón tan destrozado. La situación de sus padres le dejó con un amargo sabor de boca, y finalmente decidió quedarse al lado de su padre y de Vale, rechazando la oferta que Manuela hizo a sus dos hijos para que fuesen a verla cuando se instalara definitivamente.

Alberto, la nueva pareja de Manuela, era (pues fue inmediatamente despedido por Ramón) el jefe de marketing de The Sun Club de Benidorm. Siempre había tenido mucho contacto con Manuela por trabajo. Cuando los rumores sobre las infidelidades de su marido empezaron a brotar, se convirtió en el hombro en el que lloraba, y más tarde, en los morros que besaba.

Así fue como Valentina se vio comprometida a adoptar en su casa el doble y difícil rol de madre e hija. Se convirtió en estudiante, limpiadora, chef, confidente y *personal shopper*, pero de las poco glamurosas: de esas a las que su padre le da una larga lista de frutas, verduras, carnes y pescados que comprar en el mercado del pueblo, escrita con caligrafía propia de médico en un *post-it* milimétrico.

En la cafetería empezó a sonar el disco *Continuum* de John Mayer, que arranca con los positivos acordes de *Waiting for the World to Change*. El *barista* (que en lenguaje hípster significa camarero 2.0 experto en cafés) era Jon. Aunque personalmente solo le conocía porque le había atendido allí un par de veces, sabía que tenían muchos amigos en común. Más de una vez había escuchado su nombre en conversaciones. No podía negar que siempre lo había encontrado especialmente atractivo y simpático al atenderla, pero nunca tanto como para, en honor a su nombre, hacerse la «valiente» y pedir un café para impresionarle. Entraba y salía a servir bailoteando lo que estuviera sonando, jugando a girar y hacer malabares con las bandejas. Su aspecto no desentonaba para nada con el estilo del local. Las cosas claras y Jon bronceado. Se notaba que durante el verano pasaba al sol sus ratos libres y lucía un moreno de esos que aguantan hasta Nochevieja. Tenía unos ojos verdes que contrastaban con su piel y le hacían innegablemente atractivo. Sus labios algo carnosos y su sonrisa muy bonita, recta, con unos dientes no muy grandes y perfectamente alineados, víctimas de una larga y tortuosa

ortodoncia. Llevaba el pelo algo larguito, quizá lo suficiente como para atarse un pequeño moño, aunque siempre le había visto con el pelo suelto. Era castaño, pero con algunos reflejos dorados del sol que le etiquetaban de surfista. Aquel día vestía una camisa gris y un delantal vaquero. Las mangas arremangadas hasta el codo dejaban ver un par de tatuajes que llevaba en el antebrazo izquierdo, algo así como un león no muy grande y un tenedor rodeándole la muñeca derecha como si fuera una pulsera. Al ser consciente de que se estaba fijando en todos esos pequeños detalles de Jon, Vale se sonrojó.

Los pueblos son pequeños, y Facebook muy listo. Le había visto infinidad de veces entre las «sugerencias de amistad» y en su foto de perfil posaba «desprevenido» con su novia: la tabla de surf. Era obvio que no tenía aspecto de autóctono del pueblo, como las naranjas, sino más bien de hípster californiano, pero Valentina no había sido tan psicópata de *stalkearle* por todas sus redes sociales en busca de fotos con su familia como para sacar conclusiones sobre si era español, alemán o checo; aunque al escucharle hablar en valenciano con los clientes, se podía opinar que lo hablaba mejor que algunos vecinos.

Jon subió el volumen de la música como para provocar que Vale saliera de ese trance en el que estaba sumergida. Al levantar la mirada de su casi vacío vaso de zumo de naranja, le guiñó un ojo y esbozó una sonrisa con la misma prisa con la que salió bailoteando a tomar nota a la única mesa que acababa de ocuparse en la terraza del D'Origen Coffee. Quizá los *baristas*, además de dibujar cosas en los capuchinos, desarrollaban algún tipo de superpoder de conexión mental porque, aunque en aquel instante ella no se diera cuenta, fue él quien decidió meter ese disco en el reproductor o buscarlo en Spotify y darle al *play*. El mensaje de la canción que sonaba era: *Esperando a que el mundo cambie*. Eso era lo que Valentina llevaba tres meses haciendo. Ya había puesto punto y final a la espera.

Con lo inquieta que era, a Vale no se le podía dar un boli y pedirle que no garabateara sobre cualquier superficie que aceptara tinta. Mientras esperaba a que Jon recogiera su *ticket*, se dejó llevar por la voz y la guitarra de Mayer tarareando *Gravity, has taken better men than me, how can that be?*, mientras dibujaba notas musicales en su servilleta arrugada y llena de migas de pan. Dejó el hueco perfecto para terminar su obra de arte con las palabras de la última y repetida frase de la canción, *Keep me where the light is (mantenme donde está la luz)*. Sin ser consciente de ello, en la mesa se dejó la servilleta como un añadido a su propina.

Volvió a casa igual que salió, sin bolso y sin chaqueta, pero con los bolsillos recargados de motivación y sonrisas. Al fin y al cabo, solo le quedaba mes y medio para ayudar a su padre a superar la depresión, para enseñarle a cocinar, a limpiar y a comunicarse con Rafa, que estaba profundamente inmerso en una complicada edad del pavo. Empezar el doble grado en Edificación y Administración de Empresas en Madrid sin duda sería la mejor decisión del año; de hecho, los Ferrán Álvarez arrancaron enero convencidos de que Vale lograría la nota de selectividad para entrar en la Universidad Politécnica. Aunque en aquel momento tener la excusa para irse a Madrid era el mejor remedio para no dejarse absorber de nuevo por las nubes negras que encapotaban el techo de su casa en la calle Sant Antoni, había llegado a plantearse cambiar la carrera y quedarse en Alicante. Ramón siguió insistiéndole en las facilidades que tendría a la hora de encontrar trabajo siendo algo así como una arquitecta técnica. Y más teniendo el doble grado con Administración de Empresas. Estaba segura de que su padre se sentiría fatal si seguía insistiendo en plantear la posibilidad de tirar la toalla. Hasta ella sentiría su propia decepción después del esfuerzo que había hecho por sacar una buena nota en selectividad a pesar de haber pasado por los abandonos de Marc y de su madre.



Los wasaps entre Valentina y su mejor amiga Melanie eran prácticamente diarios. Las videollamadas por Skype, semanales, aunque durante aquel mes de julio la cosa se les había complicado, pues su amiga estaba pasando el verano con su familia materna en Melbourne y no era moco de pavo poder ponerse de acuerdo para hablar con la diferencia horaria. Melanie era dos años mayor que Vale. No se puede considerar que tuviesen una amistad de las de toda la vida, porque se conocieron cuando la extranjera tenía dieciséis años y Valentina quince, durante el primer recreo del curso en el Bellaguarda, uno de los dos institutos que había en Altea.

Por aquel entonces, Vale llevaba ya un tiempo solo relacionándose con los chicos de su clase, aunque en los recreos la cosa se complicaba porque ellos preferían jugar al fútbol (una vez lo intentó y se traumatizó al llevarse un pelotazo en la cara). Estaba acostumbrada a sentarse en un banco o, en caso de que no hubiera sitio, bajo un árbol, a devorar cualquier libro cuya portada le llamase la atención. Había aprendido a hacer oídos sordos a la cantidad de tonterías que las únicas tres chicas de su clase parecían saber soltar por la

boca. Cuando tu padre tiene dinero y vives en un pueblo pequeño, no hay forma de poder ocultarlo. «Pija de mierda» y «¿Por qué no te vas a un colegio privado?» eran solo un par de una larga lista de insultos y preguntas absurdas que las chicas estuvieron soltándole a voces durante los recreos de casi un curso y medio para dejarle claro a todo el instituto que la familia de Valentina tenía dinero, y que ellas estaban sumergidísimas en la edad del pavo.

Aunque no le importaba la soledad a la que ya se había acostumbrado, antes de arrancar cuarto de la ESO, Vale se agarró a un atisbo de esperanza, por si acaso el sol del verano hubiera hecho madurar a las idiotas de su clase. No era rencorosa e incluso llegó a sentir pena por la inmadurez de sus compañeras. Se imaginó que quizá alguna chica nueva entraría en clase y podría hacerse amiga suya, pero era consciente de que con quince años poca gente se cambia ya de instituto.

Lo que no se imaginó fue que una chica se incorporaría a primero de bachillerato. Mucho menos pensó que los de bachillerato fueran tan poco comprensivos como para no intentar incluir a la nueva en la piña. Cuando Valentina la vio, tan pálida nada más acabar agosto, sentada bajo el árbol que había sido su propia base de aislamiento meses atrás, comiéndose un sándwich en pan de molde blandurrio relleno de algo no identificable, supo que la chica no hablaría valenciano precisamente.

—*He, hello...* —se lanzó tímidamente, sin saber siquiera si le respondería en inglés.

—*Hi* —le respondió la rubia sin vergüenza y con una sonrisa de oreja a oreja mientras rumiaba un mordisco de sándwich en la boca.

—*Do you speak Spanish?* —le preguntó con miedo Vale. Con el corto saludo no había sido capaz de intuir su acento para identificar de dónde era.

—Uno poquito —respondió riendo tímidamente mientras se levantaba del suelo, consciente de que probablemente lo había dicho mal.

A Melanie no le quedó más remedio que aprender español en menos de lo que duró su primer curso en Altea. La cabezonería de Valentina hizo que no quisiera traducirle al inglés ni una sola coma de lo que hablaban. Si hacía falta, acompañaba sus frases con lenguaje de signos y, si se atascaba más, también le pedía a la rubia que repitiera la frase hasta que conjugara bien los verbos.

Y así fue como surgió aquella amistad tan peculiar entre una alteana que podía contar con los dedos de su mano izquierda las veces que había salido de España, a pesar de que su padre manejara un imperio turístico (pues ya se sabe, en casa de herrero, cuchillo de palo), y una australiana que había llegado

a Alicante porque su padre, barcelonés de nacimiento y ciudadano de Sídney por enamoramiento y trabajo, había tenido la brillante idea de mandarla a pasar un año con su hermano (el tío de Melanie), para que aprendiera de una vez por todas español. Aunque solo iban por su tercer año de amistad, habían sido tan intensos que incluso confundían a algunas personas cuando hablaban sobre su amistad, porque se consideraban hermanas de verdad.

Aunque le resultó duro lidiar con tener que pasar sola muchos recreos, Valentina daba las gracias por ello, pues no solo le sirvió para valorar la amistad real, sino que además le había obligado a madurar pronto. Sin perder la forma de ser y hacer de cualquier chica adolescente, había forjado una conciencia envidiable para su edad. Si no hubiera tenido que escuchar todos esos insultos y estupideces, aquello no hubiera pasado. Quizá nunca hubiera conocido a Melanie y, quizá, no hubiera sabido apoyar y entender a su padre tras la separación.

A principios de agosto, Madrid ya estaba prácticamente esperando que las chicas llegaran. Melanie ya tenía su billete para volver de Melbourne a la capital, y Valentina, ilusionada, acababa de pagar con su tarjeta un vuelo de ida sin regreso para el 5 de septiembre. El piso al que Vale se mudaría era el mismo que Melanie había estado compartiendo el curso pasado con una chica francesa que estaba de Erasmus, la cual, según la australiana, había pasado por su vida igual que el sabor de una patata sin sal, desapercibida e insípida.

Era complicado arrancar el tema de la marcha de Valentina en su casa. Era lógico que a su padre le costara asumir que su hija volaría del nido en prácticamente un mes y que probablemente no la volvería a ver hasta Navidad. El hecho de estar todo el día encerrado en casa, de baja por una depresión que por suerte ya casi estaba superando, le hacía subirse por las paredes, y la inactividad, a veces, le provocaba estar un poco susceptible. Necesitaba sentirse útil y activo, y lo máximo que podía hacer era salir a correr o aprovechar el tiempo jugando a ser fontanero, carpintero y pintor, para por fin apañar los arreglillos de la casa que, como todos los hombres, llevaba años prometiendo hacer. Aun así, después de tener la responsabilidad de manejar sus hoteles, aquellas tareas se le quedaban más que pequeñas. Valentina sabía cómo apañárselas para que las llegadas a las tantas de su hermano a casa, así como el olor a marihuana que traía a veces y sus mañanas tan improductivas comiendo Doritos, repanchingado en el sofá y con los pies sobre la mesa baja del salón mientras veía peleas absurdas y obviamente coreografiadas de tíos disfrazados y enmascarados, no sacaran de quicio a su padre.

En lo que Valentina todavía no se había parado a pensar, o quizá no quería pararse a pensar, era en cómo iban a estar los dos conviviendo solos cuando ella se marchase, cuando ella no pudiera prepararle *french toasts* (tostadas de pan de molde cubiertas de una mezcla de huevo, azúcar y canela a la sartén

con mantequilla) a su padre por las mañanas y cuando no fuera ella la negociadora encubierta para que su hermano fregara los platos algunas noches. Según opinaba Melanie, los tenía demasiado mimados. «Tienes que empezar a acostumarlos a que no vas a estar, porque si no el golpe cuando se les rompa la burbuja va a ser brutal», decía la australiana.

Sabía que razón no le faltaba. Llevaba ya un par de días ensayando frente al espejo de su baño mientras se lavaba los dientes, se planchaba el pelo o se tapaba los granitos con corrector, cómo sacarle el tema con la misma sensibilidad con la que había aprendido a manejar a diario las emociones de Ramón durante los pasados cuatro meses. Pensaba decirle que creía que había llegado el momento de enseñarles a cocinar, a limpiar y a responsabilizarse en general, pero quizá así sonara demasiado violento. Durante una de esas mañanas de ensayo, fue su padre quien dio el paso. Llamó a la puerta de su baño.

—Vale, ¿tienes un momento?

—Claro, papá —le respondió, y abrió la puerta mientras terminaba de enjuagarse la boca rápidamente.

—Sé que debes pensar que tu hermano y yo vamos a pasarlo mal sin ti —soltó sin pensar—. Bueno, que ni mucho menos quiero decir que vayamos a pasarlo bien sin ti. No, no es eso —trató de arreglar algo nervioso.

Entre los muchos titubeos y frases patosas que su padre soltó por la boca, el mensaje estaba claro: su psicólogo le había aconsejado que le pidiera a Valentina reservar un poco de tiempo esa semana para enseñarles, tanto a él como a Rafa, todas las cosas que ella llevaba meses haciendo, para pasarles el testigo de esas responsabilidades en el momento en que su Vale saliera por la puerta de casa hacia el aeropuerto el 5 de septiembre.

«Bendito psicólogo», pensó Valentina para sí.

Ramón siempre había tratado de mantener una buena relación con Rafa y Vale. Quizá fuera el hecho de verse siempre viajando por obligación lo que le hizo sentirse tan culpable tras el divorcio, y la baja en el trabajo había sido la oportunidad perfecta para recuperar el tiempo perdido. Aunque ya estaban en plena adolescencia, se dio cuenta de que se había saltado muchos capítulos en la vida de sus niños. Con Vale el acercamiento no le había costado demasiado. Se lo trabajó mucho. Ramón era consciente de que sería complicado que, en la adolescencia y siendo chica, su hija accediera a contarle todo, incluso sus problemas e intimidades. No obstante, puesto que su madre hacía poco caso a los logros académicos y personales de su hija, se ganó fácilmente la confianza de Valentina. No profundizó tanto con Rafa,

quien disfrutaba del tiempo que pasaba junto a su padre, pero siempre manteniendo las distancias. Nunca se comunicó con confianza. Cuando Ramón y Manuela se separaron, Vale se quedó impactada ante el descubrimiento de la vulnerabilidad que escondía su padre bajo el camuflaje de confianza y seguridad que había demostrado tener durante tantos años. Verle tan blando y débil, después de haber tenido siempre el concepto de que era un hombre directo e implacable, también le recordaba a la paradoja del mar y la tierra, tan fuertes por fuera y tan delicados por dentro. En el fondo, le provocaba cierta ternura.

—Claro que sí, papá, cuenta con ello.

Se sintió aliviada al poder quitarse de encima el peso de tener que ser ella quien sacara el tema. También se alegró mucho de ver a su padre un poco más fuerte, y apoyado por el psicólogo. Una sensación agrídulce recorrió su cuerpo. Se sintió un poco culpable cuando su subconsciente se alivió pensando «una cosa menos». Desde aquel amanecer de julio en el que había hecho «clic», había empezado a desear, cada vez con más ganas, que llegara el momento de volar (literalmente) del nido.

Agosto lo dedicaron prácticamente entero a entrenar a Ramón y Rafa para asumir las responsabilidades de las que Vale se había hecho cargo desde que Manuela se largó. Lecciones prácticas: desde cómo elegir los tomates en el súper hasta fijarse bien en las fechas de caducidad.

En casa, tres cuartos de lo mismo: taller de aprovechamiento de bolsas del súper o consejos para mantener vivas las plantas, entre otras tareas útiles.

A Vale le encantaba cocinar. Por eso le daba especial rabia asumir que su padre y su hermano probablemente acabarían tirando de platos preparados o precocinados de microondas para sobrevivir; el horno para ellos era como el último e impasable nivel de un videojuego.

Por eso, probó suerte con sus dos aprendices:

Tortilla francesa

Vale se lo tomó como si se tratase de un episodio de *MasterChef*. Sabía que, si ella era algo torpe en la cocina de vez en cuando, más lo podrían ser el patán de su hermano y el delicado de su padre, que solo visitaban esa zona de la casa (que parecía que consideraban un área restringida) para ver qué había de beber en la nevera o si quedaban bolsas de patatas fritas en la despensa. Despejó las dos encimeras de la isla de la cocina y quitó todos los botes de especias y cereales que separaban las dos partes. Colocó todos los ingredientes y utensilios para quedarse frente a sus aprendices. Dos boles

medianos, uno naranja para su padre y el del desayuno de su hermano, que nadie nunca adivinaría que era de Capitán América por lo decolorado que estaba ya, pues llevaba utilizando el mismo todas las mañanas desde que tenía seis años para servirse sus Choco Krispies con leche. Y seguía sin haber manera de que se lo quitaran.

—Eh... ¡El de Capitán América no lo voy a ensuciar! —dijo un poco a la defensiva Rafa cuando vio su material sobre la mesa—. Es solo para los cereales.

—Pero ¿te estás oyendo? Lo ensucias todas las mañanas precisamente con tus cereales —le reprochó ágilmente su hermana.

Esta situación les recordó a las típicas peleas de hermanos que Valentina y Rafa tenían de vez en cuando por algún juguete o algo nuevo que sus padres traían para ellos cuando eran pequeños. Aunque, en general, no podían quejarse; siempre se habían llevado bastante bien. El pequeño se había acostumbrado a ver a su hermana mayor, a quien su padre más de una vez solía sacar como ejemplo durante broncas o reproches, como su referente a seguir. Aunque Rafa hubiera ahora dado un bajón en sus estudios y un subidón en orgullo, como síntomas del trastorno hormonal temporal llamado «edad del pavo», este último le impedía reconocer abiertamente que iba a echar mucho de menos a su hermana y que quizá un chaval de quince años como él no se consideraba preparado para ser el único apoyo de su padre en los próximos meses.

—Toma, un cuenco normal. Venga, ya está —puso fin a la disputa Ramón. Aunque en el fondo le provocó cierta ternura volver a ver a sus hijos refunfuñarse por una tontería como un bol.

Ya os podéis imaginar cómo fue la primera parte de la lección: cascar los huevos.

—Lo hago yo y después vosotros —mandó Valentina.

Agarró el primer huevo, lo golpeó un par de veces contra el canto de la encimera para rajarlo, y clavó los pulgares de sus dos manos en la brecha que había hecho para terminar de abrir la cáscara por la mitad. La clara y la yema tocaron tierra intactas sobre la pista de aterrizaje que tenía preparada debajo, su bol. Repitió el mismo proceso y resultado con el segundo huevo y, mientras lo hacía, les explicaba cada paso. Sus discípulos no podían tener dudas. Lo que no sabían era que Valentina tenía una espinita clavada porque todavía se le resistía poder abrirlos con una sola mano, aunque lo había intentado infinidad de veces imitando a algunos cocineros de los programas de Canal Cocina.

Sin embargo, en aquel momento, echó en falta que un jurado como los de natación sincronizada evaluara con un diez dibujado sobre una cartulina su técnica limpia y rápida de cascada de huevos, pero estaba claro que sus dos pinches no lo iban a hacer.

Le pasó el relevo primero a su hermano, que puso una cara de concentración propia de personaje de dibujo animado desde el momento en que agarró el primero de sus huevos. Le faltó asomar la punta de la lengua, medio mordida, y fruncir un ojo, mientras le caía por la frente el típico gotarrón de sudor. Se paró a observar el cuenco y el huevo como si estuviese haciendo algún tipo de cálculo mental.

—¡Va! —perdió la paciencia la chef.

La presión de su hermana pudo con el joven aprendiz, que aplastó el huevo contra el canto del bol con mucha fuerza, y aunque la cáscara no llegó a desmoronarse, clavó los pulgares con tantísima energía en la gran brecha que ya había hecho que el relleno aterrizó en el cuenco, pero con la yema rota y la cáscara flotando en trozos tan pequeños que probablemente solo podrían ser recogidos con pinzas. En la cara de Rafa se leía un claro: «me rindo».

Por otro lado, Ramón, metódico como siempre lo había sido, anotó mentalmente los errores de su hijo y, tratando de hacerlo con más delicadeza, golpeó el huevo tan suave contra el canto del bol que no conseguía ni que se rajara. Tras tres intentos, pensó que sería buena idea probar con un poco más de fuerza, esta vez contra el canto de la encimera. ¿El resultado? El huevo esparcido sobre el borde de la mesa, con toda la cáscara por encima, chorreando hacia el suelo a velocidad imparable.

En un principio se hizo el silencio. En una especie de estado de conmoción, todos se quedaron observando sin mover un dedo cómo el huevo ensuciaba la cocina. De repente, los tres al unísono se arrancaron en una carcajada que terminó convirtiéndose rápidamente en un ataque de risa imparable, de esos que hacía muchos años que no compartían los tres juntos. De esos que casi siempre provocaba Ramón haciéndoles cosquillas a los dos a la vez, con una mano a cada uno, en las axilas y en la tripa, mientras ellos se retorcían llorando de risa sobre la gran alfombra que cubría el suelo de su salón años atrás. Una alfombra que Manuela se había llevado a no sabían dónde.

Tras pasarse más de cinco minutos doblados de la risa alrededor de la isla de la cocina, fue Rafa quien, todavía exhalando alguna carcajada, cortó tres cuadrados de papel superabsorbente para recoger la obra de arte de su padre. Al fin y al cabo, era consciente de que, cuando su hermana no estuviera, su

responsabilidad por fin estaría a la misma altura que la de ella, y eso de alguna manera le enorgullecía por dentro (pero por fuera la edad del pavo seguía ahí).

—Bueno, ¿y esto no se puede considerar una nueva manera de cocinar huevos? Con todas las técnicas que se sacan de la manga los cocineros creativos últimamente...

—Claro, papá —le dijo Rafa acercándole el papel lleno de huevo—. Sí, esto que has hecho es arte.

—Sí, pero ten cuidado con tus inventos, porque la cáscara de tus huevos estrellados crujientes, además de otorgarle una textura sospechosa a tu receta, a lo mejor le añaden guarnición de salmonela —se puso bromista pero técnica su hija.

Valentina sintió otra sensación de alivio en aquel momento, al haber sido testigo de cómo su padre y su hermano acababan de tener un momento de complicidad, de esos que tantos años hacía que no les veía tener. Sin duda el primero de muchos, le acababa de quedar claro. Un ladrillo de preocupación menos que llevarse en su equipaje a Madrid, que, por cierto, no podía ser muy grande, pues Iberia solo le dejaba facturar una maleta que no pesase más de veintitrés kilos.

—Al chino, ¿no? —soltó Ramón.

—¡Sí! —gritaron como dos niños entusiasmados Valentina y Rafa.

Su padre sonrió con ternura. Hacía tiempo que no iban al chino. En general, hacía tiempo que no hacían lo que solían hacer.

Hay olores que evocan recuerdos. Eso le pasaba a Vale muy a menudo. También con los sabores. Su memoria almacenaba imágenes enlazadas a su olfato y a sus papilas gustativas. Aquella noche, en el restaurante chino Cuenco de Oro, mientras seguían al camarero de pelo teñido de rojo hacia su mesa, el aroma del salteado de pollo con almendras que olfateó al pasar cerca de la cocina provocó que su, a veces, indomable cabeza hiciera «doble clic» para abrir un vídeo mental en el que podía verse a sí misma frente a Marc alguna noche de viernes en las que los padres de él salían a cenar y les dejaban la casa. Sentados sobre cojines en el suelo separados por la mesa baja del salón, les encantaba desplegar un festín de comida china que compraban aprovechando el paseo nocturno que el chico tenía que darle a Teo, su perro. Ella se empeñaba siempre en comer los tallarines tres delicias con palillos, sin tener ni idea de cómo utilizarlos; pegándose algún que otro latigazo con los

fideos en los ojos y dejándose rastros de taquitos de jamón york por las mejillas, además de unos pocos guisantes entre el pelo. No era idiota, pero le gustaba hacer reír a Marc. Él, mientras, riéndose, se dedicaba a meterse con ella cariñosamente, con la boca llena de bolitas de cerdo agridulce.

—Ay mi torpecilla, ríndete, nunca aprenderás.

—Y luego el que está en la edad del pavo soy yo —interrumpió Rafa el trance de Valentina.

La fuerte y seca palmada de su hermano a centímetros de su cara hizo que Vale volviera a la mesa del restaurante chino Cuenco de Oro; que volviera al lunes, 8 de agosto de 2015.

—¿Qué? —dijo aturdida.

—Que si quieres más pan de gambas. ¡Qué empanada llevas!

—Vale, ¿estás bien? —le preguntó cariñosamente su padre.

—Sí, sí. Oye, ¿qué os parece si en vez de tallarines pedimos arroz tres delicias?

—Pero si los tallarines te encantaban, ¿no? —dudó Ramón, sintiéndose culpable porque quizá aquel dato era otro recordatorio de todo el tiempo que había perdido en viajes, lejos de sus hijos.

—Tú lo has dicho, me encantaban, pero ya no.

Aunque los motivos por los que Valentina quiso evitar rememorar el sabor y textura de los tallarines tres delicias no tenían nada que ver con las decisiones que su padre había tomado en el pasado, sino más bien con las suyas propias, Ramón no pudo evitar seguir sintiéndose algo culpable el resto de la noche.

Tan entretenidos estuvieron con sus planes familiares aquella semana que se olvidaron por completo de los deberes que el psicólogo les había puesto: que Valentina impartiera a Ramón y Rafa un curso intensivo de supervivencia en tan solo una semana.

Retomaron las «clases prácticas» el viernes a mediodía. Visto que la sencillez de una tortilla francesa se había convertido en un arma destructora de suelos y encimeras de cocina, Vale optó por algo todavía más simple:

Espaguetis con tomate

Esta vez, escogió una sola olla, la más grande que tenían, en la que su madre solía preparar cocido un par de veces al mes en invierno; fue una de las pocas cosas que Manuela no se había llevado consigo al abandonar su hogar.

Los hombres de la casa llegaron a la cocina preparados para la posible catástrofe con un uniforme proporcionado nada más y nada menos que por la tienda Todo a 1 €: delantales rojos con puntos negros, además de trapos de cocina enganchados como crías de canguro en el bolsillo delantero, y gorros de cocinero blancos, objetivo claro de manchas de todos los colores.

—¡Pero si no os iba a dejar tocar nada hoy! —exclamó Vale muerta de la risa.

—¡Con lo que nos lo hemos currado! —reprochó bromista Ramón mientras, mofándose de sí mismo, daba un paso adelante posando al más puro estilo Alessandra Ambrossio en la pasarela de Victoria's Secret.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos. Primero me veis y, si no rompéis nada con la mirada, lo negociamos.

Tenía pensado preparar la salsa a la vez, pero pensándolo mejor, quiso empezar solamente hirviendo la pasta para que los hombres fueran capaces de prestarle toda su atención. Hizo la demostración, y esta vez la metódica de Valentina se guardaba un as bajo la manga: había impreso dos hojas con ingredientes, cantidades e instrucciones detalladas. Le hubiera faltado añadir fotos del paso a paso para convertirlo en un completo tutorial a prueba de torpes.

Cedió a darles algo de responsabilidad, siempre bajo su atenta mirada e instrucciones. Todo lo que pensó que podría salir mal no fue así. La pasta no se les pasó en la cocción, sino que quedó al dente; la salsa de tomate no se quemó, ni quedó amarga. Les explicó a sus discípulos que el truco para una buena salsa está en echarle una cucharadita de azúcar para corregir la acidez del tomate y, por supuesto, consideraba casi un delito no hacer la salsa en casa. Los tomates naturales cortados en dados eran la primera opción, pero, si no tenían suficientes para que saliera una cantidad de salsa considerable, podrían entonces, y solo entonces, recurrir a los triturados en lata para hacer el sofrito, pero nunca jamás acercarse, ni siquiera en el supermercado, al recurso fácil del tomate frito.

Gracias a ese punto positivo que ganó el equipo de los chicos, Valentina reafirmó su confianza en ellos, quitándose otro ladrillo de su pesada maleta de preocupaciones que no se merecía. Cualquier excusa valía con tal de que Vale pudiera encender el horno y abrir el bote de azúcar, así que pensó que se merecían un bizcocho de naranja con almendras como premio por sus progresos.

Si a principios de agosto le hubieran dicho lo maravilloso que iba a ser ese último mes al lado de su padre y de su hermano, nunca hubiera apostado por

ello. Todo lo que se habían dedicado a hacer en los meses anteriores había sido cumplir con las obligaciones básicas como limpiar, cocinar, comprar y discutir precisamente por dejar esos quehaceres a medias de vez en cuando por agotamiento. Todos los días habían sido a, b y c. Sabían cuándo se despertaban, a qué hora se iban, qué iban a hacer, por qué camino iban a volver, a qué hora llegarían, dónde comerían y lo que prepararían para cenar. Una monotonía cómoda. Una monotonía con la que ninguno podía más.

Así, agosto se convirtió en el mes de las emociones creadas alrededor de cosas tan simples, pero diferentes, como ir al cine, comer fuera, ir al parque a montar un pícnic o quedarse en casa preparando bizcochos, pero siempre juntos.

El despliegue de emociones en la cabeza de Valentina era una auténtica montaña rusa. Se sentía tan bien... Era como si su esfuerzo de todos esos meses estuviera por fin floreciendo, pero, tan pronto como veía los pétalos asomar por los capullos, se daba cuenta de que no le iba a dar tiempo de disfrutar de los frutos antes de que se pudrieran en el árbol, porque se marchaba a Madrid en apenas una semana.

Llegó a plantearse la posibilidad de decirle a su padre que no se iba. Que prefería tomarse un año de tranquilidad, quedarse en casa para disfrutar de aquel caramelo que había estado intentando preparar durante tantos meses, con mucha paciencia, probando recetas tantas veces, para conseguir una que no llegara a quemarse en el fondo de la cazuela. Ya lo tenía. Había conseguido que Ramón empezara a levantarse, y su hermano a desprenderse del pavo. Estaba a punto de llevarse a la boca ese caramelo, pero se iban a alejar en cuestión de días y no podía permitirse no disfrutar del sabor y la satisfacción de ver los nuevos buenos lazos entre Rafa y Ramón.

En las muchas subidas y bajadas de su montaña rusa emocional, también pensaba en su futuro profesional. Quedarse en Altea suponía perder un año de su tan esperada independencia y retrasar al menos trescientos sesenta y cinco días más su futuro como edificadora. Obviamente, la opción de «irse y no pensar» contaba con la aprobación y desesperación de Melanie, a quien durante el curso anterior le había faltado prácticamente contar los días que les quedaban para reencontrarse en su piso de Madrid y clavar allí la bandera que marcaría el arranque de su imparable vida universitaria juntas. Vale tenía apenas horas para aclarar ese batiburrillo interno.

El debate interno consigo misma se alargó durante casi toda la semana. Acabó por seguir los consejos de Mel, que venían a ser los mismos que los de Ramón, a quien no le falló esa intuición propia de cualquier padre o jefe de la manada. No hizo falta que su hija le dijera nada para que, en momentos determinados de su última semana en Alicante, Ramón pudiera intuir por su cara que se le estaba pasando por la cabeza la idea de abandonar sus planes de futuro. Antes de que pudiera ni siquiera insinuarle sus intenciones, la consiguió convencer para que abriera sus alas y su maleta, la llenara, y echara a volar.

El 5 de septiembre, a las 11.23 de la mañana, con exactamente cuarenta y tres minutos de retraso, el vuelo hacia Madrid en el que Vale estaba sentada entraba en pista para despegue.



Para no desentonar con el ritmo emocional de toda la semana, la noche previa al viaje fue un torbellino de sentimientos. Celebraron una cena de despedida muy emotiva en la terraza de la azotea del Stromboli, el restaurante favorito de sus abuelos paternos cada vez que venían de visita a Altea.

En la noche de despedida no había tiempo para ponerse a mirar las cosas del pasado. La decisión estaba más que tomada y era momento de disfrutar y quedarse con la imagen positiva que Ramón y Rafa reflejaron desde que salieron de casa. Ambos con camisa; su padre una azul celeste y Rafa blanca, a juego con su sonrisa brillante (gracias a la pasta dentífrica blanqueante que por lo visto realmente funcionaba) y recta (gracias a la ortodoncia de la que tanto tiempo se quejó).

En lo físico, Valentina consideraba que su cuerpo era bonito, por lo que no se preocupaba excesivamente por lo que comía, sino por disfrutar. Dicen que la curiosidad mata al gato y, además, su buen apetito y paladar tolerante la llevaban siempre a probar platos nuevos, internacionales o exóticos cuando comía fuera de casa. Aun así, era consciente de que su metabolismo no había sido ni sería tan rápido como el atleta Usáin Bolt. Por eso procuraba cuidarse; sin embargo, era un día especial con sus dos personas especiales.

A pesar de que el restaurante presumía de ser una pizzería en el cartel de fuera, sin duda para Vale la especialidad de la casa eran los crepes, tanto los salados como los dulces, y a pesar de que la masa es fácil de preparar, en Altea no había muchas creperías ni restaurantes que los ofertasen en la carta. Rafa y Ramón estuvieron de acuerdo e insistieron en pedir el queso Camembert frito como entrante; ya era un ritual. Sin embargo, a Valentina le costó tanto decidirse por un crepe de la larga lista que se decantó por el de salmón y convenció a su padre para que él eligiera el de jamón, queso y champiñones. Los partieron por la mitad para poder compartirlos. Su hermano optó por una pizza de jamón y champiñones, simple y sencilla, tal y como, en el fondo, era él mismo.

Satisfechos con los platos principales y tras haber rebañado la salsa bechamel que borbotó de los crepes con los bordes de la pizza que Rafa nunca se comía, pidieron sin dudarla la carta de postres. En una familia de golosos como eran, cuando se salía a cenar, siempre había hueco para el dulce. Abusar de los crepes también como colofón final no tenía sentido cuando había otras cosas como la tarta de queso con arándanos, que Vale tantas veces había probado y que le encantaba. Sin embargo, pensó que el último mes que había pasado en Altea había supuesto un gran cambio de actitud. Un cambio que había tardado meses en llegar. No quería seguir pidiendo cosas que ya sabía que le gustaban, Vale se había mantenido en su zona de confort. Además, el hecho de que tanto su padre como su hermano tuvieran pensado pedir la tarta de queso, como siempre, terminó de convencerla para elegir algo diferente. Al fin y al cabo, si no le gustaba lo nuevo, podría quitarse el mal sabor de boca con alguna cucharada de los *cheesecake* de los demás.

—Para mí el flan de café, por favor —sorprendió Valentina a su familia.

—Muy bien. Dos tartas de queso y un flan de café —reparó en voz alta la camarera mientras apuntaba la comanda en una libretita.

Para su sorpresa, ni Rafa ni Ramón hicieron ningún comentario al respecto. Probablemente se conectaron mentalmente entendiendo que Valentina había sido muy comprensiva con ellos en los últimos meses, y

ahora les tocaba a ellos devolverle el favor. Lo que más les sorprendió no fue el hecho de que hubiera pedido un postre distinto al habitual, sino que el que eligió fuese un flan nada más y nada menos que de café, cuando nunca había sido capaz de terminarse una taza.

Mientras esperaban a que llegaran los postres, los hombres se miraron cómplices y sin moverse de sus sitios, Rafa se agachó debajo del mantel que cubría la mesa. Sacó un paquete rectangular enorme y fino, envuelto en papel de regalo de color verde (el favorito de Valentina) con estrellas plateadas. Claramente se podía intuir que era un marco. Le entraron unas ganas enormes de llorar sin todavía haber abierto el regalo, pero se contuvo. Entre los dos le pasaron el paquete por encima de la mesa y le faltó tiempo para arrancar desesperadamente y sin cuidado el papel. Un *collage* de fotos hecho a mano, con trocitos de papel de colores y pegatinas con textos en caligrafías chulísimas decían: «Missing you», «Happiness is only real when shared» o «You make me smile», entre otras frases preciosas que sirvieron para que la primera lagrimita desbordase por los ojos de Vale mientras era incapaz de dejar de sonreír. Había fotos de cuando eran pequeños, alguna de los dos hermanos durmiendo la siesta en la cama de sus padres, tomada por su madre durante algún viaje de Ramón. También se había colado alguna de Navidad. Aunque, sin duda, la que más le gustaba a Vale era la más reciente, la que se habían hecho los tres la semana anterior en un fotomatón del centro comercial. Poder fijarse justo en esa foto cuando le entraran las dudas o los miedos en Madrid le serviría para recordar el reflejo real del buen rollo que habían conseguido tener Ramón y Rafa en los últimos meses y que, al fin, estarían bien solos y juntos sin Valentina en casa.

Cuando primero les trajeron a los chicos sus tartas de queso, a Vale se le abrieron los ojos como platos. La imagen mental que conservaba del postre no tenía ni la mitad de buena pinta que las que acababan de servirles. Inmediatamente después, colocaron ante ella su flan de café. El aspecto le decepcionó un poco. No era muy distinto al de cualquier otro flan de huevo, con un copito de nata al lado, aunque el olor a caramelo y café que soltaba, sin duda, era un punto a favor. Podía no gustarle beber café, pero ¿a quién no le gusta el olor a café? A los chicos les faltó tiempo para empezar a devorar su postre favorito nada más aterrizó el flan de Vale sobre la mesa. Viéndolos, entendió que debía darse prisa en probarlo si no quería quedarse sin cucharada de *cheesecake* de repuesto en caso de que no le gustara lo suyo.

Sin embargo, las apariencias engañan; la primera pequeña cucharadita de flan, bien bañada en caramelo, desembocó en otra más grande, y la siguiente

en otra gigante, hasta tal punto que la cuarta resultó ser ya la última, que absorbió sin apenas masticar. Aunque empezó más tarde que los hombres a comer su postre, se limpió la boca con su servilleta de tela, como conclusión a la comida, antes de que su padre y su hermano hubieran llegado a las últimas cucharadas de sus platos. Los chicos se quedaron flipando, mirándola con la boca entreabierta y sin pestañear. ¿Qué le había ocurrido? En el fondo, hasta la propia Valentina se sorprendió de lo que acababa de pasar.



La humedad y el calor típico de principios de septiembre en Altea hacía difícil conciliar el sueño, y más en una habitación sin aire acondicionado. Valentina había pasado la última noche en su cama de toda la vida dando vueltas, invadida por una mezcla de sensaciones, entre excitación, ilusión y miedo a arrepentirse. Sin apenas haber pegado ojo, terminó de espabilarse con la entrada de un wasap de Melanie a las 5.30. La australiana la informaba de que acababa de aterrizar en Madrid, que se iría a casa a dejar las maletas, descansar un poco, y volvería a Barajas para recogerla sobre las doce del mediodía. Sigilosa para no despertar a los demás, se levantó e hizo su cama por última vez hasta no sabía cuándo. Se lavó los dientes y metió el cepillo en el neceser como última cosa para intentar pesar su visiblemente abarrotada maleta en la báscula del baño, asegurándose así de que la compañía no la obligara a pagar exceso de peso en el mostrador de facturación. Marcaba 22,78 kilos y recordó que todavía no había metido el indispensable marco del *collage* que Rafa y Ramón acababan de regalarle la noche anterior. Ropa, maquillajes, e incluso algún molde para *cupcakes* metido a presión ocupaban todos los recovecos, y en su bolso de mano era físicamente imposible hacerlo caber. «El que algo quiere algo le cuesta», pensó. Vale sacó y recolocó el resto de las cosas de la maleta a conciencia, como si estuviera jugando al Tetris, hasta que consiguió que la guinda del pastel fuera el marco. Lo puso arriba del todo y quedó justo a ras de la cremallera de la maleta, para que se pudiera cerrar sin aplastarlo todo demasiado. Los moldes de *cupcakes* se quedaron en tierra. Se imaginaba la cantidad de tiendas de repostería con infinidad de artilugios de mil formas y tamaños que podría encontrar en Madrid.

Cargó la maleta en el coche de su padre y arrancaron camino al aeropuerto de Alicante.

Los nervios, la sensibilidad emocional de Ramón y las idas y venidas de dudas en la cabeza de Vale hacían que los tres supieran que una escenita de despedida en el aeropuerto sería un gran drama que llamaría la atención de otros viajeros hasta tal punto que probablemente se formase un corro de público alrededor de ellos, e incluso al final recibirían aplausos y quién sabe si también alguna que otra propinilla. Por eso, intentaron evitar conversaciones de alto riesgo emocional desde que subieron al coche, y optaron por escuchar en la radio *¡Anda ya!*, el programa de las mañanas de Los 40 Principales. Rafa siempre se partía de risa con las bromas que Karin Herrero, uno de los locutores, solía gastarles a sus compañeros y les encantaban las canciones de Keru Sánchez, aunque Valentina notaba que las risas de su hermano aquel día estaban mucho más bajas de intensidad.

Cualquiera hubiera dicho que el plan de actuación estaba más que hablado, porque, tras esperar en el mostrador a que a Vale le asignaran un asiento y facturase su maleta grande, se dirigieron al control de seguridad sin ninguna intención de apurar los minutos juntos. Era momento de despedirse, y lo hicieron con la misma tranquilidad y normalidad que las de los que iban a volver a verse la semana siguiente. Que la última imagen que tuviera de sus ya independizados padre y hermano fuera serenos, felices y unidos suponía otro chute de tranquilidad para Valentina. Sabía que no estaban fingiendo.

Valentina embarcó emocionada en el vuelo que, por lo que parecía, iba a salir a tiempo. Cuando todo indicaba que estaban a punto de salir, mandó un último wasap a su padre y a Melanie para avisarlos, antes de activar el modo avión en su móvil. Le hacía ilusión grabar el despegue por la ventanilla del asiento 23A para subirlo luego a Instagram Stories, pero el sueño acumulado durante la noche en vela por los nervios se fue apoderando poco a poco de la emoción. Se quedó dormida con los auriculares puestos escuchando a Adele antes de que el avión se moviera de su aparcamiento. Al parecer, por seguridad las maletas no pueden volar si su dueño no ha subido al avión, así que tuvieron que esperar a que sacaran una de la barriga maletera para poder despegar.

—Señoras y señores, en unos minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Madrid-Barajas Adolfo Suárez. Por favor, guarden su equipaje de mano en los compartimentos superiores o debajo del asiento delantero, coloquen el respaldo de su asiento en posición vertical, los reposabrazos bajados, las ventanillas abiertas, las mesillas plegadas, y mantengan su cinturón abrochado hasta que el comandante apague el indicador en destino. Gracias —despertó a Valentina el anuncio de la azafata.

Mientras la encargada repetía las mismas indicaciones en un inglés de acento *typical spanish*, Vale se aseguró de no haberse quitado el cinturón y preparó su móvil para al menos grabar el aterrizaje en la que iba a ser su nueva ciudad. Hasta que no vio que eran las 12.12 del mediodía al desbloquear su móvil una vez el avión había ya tocado tierra, no se dio cuenta de que el vuelo había salido con retraso. A ella no le importaba, pero quizá Melanie, que la estaría esperando desde las doce en la zona de llegadas de la T4, empezara a impacientarse.

Cuando el avión alcanzó la puerta de la terminal, desactivó el modo vuelo de su móvil para pinchar en «mi historia» y subir orgullosa su aterrizaje a

Snapchat. Guardó el vídeo para subirlo también a su historia de Instagram, porque sabía que ahí lo vería más gente.

Los wasaps de Melanie no tardaron en hacer acto de presencia:

Buen vuelo	10:38
Ya salgo de casa!!! Qué ganas de verte!!	11:00
Ya en llegadas!! Te espero del lado derecho, que hay mucha gente	11:07
Ya has aterrizado?	11:15
Vale, veo que no porque no te llega ni el doble tic	12:15
Aquí en las pantallas pone que has aterrizado!!	12:23
Acabo de ver tu historia de Instagram. Contéstame!!!!	12:25

La llamó para que se quedara tranquila, y le dijo que se sentara a tomar un café por las dos mientras daba tiempo a que Vale recogiera su maleta de la cinta. Nunca había estado en la terminal 4 de Barajas, que, a pesar de ser enorme, no tenía más misterio que cualquier otro aeropuerto: dejarse llevar por la multitud.

Entre las notificaciones que se le habían acumulado durante la hora de vuelo, había un mensaje de su padre diciéndole que ya estaba echándola de menos y pidiéndole que llamara al aterrizar. Procuró dejarle tranquilo escribiéndole que ya estaba con Melanie, aunque en realidad todavía estaba impaciente esperando, viendo pasar maletas sobre la cinta de equipaje.

El reencuentro fue poco parecido a lo que Valentina había idealizado. Con lo escandalosa e imaginativa que es Melanie, se le había pasado por la cabeza que quizá la australiana estaría esperándola con globos de bienvenida o algún

cartel gracioso hecho a mano en el que leyera: «Esperando a la mejor compañera de piso del mundo», pero no fue así.

Tuvo que ser Vale la que se acercase a la rubia, a la que ubicó rápidamente por su pelo lacio, largo y algo encrespado, sentada en una silla de la cafetería de llegadas con una taza vacía en la mesa y el móvil en la mano. Tan concentrada estaba Melanie en husmear las historias de sus contactos de Instagram que, cuando su amiga le dio un par de golpecitos en el hombro para avisar de su presencia, pegó un brinco de la silla y se le cayó el móvil al suelo. Por suerte, no se le veía ni un solo rasguño por ninguna parte. Antes de que Mel se asegurara de que el móvil seguía intacto, Vale se imaginaba con miedo el cabreo monumental que un mínimo roce en la pantalla podría haber desatado en Melanie.

Unos cuantos grititos de emoción propios de cualquier *fangirl* mientras se fundían en un abrazo larguísimo con balanceo exagerado, que dejaron claro al resto de la gente que había en la zona de llegadas que no solo aquellas chicas se conocían, sino que les hacía mucha ilusión reencontrarse por fin.

De camino al piso, que sería el nuevo hogar de Valentina, Melanie se convirtió en un torbellino de palabrerío. Con un entusiasmo claramente incrementado por los efectos del café que se había tomado en el aeropuerto, le enseñó a Valentina las rutas de la red de metro de Madrid: le dio un mapa donde señaló con boli la estación de San Bernardo, que correspondía a su casa, para indicarle qué rutas le interesaba seguir para llegar a paradas frecuentes como Gran Vía, Tribunal, Príncipe Pío (donde había un centro comercial), La Latina o Retiro. Por último, y más importante, le dio instrucciones detalladas sobre cómo sacarse el abono de transporte por internet.

Más tarde, tras cambiar de trenes en Nuevos Ministerios, Melanie hizo la entrega oficial de la copia de sus llaves a Valentina. Había unido la del portal, el piso y el buzón en un llavero que llevaba una foto de las dos durante su adolescencia. Además, había atado a una anilla un par de cintas finas de color verde y rosa, los favoritos de Vale. Las largas telas formaban un lazo enorme. La rubia le explicó que llevando esas tiras nunca perdería las llaves en el fondo del bolso, pues, si no las alcanzaba fácilmente, palparía las cintas y tirando de ellas rescataría todo el manojito de hierro del fondo del bolso.

Nunca pensó que una estación de metro pudiera estar tan hundida bajo la tierra. Le pareció tardar un siglo en salir de allí. Las escaleras mecánicas eran

de las más largas que había visto en su vida. Cuando compartió su pensamiento con Melanie, esta se rio.

—Nuevos Ministerios es eterna, pero las hay peores. Ya lo irás descubriendo.

Hacía prácticamente una hora que se había bajado del avión en Barajas y todavía no había pisado las calles de Madrid. Desde el aeropuerto, se habían metido directamente en los vagones. «Por fin aire puro», pensó al ver las puertas de la estación de San Bernardo hacia la calle. Una vez fuera, se llevó un bofetón de aire caliente y seco que conservaba a la perfección los olores propios de una ciudad: gasolina, humo, comidas fritas y cemento, a los que no estaba acostumbrada.

Valentina trató de memorizar la ruta que iba liderando Melanie: la primera caminata desde el metro hasta su nueva casa, que fueron un par de calles y no más de tres minutos. El portal dejaba mucho que desear. Era viejo, con varios barrotes que tenían la pintura descorchada y que dejaba ver el metal del que estaban hechos. El olor a pis que inhaló Valentina mientras atinaba con su nueva llave en la cerradura invitaba más bien a las náuseas que al apetito, y eso que era la hora de comer.

Mel presumió de que tener ascensor era bastante privilegio, pues muchos edificios antiguos del centro de Madrid estaban protegidos históricamente y el Ayuntamiento no les permitía hacer ni la más mínima reforma para poder instalar uno. Por la manera en que lo dijo, Vale intuyó que el ascensor no debía tener un aspecto mucho mejor que el del portal. La cabina no llegaba a medir ni un metro cuadrado. Era estrecha, con forma rectangular. Valentina apenas cabía con su maleta grande, que después de intentar empujar a presión acabó metiendo de lado. Melanie le pidió que pulsara en la tecla del sexto piso y optó por tomar las escaleras, pues ni siquiera el campeón del mundo de Tetris podría haber hecho encajar a las dos ahí dentro.

Valentina se disponía a probar su segunda llave. Momento definitivo para saber si su fantasiosa imaginación, que había idealizado su piso de universitarias, le haría llevarse un chasco. Pero no fue así. Aunque el piso no era tal cual lo había imaginado, le parecía perfecto. Estaba completamente reformado. Las paredes eran blancas, impolutas, el suelo de madera clarita y muy espacioso. Nada más entrar, había un recibidor unido a un grandísimo salón de techos altos, con un ventanal enorme al fondo que iluminaba todo el espacio. Por el lado derecho de la sala de estar, una barra de madera muy oscura, larga y estrecha daba paso a la cocina, completamente comunicada con el salón. Inconscientemente, Valentina dejó su equipaje en el recibidor y

se metió para comprobar que tenían horno: y así era. Al lado de la cocina, la primera puerta era el cuarto de baño. Igual de blanco que el resto de la casa, con una pequeña ventana alargada arriba, de cristales translúcidos por los que no se veía nada, pero dejaban pasar la luz del sol. Una bañera alta, en la que Valentina pudo imaginarse dándose un baño de burbujas relajante una noche de viernes después de un día agotador, tal y como pensaba que hacía cualquier chica universitaria en la ciudad.

Entró después a su habitación, emocionada y seguida por Melanie, que simplemente se limitaba a grabar entre risas la reacción tan peliculera de Valentina ante el piso, que tan visto y aborrecido tenía ella, para subirlo a Instagram.

Vacía, como era lógico que estuviera, la nueva habitación de Vale tenía algo que hizo que se sintiera acogida desde el momento en que puso un pie dentro. Grande y cuadrada, con un armario empotrado en la pared de puertas con espejo. Una cama de matrimonio simple y alta apoyada contra la esquina. Bajo la ventana, un mueble cajonero blanco. Del otro lado, un escritorio amplio. Rápidamente sustituyó la imagen mental que su cabeza había evocado tantas veces antes de llegar por la nueva, que, sin duda, era mucho mejor. En su mente ya era capaz de customizarla: se puso a pensar dónde colocaría el *collage* que su padre y Rafa le habían regalado, visualizaba la cama con sus sábanas verdes y rosas y se veía leyendo frases motivadoras escritas sobre el espejo del armario.

—Me encanta. Me encanta mucho —se limitó a decir.

—Me alegro mucho. Ven, que te enseñe la mía.

La habitación de la australiana colindaba con la suya. La de Melanie era algo más pequeña, aunque también se veía así por la cantidad de cosas que alojaba: telas indias y bocetos en folios grandes hechos por ella colgados en la pared, estrellitas y lunas fluorescentes cubriendo el techo que había pintado de azul oscuro, un puf peludo y de color rosa chicle para que las visitas se sentaran, una alfombra redonda con un mandala y muchos, muchísimos libros sobre un mueble al lado del armario. La decoración reflejaba un estilo muy Melanie, de eso no había duda.

Vale volvió a su cuarto para hacer un par de fotos que le envió a su padre y que también colgó en su historia de Instagram, antes de ponerse al día con Melanie sobre sus aventuras y desventuras durante el verano.

Mel le contó todo sobre el amigo de la infancia con el que había tenido un reencuentro romántico en Australia tras haber pasado todo el año chateando con él por Facebook. Aunque parecía haberse quedado muy pillada por él y

daba por hecho que «estaban saliendo», Valentina estaba segura de que su amiga encontraría a otro en Madrid tan pronto como retomara las clases en la universidad.

Picotearon unos macarrones pegajosos y pasados que Melanie había preparado el día anterior. Vale no entendía cómo Mel podía ser tan tiquismiquis y poco abierta a la hora de probar comidas nuevas o diferentes y, sin embargo, fuera capaz de encontrar algo de sabor en ese mazacote de pasta con tomate de bote que se había quedado tanto tiempo en la nevera que algunas de las puntas se habían secado y hasta costaba morderlas.

Estuvieron organizando los turnos de limpieza del piso, decidieron el reparto de las baldas de la cocina y la nevera, y desempaquetaron los bártulos de Valentina para colocarlos en su armario y en los cajones. Quería hacer su cuarto acogedor lo antes posible, para que ni siquiera le diera tiempo a echar de menos su casa, así que salieron de tiendas en busca de detalles y decoraciones para rellenar los espacios vacíos. Compró una cuerda y pinzas de madera para hacer una guirnalda rústica donde colgar todas las fotos que se había traído impresas desde Alicante.

Mientras exploraban las calles de Madrid, pronto el hambre volvió a acechar a Valentina, pues apenas había sido capaz de pegarle un par de bocados por compromiso a la pasta densa y fría de su amiga. Los rugidos de su estómago le recordaron que su parte de la despensa estaba vacía. Estaba más que acostumbrada a hacer la compra. De hecho, en los últimos meses, en los que había tenido que responsabilizarse también de esa tarea mientras su padre levantaba cabeza, había llegado hasta a pillarle el gustillo a pasearse por el hipermercado y cotillear los nuevos inventos: verduras fritas, patatas moradas, *kale*... A cualquier universitario novato, igual que a su amiga Melanie, sacarle de los macarrones con tomate frito de brik, de la tortilla francesa con queso y de las ensaladas preparadas le parecería tan complicado como sacarse la carrera entera. Sin embargo, a Valentina no le entusiasmaba gastarse su paga en salir de fiesta, ni beber, como sí lo disfrutaban la mayoría de sus amigos incluso antes de que hubieran cumplido los dieciséis años. Durante los últimos meses, como Ramón se sentía culpable por cargar a su hija con tantas responsabilidades, le daba carta blanca para que se diera algún capricho. No eran muchos, ni frecuentes, pero de vez en cuando llevaba a casa algún producto de cocina *gourmet* para compartir con su padre y su hermano; como humus con trufa, huevos trufados, patatas fritas con virutas de trufa, pasta de setas y trufa... Todo lo que llevara trufa siempre era un acierto asegurado con Valentina.

Ahora que estaba independizada sabía que no solo tenía que contar con los gastos de hacer la compra, sino también con el alquiler, el agua, el gas, la luz y demás. Quizá había llegado el momento de empezar a imitar a su amiga Melanie, que se había hecho una experta en comparar los precios de cada producto entre marcas, o incluso entre supermercados.

La primera compra fue simple. Ya iban bastante cargadas con las bolsas de las tiendas de decoración baratas que se habían puesto de moda en Madrid, y no iban a ser capaces de cargar con mucho más. Lechuga, pasta integral, pan, tomates, huevos, algo de fiambre envasado, unas latas de atún y una caja de té verde para sobrevivir un par de días. No tenía que pensar en comprar vasos, platos, cubiertos, sal, aceite, vinagre y cosas básicas que hay en cualquier casa y que nadie aprecia hasta que no tiene, porque, por suerte, Melanie ya tenía de todo en el piso. Cuando Vale fue al pasillo de las bebidas a por un par de botellas de agua, Melanie se rio a carcajadas.

—En Madrid se bebe del grifo, chica de pueblo. Aquí el agua no sabe a rayos, sabe a gloria.

La afirmación de Melanie había sido tan rotunda que parecía que absolutamente ningún ciudadano de la provincia de Madrid bebía agua de botella jamás. Como si estuviera prohibido. Vale se preguntó para qué se molestaban entonces en vender agua embotellada en los supermercados de la capital.

Había empezado a anochecer cuando salieron de nuevo a la calle. El cielo se apagó y la ciudad se iluminó ante ellas progresivamente. Las farolas en las aceras fueron las primeras en prenderse. Les siguieron los carteles de las tiendas y bares que ayudaban a llamar la atención de los posibles clientes que salían de las oficinas. El sol seguía haciendo un pequeño acto de presencia en el cielo, pero pronto se colocó definitivamente detrás de los edificios. Entonces los coches comenzaron la danza de sus luces: en constante movimiento, con una gran gama de tonos, desde los más blancos y brillantes hasta los más amarillentos; con el tintineo naranja de los intermitentes y los focos rojos de los constantes frenazos, a juego con las luces del mismo color en los semáforos. La cantidad de vehículos, motos y bicis que atascaban la calle de Alberto Aguilera pusieron un poco nerviosa a Valentina. Mientras se fijaba por primera vez en la locura del tráfico típico de Madrid, un par de madrileños trajeados que caminaban con prisa tras un largo día de trabajo se chocaron con ella y golpearon un par de veces las bolsas que cargaba, sin tan siquiera frenarse ni pedir disculpas.

Llegó a casa un tanto decepcionada con la actitud borde, fría y frenética que vio en la calle. La inocente de Vale estaba acostumbrada a caminar a ritmo de paseo por calles de una sola acera, bordeadas por árboles grandes y frondosos cuya única molestia eran las bolas peludas que soltaban en primavera. De cada cuatro personas con las que se cruzaba en su pueblo, tres le saludaban. Era cierto que deseaba alejarse de allí precisamente para crear su nuevo camino sin que nadie tuviera que saber todo sobre su vida y, aunque su amiga Melanie le había advertido de las enormes diferencias entre Altea y Madrid, nunca imaginó un cambio tan radical.

Mientras hervía unos huevos, preparó la base de la ensalada que iba a cenar. Le ofreció a Melanie hacerla para las dos, pero la australiana tenía mejores planes: hacerse unas palomitas a la mantequilla en el microondas, y engullirlas mientras hablaba por Skype con su amor de verano, que apenas hacía un rato que había despertado en Australia. La idea de su amiga le recordó lo útil que era Skype y lo poco que lo usaba. Solamente lo había utilizado con Melanie un par de veces ese mismo verano mientras estaban alejadas. Cenó su ensalada mientras hacía una videollamada a su padre.

Eran ya las 23:00 y le sorprendió que su hermano todavía no hubiera vuelto a casa. Valentina le aconsejó a su padre que no le permitiera tantísimas libertades a Rafa; ella nunca había necesitado que le marcaran muchos límites, pero su hermano seguía sin centrarse del todo, y el hecho de no estar allí le hacía sentir que la situación estaba fuera de su control.

—Valentina, es viernes. Deja al chaval, que ha ido al fútbol y a cenar con amigos.

Aunque sabía que Ramón no lo iba a pasar especialmente bien los primeros días viviendo en casa sin su hija, trató de disimularlo mientras hablaba con ella, y Valentina procuró seguirle el juego. La situación de su familia no ayudaba a incrementar su ilusión por vivir en Madrid, pero confió en que, una vez decorara su habitación para hacerla más acogedora y empezara la vida universitaria, todo iría mejor. Se fue a dormir con la cabeza llena de dudas y escuchando a Melanie a través de la fina pared que separaba sus habitaciones contarle a su novio lo enamoradísima que estaba de él, lo mucho que le adoraba y cómo se imaginaba su futuro juntos. Aunque Valentina había aprendido a disfrutar de su soledad, de vez en cuando echaba de menos fantasear así con alguien de nuevo.



El 11 de septiembre y casi una semana después de haber aterrizado en Madrid, por fin llegó el primer día de universidad. Los estudiantes de cursos superiores habían empezado un par de días antes, incluida Melanie. A los de primero se les podía distinguir con facilidad en los pasillos: caminando solos, unos diez minutos antes de la hora de comienzo de las clases, con folletos informativos en la mano, mirando uno por uno el número de las aulas e incluso algunos girando sobre sí mismos por si ya se habían pasado la puerta de la clase que les correspondía. Mientras, pocos minutos antes de que las clases arrancaran, los de segundo se agrupaban para fumar en pequeños «rebaños» en rincones, escaleras, esquinas, puertas o en la valla de la calle. Cada grupillo de amigos iba algo así como «uniformado» con ropas de estilo similar, como para ser rápidamente diferenciados entre una manada u otra.

Valentina se había preparado y mentalizado para su primer día con mucha ilusión. Había estado mirando el campus virtual varias veces los días anteriores para ver si necesitaba imprimir algún apunte, pero ningún profesor había subido nada más que las normas de la asignatura y el plan de trabajo. Había subrayado en su horario impreso cada asignatura de un color, y había ideado un menú semanal para llevarse los *tuppers* con comida una vez supiera cómo serían los descansos que los profesores les dieran a la hora de comer. Se había comprado un estuche nuevo, rojo, de tela rígida, y lo había rellenado con un lápiz y un portaminas, dos bolis negros, uno de tinta de gel y otro de tinta líquida, otro azul y varios rotuladores multicolor de punta muy muy fina. Siempre le había encantado escribir sus apuntes con esquemas y colores: así le resultaba más fácil memorizarlos. Lo que nadie le había dicho era que durante las clases en la universidad no le iba a dar tiempo ni a cambiar de bolis, ni a tomar apuntes con delicadeza si quería llegar a anotar todo a la misma velocidad a la que los profesores explicaban.

Se levantó a las seis de la mañana, aunque su primera clase empezaba a las 8.30 y tan solo tardaba unos diez minutos en llegar a la universidad. Con calma y mimo, metió en su bandolera el portátil, el cargador, el estuche y la libreta para estrenar. Se dio una ducha para espabilar; era su ritual preferido por las mañanas para despertar (aunque nadie entendiera que le sentara mejor eso que una buena taza de café). Se secó el pelo y se maquilló un poquito para taparse algunos granitos que le habían salido, (probablemente por los nervios) sin pretender tampoco pintarrajearse como una puerta para ir a estudiar. Le hacía ilusión causar una buena impresión el primer día de clases. Con los nervios, había terminado de arreglarse muy pronto y tampoco tenía hambre

como para desayunar todavía, así que pensó que sería mejor salir con tiempo y desayunar en la universidad.

A primera hora de la mañana, Vale entró ilusionada al campus, buscó la cafetería siguiendo los carteles, y olió y saboreó el crujiente primer cruasán relleno de jamón y queso en la que pensó sería «su cafetería» durante los próximos cuatro años (o quizá alguno más si no se le daba muy bien eso de la semana de exámenes en enero). Aquella ilusión se fue desvaneciendo a lo largo de la mañana, mientras pasaban los eternos minutos de sus dos primeras asignaturas del primer día de la primera carrera de su vida: Matemáticas I y Legislación Aplicada a la Edificación. No había pasado ni media hora desde el arranque de Matemáticas I cuando el profesor comenzó a explicar hasta qué punto eran las matemáticas fundamentales en la Edificación.

Salió de clase a la hora de comer. Ni siquiera se había sentido lo suficientemente motivada como para entablar conversación con ninguno de sus compañeros. Efectivamente, esperaba que las clases en la universidad fueran grandes, pero no sabía que tanto como para llenar un auditorio. Tampoco se imaginaba un ambiente tan frío y distante entre los alumnos y el profesor. Venir de un colegio en el que saludaba hasta a las cocineras de la cantina no ayudó a crear en su cabeza un concepto real de lo que era la universidad.

Volvía de camino a casa con su cabeza dando vueltas y su estómago rugiendo. Después de unos días explorando Madrid, había asumido que en los vagones de metro a la hora de comer no cabía ni un alfiler, así que, en lugar de hacer el transbordo hacia la línea 2 para llegar a San Bernardo, decidió bajarse en Argüelles para airear su cabeza y buscar algo con lo que calmar a la fiera que tenía en las tripas; quizá así pensaría mejor. Quizá.

Quiso perderse un poco de la muchedumbre que abarrotaba la calle de Alberto Aguilera a esas horas. Aparentemente decidida, se metió por una de las estrechas callejuelas que la atravesaban y caminó bastante mientras pensaba en aquello que siempre le había enseñado su madre: las señales de la vida. Con el tiempo Valentina había llegado a entender que todas, absolutamente todas las cosas pasan por algo. Su madre le decía que el destino hablaba en forma de hechos que te van pasando en la vida y que lo único que hay que entrenar es la habilidad para saber interpretarlos y tomar una decisión acorde al mensaje que el universo mandaba. Así, a primera lectura, puede parecer hasta una chorrada, pero Valentina siempre pensaba en la gente que se salva de un accidente de avión por olvidarse el pasaporte o en aquellos que no ganan un concurso, no consiguen un trabajo, o rompen con

sus parejas. Estaba convencida de que esas cosas pasaban porque el destino les tenía preparadas otras mejores, aunque en un principio parecieran cosa de la mala suerte. No creía en las casualidades, y esa manera de pensar le había ayudado mucho a superar el divorcio de sus padres y su ruptura con Marc, aunque no podía negarse a sí misma que de vez en cuando se preguntaba cómo estaría él.

Por alguna razón del universo, un intenso olor a masa de empanadas sacó inmediatamente a Vale de su conversación interna y la frenó en seco frente a la puerta de un cuco local moderno, pero con aires retro y un nombre muy llamativo: A-más-a-mi. A simple vista, desde fuera, no llegaba a entender el concepto, aunque tenía claro que no era una panadería, ni tampoco un restaurante, pero sí había comida y, por el olor que salía hacia la calle, tenía que estar buena.

Acababa de descubrir el concepto más inusual y loco de negocio que había visto en su vida, y le encantaba. A-más-a-mi era un establecimiento enorme en el que el olor a chimenea y pan lo inundaba todo. Lo primero que le llamó la atención fue ver que en la pared de la entrada había colgada una tabla grande de corcho con mil folletos, pósteres y anuncios, como en los cientos de papelerías y reprografías que había en la zona de Moncloa y Ciudad Universitaria.

El local se dividía en dos partes. Por un lado, en la zona de comedor había mesas pequeñas y un par muy largas y amplias, una de ellas ocupada por un grupo de chavales que estarían entre bachiller y la universidad. Discutían sobre sus nuevos profesores mientras comían porciones de dos pizzas enormes y un par de empanadas deformes que claramente escondían un relleno mayor del que el tamaño de la masa podía soportar. En otra mesa, un chico se había aislado con sus auriculares tras su portátil, tecleando con fuerza y rapidez mientras se le enfriaba una empanada enorme ya mordisqueada cuyo relleno todavía echaba humo.

En otro lado, escondida, estaba la mejor parte del local. La gran protagonista era una larguísima mesa de mármol y sus más de diez banquetas. Sobre una barra de bar se apoyaban dos básculas enormes que debían manejar los empleados. Detrás, contra una pared de ladrillo, había cuatro hornos de leña. Al final de la barra, sobre una mesa, una infinidad de *toppings*, salsas y rellenos. Desde los más normales a los más exóticos: varios tipos de quesos rallados, salsas, verduras, carnes, aceitunas..., de todo. En las paredes había varias fotos en blanco y negro de un señor con cara de chef italiano llamado Luigi (con bigotillo alargado y fino) que posaba presumiendo de una apetitosa

pizza sobre su tabla de madera. En las esquinas del local, sacos de harina muy antiguos, de esparto. De fondo sonaba una *cover* acústica de *Titanium* de David Guetta y Sia, junto al crujido de la leña que se consumía entre las llamas de los hornos. «AMÁsame mucho», se paró Vale a leer la frase pintada a mano en la pared del fondo.

—¡Perdón, ya salgo! —se oyó a alguien gritar detrás de una puerta a un lado de los hornos.

La voz le sonó familiar, pero siguió alucinando con la idea de poder preparar su propia comida y matar el tiempo de espera estudiando o viendo algún vídeo de YouTube mientras se horneaban sus creaciones.

De la puerta de la cocina salió un chico idéntico a Jon: el *barista* cali-valenciano (y visto lo visto, también madrileño) de aires surfistas que, hasta donde Vale sabía, vivía en Altea. Ella le ubicaba eligiendo uno a uno los granos de café para molerlos en el D'Origen o buscando olas inexistentes en el Mediterráneo, pero desde luego no en Madrid, en un ¿restaurante? italiano cargando un barreño con una bola de masa de pizza hinchada y fermentada con aspecto de globo terráqueo que le tapaba media cara. Vestía como un leñador. Un leñador guapo y atractivo. Llevaba unos vaqueros algo ajustados y unas botas marrones. Arriba, una camiseta negra, cubierta por una camisa roja desgastada sin abotonar y arremangada. Al ver los tatuajes de su antebrazo, se despejaron las pocas dudas que le quedaban sobre la identidad del sospechoso.

—¿Qué haces aquí? —soltó Vale sorprendida, pero claramente alegre, como si se tratara de un amigo cercano al que hacía mucho tiempo no veía.

—Trabajo aquí —respondió él sin darse cuenta de que Valentina era Valentina, mientras trataba de dejar el barreño en la barra—. ¡Valentina Ferrán Álvarez! —reaccionó tras colocar el material y volver hacia ella.

—¿Debería asustarme que te sepas mis dos apellidos?

—Puede —dijo Jon pausadamente con cara enigmática—. No, es broma, es que parece que mi Facebook busca por todos los medios que nos hagamos amigos. Siempre me sales en las «sugerencias de amistad».

Vale no pudo evitar recordar a su madre diciéndole que nada es casual y que si alguien o algo se cruza en tu vida es porque el universo lo tenía así preparado.

—¿No me digas? Tú eras Jon, ¿verdad? —dijo ella sobreactuando, en un impulso nervioso por hacerse la interesante.

La verdad es que el perfil de Jon Fuster le aparecía todas y cada una de las veces que entraba en Facebook. Sobre su vida personal, solo sabía que tenía

una hermana pequeña.

—Sí, Jon. Jon Fuster. Lo digo por si alguna vez te aparezco entre las sugerencias de amistad, o por si en el rato que estés aquí nos hacemos tan amigos que te tengo que mandar una petición al Face.

Vale se puso como un tomate. No se le daba tan bien tontear en persona como tras la pantalla de su móvil.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo va esto? Por lo que veo, puedes hacerte tu propia comida, ¿no? —improvisó tratando de obviar su visible reacción química.

Jon no pudo evitar sonreír pícaro al darse cuenta del encendido en las mejillas de Vale, pero no quiso incomodarla más; todavía era demasiado pronto, pero ya creía saber en qué teclas dar con la misteriosa chica que sabía que odiaba el café.

—Sí, después de que me asegures que te has lavado las manos, escoges el tipo de masa que quieres. Tenemos de pizza normal, integral, de empanada, o sin gluten. Cortas un trozo del tamaño que quieras, y te dejo una bandeja, un rodillo y harina para que espolvorees sobre el mármol, así al amasar no se te pega —le dijo a Vale como si fuera su primera vez—. Le das la forma que quieras sobre la mesa, la pasas a la bandeja y en la mesa de *toppings* la terminas de rellenar, rematas los bordes y me la traes. El precio va en función del peso, dependiendo del precio de la masa que hayas elegido. Te sirvo la bebida que quieras, meto tu comida en el horno, te asigno el número de tu bandeja y en cuanto esté lista te llamo. ¿Qué?, ¿te llama?

—Pero ¿qué levadura usáis, fresca o seca? Y ¿cuántos gramos soléis poner por kilo de harina? Es que me gusta la masa muy fina —dijo Vale en un intento fallido por tratar de hacerse la interesante y dejarle claro que no tenía que tratarla de tonta cuando hablaba de cocina. Según salían las palabras de resabiada por su boca, deseaba que se abriera un agujero bajo sus pies para irse lejos y no tener que escucharse a sí misma terminando de preguntar semejantes tonterías a Jon.

—Así que tenemos aquí a Valentina Cocina —dijo él riéndose—. Lleva diez gramos de levadura fresca por cada kilo de harina —terminó susurrando cómplice mientras le guiñaba un ojo—. No te preocupes, sale muy finita.

Tenía claro que siempre recordaría su primera vez en A-más-a-mi. Mientras Jon le había dado la clase magistral sobre el concepto del restaurante, el grupo de adolescentes y el chico del ordenador se habían ido, Jon y Valentina se quedaron completamente solos, acompañados por la viva luz de las llamaradas del horno de leña. El *barista* surfista no se cortó en

sentarse en una de las banquetas de la mesa de mármol con toda naturalidad frente a Valentina mientras ella amasaba con fuerza y cada vez más nerviosa. No paraba de cambiar la posición de sus piernas. Pasó de estar de pie a arrodillada sobre el taburete, pasando por cruzar las piernas, pero siempre sin levantar la vista de su labor porque sabía perfectamente que Jon no le quitaba su intensa mirada turquesa de encima.

Cuando llegó a la fase de darle la forma redonda y el grosor de un folio a su pizza, Vale estaba mucho más tranquila. Ya había descargado su taquicardia con el manoseo de la plastilina comestible. Ahora tarareaba inconscientemente la melodía de la canción que sonaba: una versión acústica de *Sorry* de Justin Bieber.

Jon, que parecía aburrido de intentar que Vale le siguiera el juego del silencio y las miradas, sacó su móvil del bolsillo y se puso a trastear con él.

—*Finissima* —dijo Vale con acento italiano, satisfecha del resultado de su pizza, mientras chocaba sus manos entre sí para deshacerse del exceso de harina.

Jon utilizó su propio móvil para sacarle una foto presumiendo de su masa, y ella posó imitando exageradamente las caras del chef que había visto en las fotos de las paredes del local.

Mientras Vale desbordaba su pizza con salsa carbonara y todos los quesos que podía en la mesa de *toppings*, sintió que una notificación hacía vibrar su móvil en el bolsillo, pero estaba demasiado concentrada tratando de encajar todos los ingredientes sobre la base.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando, silencioso, Jon se puso detrás de ella y la rodeó por los lados con sus brazos para levantar la bandeja de pizza por encima de su cabeza y llevársela al horno, dejando a Vale inmóvil con las mejillas rojas de nuevo, y con una cucharada de queso provolone rallado en la mano.

—Había que pararte. Le has puesto una capa de queso el doble de gruesa que la base. Cuando el queso se derrita, se te va a desbordar por los lados. Deberías saberlo, Valentina Cocina.

—Se me dan mejor los postres, la verdad.

—¿Ah, sí?

Ella no pudo evitar arrancar un ataque de risa tonto. Quizá como defensa para disimular la adrenalina que Jon le acababa de hacer sentir. La risa de Vale era alta, pero no estridente, sino de esas que se contagian con mucha facilidad. Ahí estaban los dos, separados por la barra del A-más-a-mi, doblados de la risa, aunque por razones distintas. Hacía mucho tiempo que

Vale no tenía el poder de jugar sus cartas con un chico, y aquella situación con el guapo de Jon le estaba encantando.

Mientras la pizza se hacía, Jon, un tanto misterioso como siempre demostraba ser, le estuvo contando que los inviernos los pasaba en Madrid estudiando. A Vale le habían contado en Altea que era especialista en cafés, así que intuyó que el chico se refería a estudiar algo de eso, aunque no quiso parecer demasiado interesada en saber cosas sobre su vida.

Sonaba de fondo una versión acústica preciosa de *Thinking out Loud* de Ed Sheeran, cantada por una chica. Vale, con una porción de pizza en una mano, sacó el móvil del bolsillo y, para no mancharlo, lo apoyó en la mesa y dijo:

—Oye, Siri, ¿qué está sonando?

—Como dicen, parando la oreja —respondió el iPhone.

El móvil se quedó procesando. Mientras, Jon se fue tras la barra riéndose, subió el volumen de la música de fondo y sacó de una nevera dos botellines de Coca-Cola.

—Diría que es *Thinking out Loud* de Jasmine Thomson.

—¿Qué música te gusta? Veo que tienes buen gusto —dijo Jon volviendo a la mesa.

—Escucho de todo, me encantan las versiones acústicas con guitarra.

—Yo prefiero el piano.

—¿Lo tocas?

—Podríamos decir que sí. Desde pequeño estuve yendo a clases dos horas al día, incluidos los sábados, hasta que me rebelé. Me pudo la presión. Era la ilusión de mis padres, y aunque en un principio me gustaba, me había centrado tanto en ello sin que nadie me preguntase si realmente era lo que me gustaba que me vi de mayor sabiendo solo tocar el piano para ganarme la vida, y no me sentía del todo feliz.

—¿Y te gusta más ser camarero?

—Digamos que me gustan más las personas. Me gusta trabajar con y para ellas, y sí, me encanta el piano, y a veces lo echo de menos, pero tenía detrás demasiada presión y me cansó.

Casi al final de la casual velada, le preguntó a Vale por qué se había mudado a Madrid, y el chico no tuvo problema en decirle sinceramente lo poco que le pegaba estudiar Edificación; cosa que la dejó pensando de camino a casa.

La montaña rusa de emociones, además del madrugón para ir a la universidad la habían dejado rota. Por la tarde, había quedado en llamar a su padre por Skype, que llevaba todo el día escribiéndole por WhatsApp, deseando que llegara a casa para ver la cara de su hija tras uno de los días más importantes de su vida. De camino, Vale había estado pensando en las palabras y el tono que iba a usar con su padre para hacerle creer que había vivido un día emocionante, conocido a gente interesante, aprendido cosas apasionantes y todo en un lugar impresionante. Aunque cuando se escuchó a sí misma en su cabeza exagerándolo todo tanto, llegó a dos conclusiones: que a su padre no podría engañarle y que no debía dedicarse nunca a ser actriz porque se le daría fatal.

Sentada en el sofá delante del ordenador, con el cursor encima del logo de Skype, no se vio con energía ni agilidad mental como para improvisar mentiras; además era algo que no le gustaba hacer, sobre todo con su padre y tratándose de un tema tan importante como la universidad, que tanta ilusión y orgullo había despertado siempre en Ramón.

Cogió el móvil y se acercó a abrir el ventanal del salón del piso, por el que se veía y escuchaba el bullicio de gente y tráfico a la hora de salida de los trabajos en el centro de Madrid. En su lista de contactos, «Aa Papá» sustituía desde mayo a su madre siendo el primero en su agenda. Un tono después de haber marcado, Ramón ya estaba atendiendo la llamada.

—¡Vale!

—¡Hola, pa! —dijo hablando alto para que, con el bullicio de la calle, pareciera que no le escuchaba bien.

—¿No íbamos a hablar por Skype?

—Es que he terminado en la uni tarde, tramitando unos papeles que me faltaban de matriculación y eso. Me he quedado a comer con unos compañeros después de clase. La sobremesa se ha alargado bastante y ahora estamos yendo a tomar un café a un sitio que dicen que está muy guay —improvisó, no sabiendo muy bien cómo le había salido tan natural semejante mentira.

—No te preocupes, hija. ¡Me alegro mucho! Aprovecha el tiempo. Conoce, conóctete y diviértete. Van a ser tus mejores años. Pásalo bien, amor. Cuando vuelvas escíbeme un wasap, así me acuesto tranquilo —le respondió Ramón tratando de no sonar algo decepcionado por no poder contactar por videollamada con su hija. Hacía cinco días que no la veía a través de la *tablet*.

—Tranquilo, papá. Yo te escribo, y si no llego tarde, igual todavía podemos hablar —dijo ella intentando suavizar la mentira que ya no podía

rectificar.

Definitivamente, había sido peor el remedio que la enfermedad. Hubiera deseado meterse en la cama con la manta hasta la cabeza y dormir al menos veinticuatro horas para no tener que pensar en lo mal que había actuado por no querer decepcionar a su padre, pero había dos problemas: que su conciencia no le dejaría pegar ojo y que no podía permitirse dormir hasta la tarde siguiente porque a las siete de la mañana le sonaría el despertador para ir a la universidad (cosa que ya había perdido toda la emoción).

Buscó en Spotify la versión de *Thinking out Loud* que había escuchado en A-más-a-mi con Jon y encontró la lista de reproducción a la que pertenecía: *Acoustic covers*. Abrió el explorador, y como siempre se cargaron las tres pestañas que había configurado permanentes: Facebook, Twitter y YouTube. Dos notificaciones de Facebook: varios comentarios en una foto que Melanie había subido la noche anterior al «gran día» de Vale, en la que las amigas salían haciendo el tonto en el sofá. Lo acompañaba un texto sobre la bonita e importante etapa que estaba a punto de arrancar y lo orgullosa que se sentía de compartirla tan cerca de su mejor amiga. Notó de nuevo aquella agri dulce sensación de encontrarse feliz, pero con la conciencia intranquila. Pensó con imparcialidad que lo más inteligente sería esperar a que pasara el primer mes de clases, para saber si realmente estaba yendo por el camino correcto o no estaba sabiendo interpretar las señales del universo.

Antes de cerrar la pestaña de Facebook, se dio cuenta de que tenía una notificación en las peticiones de amistad. Su corazón se aceleró. Volvió a subirle esa adrenalina que había convertido su cuerpo en una montaña rusa durante la tarde con Jon. Sentía los latidos aumentando de intensidad y velocidad, sin todavía haber pinchado en el pequeño icono de la personita bajo el que se escondía la invitación. Se imaginó en qué momento podría haber mandado Jon la petición, y recordó el zumbido de su móvil que ignoró mientras pretendía construir una pirámide de queso sobre su pizza. No quería alargar la agonía por más tiempo, porque poco faltaba para que se le saliera el corazón a través de las costillas, así que pinchó sobre el iconito blanco y se quedó pálida e inmóvil al ver quién pretendía ser su nuevo amigo en Facebook.



La inagotable Melanie llegó a casa sobre la hora de cenar contándole a alguien por teléfono lo fuerte que le parecía que una compañera de clase

hubiera leído wasaps de su novio quedando con otra chica. Le chocó ver que Vale estaba dormida en el sofá sobre su pequeño portátil enroscado entre su brazo izquierdo, cuando solo eran las 21.00. No tardó mucho en colgar el teléfono y acercarse a su amiga. Comprobó que dormía profundamente y le acercó la mano al hombro, pensando en darle pequeños golpecitos para despertarla, pero por una vez se frenó antes de actuar y decidió que sería mejor dejarla dormir tras el emocionante día que estaba segura había tenido.

La luz del sol que iluminaba el salón actuó como despertador a la mañana siguiente. Aturdida, Valentina miró su móvil primero que nada, como inevitablemente acostumbraba a hacer todas las mañanas. Las 8.23 y en las notificaciones figuraban siete llamadas perdidas y diecisiete wasaps de su padre en los que se intuía un tono de preocupación que se incrementaba con las horas: el primero a las 23.43 y el último a las 4.07, hora en la que probablemente a Ramón le venció el sueño. La bola de la mentira piadosa se había hecho más gorda de lo que pensaba. Se imaginaba a la policía y hasta a los geos buscándola mientras ella dormía despreocupada y profundamente en un sofá en el centro de Madrid.

Lo primero que hizo fue llamar a su padre, sin preparar la excusa que le pondría esa vez. Parecía que no se le daba tan mal lo de improvisar. Por cómo oyó sonar la voz de su padre, notó que Ramón debía llevar tiempo despierto, o que probablemente no había llegado a pegar ojo en toda la noche. Su padre no era de esos que echaba broncas. Sus silencios se hacían audibles y comprensibles. Aquella vez, en el fondo, Valentina necesitaba escuchar a Ramón levantar un poco la voz; sabía que no había sido la hija buena que siempre acostumbraba a ser y necesitaba que alguien se lo confirmara. El tono de resignación que Ramón utilizó no ayudó. Asumía que su hija era ya mayor de edad, que vivía en otra ciudad y que realmente no tenía obligación de darle explicaciones sobre dónde estaba, con quién o a qué hora volvería. Se limitó a preguntarle qué tal había ido, y Valentina, evitando entrar en detalles que pudieran levantar la manta de su mentira, le contó poca cosa.

—Bien, estuvimos cenando fuera y me quedé dormida poco después de llegar a casa.

Al menos la última parte no era mentira. Eso y pedirle perdón, seguido de un «papi», alivió su cargo de conciencia temporalmente.

Colgó. Las 8.30. Genial. En ese mismo instante tenía que estar con el culo apoyado sobre la silla de uno de los pupitres del aula 340 y no sentada en el sofá, recién despierta, sin duchar, con la ropa del día anterior y el portátil, descargado y sin batería, hundido en el hueco entre el asiento y el respaldo. Se preguntó por qué Melanie, que madrugaba también para ir a la universidad, no había sido capaz de despertarla sabiendo que iba a llegar tarde en su segundo día como universitaria.

—Empiezo bien —respingó para sí.

Se acercó sigilosamente a la puerta de la habitación de Mel, que estaba entornada, y se asomó con cuidado. Se imaginaba cualquier cosa: encontrársela dormida recién llegada a casa después de haber salido de fiesta un lunes, o enroscada con algún ligue pasajero e intrascendente que no tenía por qué estropear su bonito noviazgo a distancia. Sin embargo, se la encontró durmiendo con el portátil enchufado al cargador encima del escritorio. Se conocían tanto que, viendo eso, no le hacía falta preguntar para saber que había estado hablando por Skype con su novio el australiano hasta las tantas de la noche. Eso del cambio horario le estaba provocando *jet lag* sin moverse de España.

Valentina ni siquiera sabía a qué hora se había quedado frita, pero no le cabía duda de que no había cenado, porque sus tripas volvían a rugir como animales salvajes a punto de atacar a cualquier ser, cosa u objeto comestible que se pusiera por delante. Un bol de cereales con leche no iba a ser suficiente, pero su despensa todavía no daba para mucho. Abrió la nevera para ver si al menos había algo de queso o fiambre, pero solo encontró pechugas de pollo crudas, una bola de lechuga, cebollas, dos manzanas y algunas cosas más inmediatamente descartadas de la lista de «alimentos aptos para estómagos en ayunas». Le parecía mentira que, con lo que le gustaba la cocina, todavía no tuviera materia prima suficiente como para prepararse un buen desayuno, que era la comida del día que más disfrutaba. Como buena universitaria-novata-independiente, acabó aplicando una regla de lógica típica de estudiantes. Si una ración de cereales no iba a saciarla, necesitaría dos. La primera alegría del día llegó al ver que había tres cajas de cereales distintas en la despensa. Aunque ninguna era suya, ya repondría cargamento por la tarde. Sacó dos boles y en ambos mezcló en seco una generosa cantidad de los tres tipos: unos integrales con poco azúcar, unas bolas de maíz con miel y arroz inflado con chocolate. Sacó su leche semidesnatada y solamente llenó el primer bol con el líquido, para que no se ablandasen los copos del segundo. Cuando terminó (muy rápido) de devorar su primer plato, encendió la tele

para entretenerse. Siendo consciente de lo rápido que había comido, pues ni siquiera recordaba si había saboreado los cereales, optó por comerse los del segundo bol en seco, de uno en uno y con la mano, como si fueran pipas.

De repente le vino a la cabeza la última imagen de la noche anterior, antes de quedarse dormida o desmayarse: la rara e inoportuna petición de amistad de Marc. Marc, quien innegablemente había sido y siempre sería su primer amor. Marc, en quien se basaría para aconsejar a sus hijos e incluso a sus nietos cuando tuvieran que superar los primeros desamores. Marc, quien después de todo se llevaba la medalla al capullo del año.

Las famosas mariposas estomacales (que así nombradas parecen un tipo de virus) habían dado a Vale con dieciséis años alas tan grandes como para volar con Marc sin miedo a estrellarse. Fue el primer (y hasta entonces el único) chico que presentó a sus padres, y Vale también la primera que Marc integraba en su familia. Ninguno de los dos había tenido nunca una relación lo suficientemente seria como para dar ese paso tan oficial, aunque ambos parecían tenerlo tan claro que lo hicieron bastante rápido. Apenas mes y algo después de haber empezado a salir, ya conocían a sus respectivos padres y hermanos. Para cuando llegó la primera Navidad medio año después, tuvieron que aprenderse de golpe los nombres de todos los primos, abuelos, tíos y familiares más lejanos que fueron apareciendo. Cientos de veces había imaginado Vale cómo sería su futura vida con Marc. No tanto como cientos, pero algunas cuantas veces habían hablado sobre cómo llamarían a sus bebés y cuántos tendrían. Nunca se ponían de acuerdo con los nombres. Vale siempre dudaba entre Manuel y Guillermo si tuvieran un chico.

Curiosamente, Marc y Vale se habían conocido gracias a los mágicos vínculos que solo suelen ocurrir en los pueblos. Marc era hijo del entrenador del equipo absoluto de fútbol del pueblo. No es que fueran aspirantes a primera división, pero se defendían. Hasta Ramón había jugado durante un par de años antes de expandir la cadena hotelera y quedarse apenas sin tiempo de ocio. Valentina y su hermano habían ido infinidad de veces con Manuela a ver jugar a su padre cuando Rafa era solo un bebé y Vale tenía ya algo de uso de razón como para recordarlo. Cuando los compañeros de clase de Rafa empezaron a apuntarse a actividades extraescolares, el fútbol era algo casi obligatorio para integrarse en los temas de conversación que los lunes tenían en clase. Se hablaba de las malas o buenas jugadas del partido del fin de semana y de las peleas y roces con los integrantes del equipo contrario. Rafa

fue mejorando con los años, e incluso su entrenador le dejó caer a Manuela y Ramón que el enfoque e intensidad que Rafa ponía hasta en los entrenamientos podría llevarle lejos. Era la única pasión conocida y reconocida por su hermano, y en casa había máximo respeto por sus entrenamientos y partidos. Un año, en la tradicional reunión anual de presentación de la temporada, el entrenador de Rafa presentó a Marc, que con apenas diecisiete añitos sería el nuevo segundo entrenador del equipo de alevines. En aquel reencuentro años después, Valentina recordó los silencios y las repetidas miradas absurdas entre ambos, todavía desconocidos, cuando ella tenía unos ocho años y él nueve, mientras sus madres charlaban de temas varios en la cafetería del campo en los descansos de los partidos. Debió ser que él también lo recordó, pues un par de semanas después de verse sin cruzar más que unos cuantos «hola» y «hasta luego» al llevar y recoger a Rafa de los entrenamientos, recibió una petición de amistad en Facebook de Marc Llorens García, que posaba mirando a cámara (muy guapo, había que reconocer) en su reciente foto de ficha de segundo entrenador del equipo.

Por eso aquella nueva petición de amistad le había dejado tan en *shock*. Por aquel gran parecido con los inicios de su relación. La primera vez, nada más aceptarle empezaron las charlas por el chat de Facebook hasta las tantas de la noche. Se lanzaban preguntas sin parar para saber cosas sobre sus vidas. Más tarde las conversaciones por WhatsApp, y luego el primer beso en persona a pie de playa. Todo tan bonito como para imaginarse el resto de su vida idílica juntos. Igual que en el videoclip *Mine* de Taylor Swift, en el que ella está visualizando la historia del resto de su vida con él y, al final, resulta que se acaban de conocer en ese mismo momento.

Sin embargo, aquella vez era distinta porque su relación no había acabado bien. Marc repitió primero de bachillerato por dedicarle tantas horas al fútbol y dejar algo de lado los estudios, así que, durante el último año que estuvieron juntos, él había decidido reducir las horas de deporte para centrarse en lo académico soñando con poder entrar en Derecho. Solo hacía acto de presencia en los partidos, y pegaba un par de gritos para que su visita se hiciera notar algo; eso solo si no tenía exámenes la semana siguiente. Cuando llegó noviembre, se dio cuenta de que su sueldo ya no le daba para pagar sus varios caprichos tecnológicos, como el iPad que planeaba comprarse y los auriculares con micrófono de *gamer*, para jugar a videojuegos mientras interactuaba por *webcam* con sus ciberamigos. Obviamente, no contaba con la

financiación de sus padres para esos artilugios que ellos consideraban distracciones innecesarias (y Vale estaba de acuerdo con ellos).

Marc había dejado de proponerle planes a Vale por la necesidad de ahorrar para poder permitirse aquellos juguetitos en Navidad. Pasaban las tardes del fin de semana encerrados en su casa o en la de Vale, a no ser que ella asumiera el coste de los dos para salir al cine o a cenar. No es que a ella le importara, pues económicamente nunca había tenido problemas, pero la desmotivación de Marc por hacer cosas juntos se incrementó cuando a finales de noviembre consiguió los auriculares. Se pasaba horas, e incluso días enteros frente a la pantalla del ordenador. Si le contestaba algún mensaje de WhatsApp era en horas de descanso, como la de comer o la de cenar. Las pocas veces que Vale logró autoinvitarse a ir a verle a su casa, notaba que él aceptaba por compromiso, y ella acababa sentada en el borde de su cama, jugando a Candy Crush por entretenerse con algo mientras Marc, con el escritorio ocupado por su ordenador, platos de comida vacíos, trozos de algún bocata a medio acabar y latas de refresco pegajosas, jugaba con supuestos amigos a algo así como *Hundir la flota*.

En los muchos intentos de Vale por hacerle recapacitar, acababan siempre igual: Marc ofendido subiendo el tono de voz, Valentina yéndose a casa. Horas más tarde, Marc llamaba para pedirle perdón, y ella acababa aceptando sus disculpas aparentemente sinceras. Dos días duraban algo así como enamorados y vuelta al mismo patrón. Ambos sabían que o bien cambiaba todo de verdad o la relación estaba ya abocada al fracaso.

Aunque el final de la historia llegó con un giro inesperado de los acontecimientos. Inesperado al menos para ella. En los incansables intentos de Marc por reunir dinero para autorregalarse el iPad para Reyes, consiguió un trabajo como coordinador de la cola de espera para hacerse fotos con Papá Noel en un centro comercial. El trabajo le venía genial porque no le quitaba tiempo, era de media jornada durante tres semanas y estaba bastante bien pagado. Sacaría suficiente como para hacerse con la tableta y hasta comprar algún detalle navideño a su familia. Vale fue un par de veces a visitarle. Le hacía ilusión ver a su novio fuera del zulo (así llamaba ella a su habitación, que siempre estaba a oscuras y olía a cerrado) haciendo algo que implicara mover alguna articulación más que las muñecas y los dedos. Sin embargo, dos semanas después de haber empezado a trabajar, las visitas de Vale no parecían hacerle tanta ilusión. Él se excusaba en que al jefe no le hacía gracia que viniera tan a menudo, porque le desconcentraba. Obviamente, esa mentira no convenció del todo a Vale, que, cuando iba, solamente se limitaba a

mirarle desde la distancia y sonreírle cuando de vez en cuando se miraban. Ni siquiera se acercaba a cruzar palabra con él mientras estaba «de servicio». A tan solo unos pocos días de terminar el contrato, el destino quiso que diera la casualidad de que Melanie saliera de una sesión nocturna del cine en el centro comercial, con su novio de por aquel entonces, y pillara a Marc cenando en el Burger King con la chica que trabajaba con él disfrazada de elfo ayudante de Papá Noel, encargada de sentar a los niños sobre el regazo del tío barbudo. Melanie se lo contó a Vale en aquel mismo instante, vía WhatsApp y acompañado de una foto recién hecha, como de paparazzi, pero con la calidad baja de un móvil con el zoom puesto a tope. Ella, en *shock*, trató de justificarlo, pensando en que quizá estaban cenando como amigos porque acababan de salir de trabajar.

El stand de Navidad cerró hace casi tres horas, Vale

23:47

Lo cierto es que por la expresión de sus cuerpos y de sus caras en la foto (que apenas se veían, pero podían intuirse), estaba bastante claro que se trataba de una cita romántica (un tanto patética). Estaban agarrados de una mano, apoyados sobre la mesa. Ella reía con ganas sujetando una patata en la mano que le quedaba libre. Una estampa muy bonita si no fuera porque estaban en un Burger y no en La Tagliatella, aunque las hamburgueserías baratas y el restaurante chino eran las típicas apuestas de Marc para una cita romántica. Sí, sin duda era él.

No quiso abrir Facebook, ni en el ordenador ni en el iPad. Invirtió el día en hacer un menú semanal para no tener que calentarse tanto la cabeza delante de las estanterías de comida en el súper, y en pensar qué decoración podía faltarle a su recién estrenada habitación. Buscó en Google Maps móvil: Tiger, la tienda de tonterías y decoraciones por poco más de 1 €, y vio que había una a siete minutos caminando.

Al fin pudo con la pereza que llevaba encima y logró despegarse por fin de la ropa sudada con la que se había quedado dormida. Se aseguró, mirando por la ventana del salón, de que fuera no había ni una sola nube. El sol de las 12.00 brillaba en todo su esplendor por encima de las azoteas de los edificios. La luz pintaba de un tono dorado las pocas hojas que todavía se posaban sobre las ramas de los árboles en la calle. Se vistió con sus *shorts* vaqueros favoritos, camiseta con la que enseñaba algo el ombligo, y un *blazer* de lana

blanco. Era su favorito porque lo había llenado de pines con frases divertidas y parches de mil dibujos y colores. Su preferido era un minicaramelo de velcro (que no era más que una pequeña bola de aluminio cubierta con un fino papel rosa y blanco enroscado como un caramelo) que Rafa había hecho en el cole de pequeño. Se puso sus Converse negras, tan amadas como desgastadas, y se roció un poco de su perfume con olor a vainilla.

Salió a la calle, móvil en mano y Maps abierto con su ruta a pie marcada para no perderse. Un golpe de viento frío le recordó que el clima de Madrid en septiembre no tiene nada que ver con el de Altea, ni siquiera a mediodía, pero subir de nuevo al sexto piso para cambiarse de ropa no merecía la pena por siete minutos de trayecto.

Serpenteó por un par de calles tal y como el navegador iba marcándole. Lo hizo a paso ligero e intenso para llegar cuanto antes, cerrándose el *blazer*, que no tenía botones, con la mano que le quedaba libre cada vez que las bocanadas de viento helado le golpeaban el pecho en las concurridas calles del centro. El último tramo era en línea recta por la calle de San Bernardo, así que cerró el mapa y guardó el móvil en su bolso tras reproducir en su cabeza la voz de su padre unos meses atrás contándole cómo un caco en Madrid le había arrancado el móvil de las manos mientras mandaba un mensaje caminando por la calle.

Si algo le gustaba de Madrid era, sin duda, la forma en que la ciudad le cambiaba los planes. Eso nunca pasaba en su pueblo. Aunque el mar le diera la paz y la posibilidad de sentirse libre frente al horizonte, en Alicante no solían pasar cosas emocionantes. Había una paz extremadamente monótona. A veces necesitaba poder dejarse provocar por cosas más innovadoras que por un nuevo pastelito en la panadería o el olor de una paella que algún vecino preparaba los domingos. Sin embargo, en Madrid, las reacciones químicas en su cuerpo surgían a diario, sin esperarlas.

Quizá el GPS de su móvil le había marcado esa ruta hacia la tienda y no otra por alguna razón. Quizá hubiera acabado encontrándose con aquello en otra ocasión, a lo mejor en unos días, puede que en unos meses (al fin y al cabo, estaba relativamente cerca de su piso), pero el olfato de Valentina le acababa de provocar un escalofrío de los buenos. Aquella fragancia dulce y amarga era sin duda rara, pero muy provocadora. Inspiró una segunda vez e identificó un olor a pimientos asados mezclado con aroma de caramelo líquido, que desencadenó inmediatamente en ella un giro brusco de cabeza, cuarenta y cinco grados a la derecha, para buscar de dónde venía, a lo largo de la hilera de locales de la acera por la que caminaba con el objetivo (en un

principio) de llegar a Tiger. Así funcionaba ella, el orden de prioridades de sus cinco sentidos empezaba siempre por el olfato. Su hermano se reía de ella cuando de pequeña identificaba algún aroma de los que la ponían de buen humor: una panadería, una frutería, una floristería o una gasolinera. Sí, quizá el último no suene muy agradable. Ni a ella misma le gustaba reconocer que el olor a gasoil la ponía de buen humor (para evitar que la tomaran por loca), aunque estaba segura de que no era la única fan.

Una cristalera que en principio le pareció infinita dejaba a la vista de los que pasaban por la calle un aula inmensa con encimeras largas, bien parecida a las cocinas de *MasterChef*. Una pegatina grande de color blanco sobre el cristal lo identificaba como LCA - Laboratory of Culinary Arts Madrid. La sala estaba ocupada por diez alumnos uniformados con chaqueta blanca y gorro de chef decorados con botones y franjas laterales rojas. Los jóvenes se agrupaban en tres de los largos «pupitres» equipados con fregaderos, fogones, parrilla y hornos. Unos pocos tomaban notas de lo que parecían las indicaciones que el profesor, uniformado con una chaqueta similar a la de los alumnos, pero de botones y franjas azul marino, iba dando desde su propia encimera. Algunos sacaban del horno bandejas de verduras, otros clavaban un cuchillo con cuidado en algo que tenían hirviendo al vapor, y otros utilizaban una especie de herramienta parecida a un sacapuntas con la que *espiralizaban* unos calabacines. Vale había visto alguna vez a gente usar ese curioso artilugio en vídeos de YouTube. Aun así, buscó con la mirada a quien estuviera calentando caramelo en los fogones, porque el olor era muy intenso, pero nadie parecía estar en ello.

Un golpe fuerte sobre su hombro izquierdo sacó a Vale de su alucinación temporal y tiró su bolso al suelo.

—Perdón, ¡perdóname! —oyó gritar a un chico mientras se alejaba de ella, y con él también un perfume a madera de eucalipto recién puesto.

Vale tardó algo en reaccionar. Primero recogió su bolso del suelo y luego se giró. Dudó, pero por la prisa que llevaba tenía que haber sido un chico joven. Ni se giró para comprobar si le había hecho daño. Vio cómo terminaba de alejarse rapidísimo por entre la gente. El hecho de que fuera quitándose la chaqueta de cocinero mientras aceleraba el paso sin ninguna duda le identificaba como alumno de la escuela de cocina.

Un par de señoras que paseaban juntas agarradas de los brazos, ambas con recogidos recién salidos de la peluquería, abrigos marrones de pelo de animal y pañuelos a juego cubriéndoles el cuello, le preguntaron si estaba bien y, tras comprobar que así era, le aconsejaron que se abrigara, que no estaba en la

playa. A Valentina le dio algo de corte no ir vestida acorde a la temperatura, aunque en el fondo pensó que, si los atuendos que llevaban esas señoras eran lo propio para el clima de la capital, prefería parecer una inglesa en Benidorm.

Tras la breve parada, llegó a la tienda de decoración tal y como había previsto en su ruta. Se dio una vuelta por el camino marcado que te obligan a seguir siempre en esos sitios, para que lo veas todo de principio a fin. Cuando llegó a la caja, cesta vacía en mano, se dio cuenta de que, si le hubiera preguntado alguien qué era lo que más y lo que menos le había gustado de lo que acababa de ver, no hubiera sido capaz de responder. Se había pasado los diez minutos caminando lento por entre las «chuminadas» de la tienda, sin dejar de imaginarse a sí misma vestida con el gorro y chaqueta blancos de los alumnos del LCA que acababa de ver.

Vale estaba segura de que no iba a ser posible convencer a su padre de que lo más lógico era dejar los estudios de Edificación para empezar una carrera (o quizá solamente un curso) de algo relacionado con la cocina.

Cuando le entraron las primeras dudas sobre qué estudiar, especialmente al terminar la ESO y empezar bachillerato, Vale le planteó a Ramón y Manuela estudiar cocina, pero ambos pusieron el grito en el cielo. Algo que en un principio Vale no entendió. Era como cuando un niño les dice a sus padres que quiere ser astronauta, futbolista, actor, o cantante. En general, los padres, en lugar de apoyar a su hijo y apuntarle a actividades extraescolares relacionadas (cierto es que nunca había escuchado que hubiera clases extraescolares de astronauta o de cocina para niños en Alicante) para incentivar esa afición, perfeccionarla y quién sabe si destacar en ella algún día, dejan que sus sueños caduquen sin tan siquiera darles la oportunidad de que los intenten alcanzar. Lo mismo le pasó cuando a los dieciséis propuso a sus padres hacer el curso de TCP (Tripulante de cabina de pasajeros) para ser azafata de vuelo, en lugar de estudiar bachillerato. La respuesta de su madre fue graciosa, pero también era realista y razonable.

—Las azafatas de vuelo viajan mucho, sí. Eso es genial, pero ¿sabes que también tienen que estar a disposición de los pasajeros para cualquier cosa que pase? Si se cae una bebida, la limpian, si alguien se pone malo, lo limpian, porque lógicamente no van a esperar a llegar a destino para que lo limpien otros. No dejan de ser algo así como las chachas del aire.

Qué cruel le sonó aquella descripción al principio, así que azafata sería otra profesión frustrada. Pensó en piloto de vuelo: esos seguro que no tenían que limpiar nada, pero lo descartó al averiguar que esa formación tenía

muchas matemáticas. Veterinaria: ver sufrir e incluso morir a los animales era demasiado duro para alguien a quien le encantan. Periodismo: mucho paro y pocos periódicos.

Cuando recordaba cómo había sido el proceso de la toma de decisiones sobre su futuro laboral, Vale se daba cuenta de que en realidad sus padres habían hecho todo lo posible por inducirla a estudiar Edificación, materia que en realidad nunca estuvo entre su lista de inquietudes.

Sin haber comprado nada, dejó la cesta de Tiger vacía en la pila que las amontonaba todas cerca de la salida, y con las gracias salió por el torno de la tienda con una inquietud resurgida.

Cinco minutos más tarde estaba entrando con la amable recepcionista de LCA al aula que apenas media hora antes había visto a través de la cristalera que daba a la calle. Ahora vacía, la sala por dentro era mucho más grande de lo que le había parecido. Al fondo, una estantería que ocupaba toda la pared, llena de sartenes, cazuelas y artilugios de cocina, como moldes de todas las formas y tamaños. Del otro lado, frascos de aromas y botes de polvos para hacer esferificaciones y otros experimentos. Abajo también había azúcares y harinas de todos los tipos, desde la de trigo hasta la de coco.

Aunque sin duda su mandíbula se terminó de desencajar de emoción cuando entró en las aulas de repostería. Una primera la componían unos treinta pupitres individuales, normales, como los que había visto el único día que había hecho acto de presencia en la universidad. Al fondo de la clase, una encimera claramente del profesor, con el mismo diseño que las del aula de «salados» (así había bautizado ya Vale al aula que provocó su enamoramiento a primera vista).

La empleada que la acompañó en su recorrido le explicó que esa sala estaba destinada a las clases teóricas, que en los horarios ocupaban el mismo número de horas lectivas que las clases prácticas. Vale dejó de prestarle atención, imaginándose a sí misma de nuevo en la clase, tomando apuntes adulada mientras un profesor (que en su cabeza era joven, exageradamente guapo, y estaba sospechosamente en forma para ser un buen cocinero) explicaba paso a paso a los alumnos cómo hacer esferas de mazapán o gotas de merengue de papaya cristalizadas o cualquier postre succulento que sonara más al resultado de un experimento de química que a una receta comestible.

La otra sala tenía un aspecto similar a la primera de todas, aunque las encimeras eran de color marrón, preciosas e ideales como fondo para los típicos vídeos o fotos de postres que generan *likes* como por arte de chocolate (sí, en el diccionario de Vale el chocolate era sinónimo de magia).

—¿Y me puedo incorporar ya?

—¿Ahora? —la chica rio simpática con la ocurrencia de Valentina—. No vienes de ninguna otra escuela, ¿no?

—No, pero se me da genial, eh, hago el *casting* cuando quieras —soltó Vale bastante desesperada por la emoción.

La empleada volvió a reír hasta que al ver la cara expectante de Valentina se dio cuenta de que lo decía en serio.

—Tranquila. Los alumnos que ya han empezado son los de segundo curso de Cocina y Gestión de Restauración y Repostería. Los alumnos de primero no empiezan hasta el 1 de octubre. El plazo de matriculación sigue abierto, pero me parece que quedan pocas plazas. Vamos a la recepción y lo miro en el ordenador para asegurarme.

Las dos caminaron hacia el mostrador principal. La empleada tecleó y cliqueó un par de veces, que a Valentina le parecieron veintiséis.

—Quedan dos plazas. No podemos ampliar el cupo a más de treinta alumnos por curso.

—Ya, eh... ¿y qué tengo que hacer para apuntarme?

—Mira —dijo mientras sacaba una cartulina y un boli de un cajón—. Tienes que rellenar este formulario con tus datos personales, formación hasta ahora y datos bancarios para que podamos pasar directamente a tu cuenta las cuotas mensuales. Si lo pagas todo de golpe, te haríamos un treinta por ciento de descuento, si lo pagas en dos veces, un diez y, si no, mes a mes a precio normal.

La mente ilusa de Vale no había caído en que las escuelas de cocina se pagan, y por la pinta tan estilosa que tenía el Laboratory of Culinary Arts, sospechaba que no iba a ser del precio de un menú del día en una tasca cualquiera.

—Y ¿de cuánto dinero estamos hablando? —dijo Valentina mientras parecía que se ahogaba en su propia saliva.

La chica sacó un papel con el logo de la escuela en el que se detallaban todos los numeritos.

—Doscientos cincuenta euros de matrícula, que se te devolverían al terminar el año —subrayaba con un boli sobre las cifras—. Nueve cuotas, de octubre a junio, de cuatrocientos cincuenta euros el primer año, y otras nueve de cuatrocientos para el segundo curso.

El entusiasmo inicial de Valentina se fue desvaneciendo conforme intentaba hacerse la adulta y sumaba las mensualidades en su cabeza absurdamente, como si no le hiciera falta una calculadora.

Le dio las gracias por la información, y la empleada se despidió aconsejándole que, si se decidía a empezar, trajera el formulario y la matrícula rellenos con sus datos cuanto antes.

De camino a casa, pensando en cómo podría tomárselo su padre, el corazón se le aceleró imaginándose lo que podía venirle encima si tomaba la decisión de dejar la universidad (que apenas había llegado a pisar todavía) para empezar un grado de dos años en repostería. No era el momento de dar disgustos a Ramón. Al menos, no todavía. A ello se le sumaba también la presión de la recepcionista para que se diera prisa en volver. Llegó al piso con el instintivo impulso de contárselo a alguien, esperando que Melanie no tardara en volver de la universidad.

—¿A qué estás esperando para aceptarle?

—¿Pero tú estás loca?

—Es el placer de tener por fin el poder.

—¿Qué poder? El que le estaría dando a él para cotillear todo lo que quiera.

—Que vea lo feliz y bien que estás con tu nueva vida.

—O que tenga que ver yo lo bien y feliz que está él con la suya y posiblemente con alguna novia nueva.

—¿Pero tú no lo habías superado? No te he escuchado hablar de Marc en meses —dijo Melanie algo en *shock*.

—Por supuesto, pero hablábamos de que en mi vida no hay cambios extremadamente radicales como para darle en las narices a mi ex.

—¡Pero qué manera de infravalorarte! Estás radiante y maravillosa viviendo con tu mejor amiga en Madrid, estrenándote como universitaria y llevándote con tu padre mejor de lo que os habéis llevado nunca.

—Ah, hablando de novedades y de mi padre...

—¿Qué le ha pasado? No me jodas —interrumpió alarmada la rubia impaciente.

—Relájate, Mel. Eres la leche, eh. No ha pasado nada malo. Todavía... A ver, en realidad no tiene nada que ver con mi padre. Bueno, debería, pero no creo que vaya a tener relación con él.

—Me estás poniendo nerviosa, ¿me puedes decir qué pasa?

—A ti te pone nerviosa hasta una tila —bromeó Vale para relajar la situación que sin duda la tenía más nerviosa a ella que a la australiana—. Es que hoy no he ido a la universidad...

—¡Menos mal que no estudias Periodismo! ¿Me has puesto histérica por esta gran noticia? Yo he perdido la cuenta de las veces que he faltado a la

universidad. Ay, mi novatilla, cuánto te queda por aprender —dijo Melanie en algo así como un tono de reproche con compasión.

Tras saltar su lección sobre la vida universitaria, se levantó de la mesa quejándose del hambre que tenía y abrió su armario de la despensa para barajar posibilidades de cena.

—Tengo poca cosa, y de lo que tengo no me apetece nada. ¿Salimos a cenar?

—No sé, no pensaba —dijo Vale algo decepcionada con el intento de conversación tan poco productivo que acababa de tener con su mejor amiga.

—¡Venga, sí! Conozco un sitio que te va a encantar.

Después de la sabia lección que el viento frío y las señoras madrileñas le habían dado aquella misma mañana a Valentina, decidió equiparse para plantarle cara al clima de Madrid. Primero y fundamental, se embadurnó en su perfume de vainilla. Se tapó con varias prendas finas, hasta parecer una cebolla con tantas capas. Para la capa visible, repitió el *blazer* de parches. Vaqueros pitillo y Converse rosas, las más desgastadas gracias a la repetitiva broma que Marc hacía desde el día en que se conocieron. Valentina acababa de comprarlas el día anterior, así que decidió lucirlas en su primera cita con Marc. Debió ser que el reluciente color rosa las delataba como nuevas. Él consideraba que las Converse no se podían llevar sin desgastar. Se puso frente a ella, la agarró de las manos como si estuviera a punto de darle un beso, y pisoteó con ambos pies la punta de las zapatillas nuevas de la que todavía no era su novia. Valentina se pilló un rebote difícil de disimular. Aunque el beso que vino justo después de la bromita equilibró muy bien la balanza.

Melanie no pudo evitar reírse descontroladamente cuando vio a Vale lista para salir a la calle.

—Hola. ¿Está mi amiga Valentina por ahí debajo? —soltó entre una carcajada y otra.

El atuendo de Vale lo completaban tres vueltas al cuello de un pañuelo rosa, un gorro de lana gris que la cubría hasta las orejas y un abrigo de felpa negro.

—No sabía que estuviera nevando fuera.

—Hace mucho frío hoy —contestó Valentina notablemente cansada de las burlas de su amiga.

—Si esto te parece frío, espera a que llegue enero.

Salieron a la calle, donde Vale se dio cuenta de que quizá, en su cabeza, había quitado unos cuantos grados más al termómetro. Puede que el sol

hubiera calentado las calles lo suficiente como para que la noche estuviera algo más cálida.

Bajaron la cuesta de Alberto Aguilera a paso ligero, con Melanie como siempre guiando la marcha. La muchacha parecía morirse de hambre. La australiana giró en una de las bocacalles. Valentina reconoció la esquina a la vista y luego llegó el olor. Ese aroma a masa levando en el horno, ese ambiente al que ya ponía la imagen de un recuerdo que inconscientemente le provocó una sonrisa que Melanie ni vio.

—Aquí es —dijo la rubia mientras se plantaba ante la puerta del A-más-a-mi—. Lo descubrí hace relativamente poco. Antes de irme en verano.

Con la iluminación tan tenue que tenía por la noche, a Valentina le parecía más bonito todavía. Como Melanie no había tenido interés (o quizá no se había acordado, la pobre era muy despistada) en preguntarle qué tal le había ido el primer día de universidad, y la visita de Valentina al A-más-a-mi (y a Jon) se incluía dentro de esa jornada, decidió evitar contarle que ella también conocía el sitio.

A las 21.15 el local estaba bastante lleno, aunque se veían un par de huecos en las mesas y algunos que ya tenían prácticamente terminadas sus obras pizzeras parecían estar a punto de meterlas en los hornos y dejar hueco en la zona creativa.

Al entrar, una camarera joven, muy guapa y muy en sintonía con el rollo del restaurante, vestida con camisa roja y negra de leñador, recibió a las chicas muy amablemente y les preguntó si sabían cómo funcionaban las cosas. Valentina estuvo a punto de decir que sí, pero por suerte (esta vez) la bocazas de Melanie se adelantó a decir:

—Yo sí, pero mi amiga no.

Vale no le hizo mucho caso a la explicación de la chica. Solo estaba pendiente de que Jon no saliera de la parte trasera del restaurante para decir alguna tontería que destapara el secreto de Valentina, como por ejemplo: «¿tú otra vez por aquí?».

—Tenéis todas las masas ahí y los *toppings* en esa encimera —dijo la camarera señalándolo—. Cuando tengáis la forma hecha y los ingredientes puestos, se la lleváis a mis compañeros de la barra para pesarlas y hornearlas.

Exploraron despacio los rincones donde estaban los cubos de masa y la variedad de ingredientes con los que cubrir las pizzas, asumiendo que para Vale todo aquello era un mundo todavía por descubrir.

—¿A que mola? —dijo Melanie emocionada, buscando una respuesta que reconociera su mérito por ser la responsable de hacer que Valentina

descubriera el A-más-a-mi.

—¡Me encanta! —exclamó Vale sincera.

Masa de espelta integral para Valentina, a seis euros con cincuenta céntimos los doscientos cincuenta gramos, y masa normal, «la de toda la vida», tal y como la llamaba Melanie, para ella, a cinco euros los doscientos cincuenta gramos.

En los pequeños cuencos de *toppings*, Vale siguió los consejos de Jon, siendo más comedida que la primera vez. Mel había llenado el suyo hasta arriba con quesos de todo tipo.

Ya más metida en el buen rollo que le transmitía el A-más-a-mi, empezó a tararear *All About That Base* versionada por Ana Aldeguer, que sonaba en aquel momento. Vale les echó un ojo a los ingredientes que había elegido la rubia y se acordó de ella misma cometiendo el mismo fallo de intentar hacer una montaña de quesos en su pizza antes de que Jon la rodeara para coger su bandeja. Un escalofrío y un chorro de adrenalina subieron por su cuerpo.

—A ver qué tal se te da, Mel, di: «Muuuuuuuuuu» —dijo Valentina—. Menos mal que no eres intolerante a la lactosa.

Las dos rieron a carcajadas. Mel cogió una de sus bolitas de mozzarella y se la tiró a su amiga en el pelo.

Valentina fue a preguntarle a la camarera (que era la única empleada que parecía hacer acto de presencia en el restaurante aquella noche) dónde estaban los aseos, para lavarse las manos antes de sobar la masa. Al parecer sí era cierto que había rincones del restaurante que Vale no conocía. Bajó una larga escalera en forma de espiral. A lo largo de la pared que descendía, había colgadas varias láminas de troncos de árbol, con frases grabadas sobre ellas en caligrafías preciosas. Valentina se fue parando a leer todas las frases:

«Un estómago vacío es un mal consejero»

ALBERT EINSTEIN

«El amor es tan importante como la comida, pero no alimenta»

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

«La gente que ama comer es sin duda la mejor gente»

JULIA CHILD

«El silencio es el sonido de una buena comida»

JAMIE OLIVER

«La buena comida se anuncia a la nariz desde la cocina»

ANÓNIMO

Justo cuando llegó a esa frase, no pudo evitar sonreír. Se identificaba muchísimo con ella por su agudo sentido del olfato. Sacó el móvil de su bolsillo e hizo una foto para subirla a su historia de Instagram.

«Toma consejo en el vino,
pero decide con agua después»

BENJAMIN FRANKLIN

La frase de Benjamin Franklin en la última rodaja de madera no le hizo sacar el móvil, pero sí le recordó que todavía no se había atrevido a pedir consejo sobre si debía cambiar radicalmente el camino futuro de su vida. El tiempo seguía corriendo.

—¿Cuál es la que más te gusta?

Valentina, que todavía estaba parada leyendo esa última frase de la pared, se estremeció al escuchar aquella voz.

—La que habla sobre cómo el olfato se anticipa a los sentidos — respondió ella con una sonrisa, pero todavía sin girarse. Sabía que era Jon.

—«La buena comida se anuncia a la nariz desde la cocina. Anónimo» — leyó casi susurrando Jon, que rápidamente se había colocado a la altura del escalón sobre el que estaba esa lámina, mirando también a la pared, y tan pegado que su brazo derecho tocaba el hombro izquierdo de Vale, que estaba un escalón más abajo—. ¿No la habrás escrito tú?

—Claro. Es mi mote, mis amigos me llaman Anónima. Valentina Anónima —le respondió astuta y con sonrisa picarona.

—Yo pensaba que eras Valentina la que Cocina, pero no te preocupes, mañana mismo pido que graben sobre esa lámina un «Valentina» delante de «Anónimo». ¿Qué otras frases célebres has escrito? Pensaba que estudiabas Edificación, no Filosofía.

—Mmmm... «Préstale atención a lo que hueles mientras miras, porque es difícil repetir una escena ante los ojos, pero un olor es capaz de recrear un recuerdo en tu cabeza».

—Eso suena a la traducción de una canción de Ed Sheeran. No me la das, Anónima. Hay muchas de tus frases en internet. Me voy a asegurar de que esa es una nueva de tu cosecha y que soy el primero en escucharla.

Vale se sorprendió de lo rápido que acababa de ocurrírsele esa inventada cita célebre. Quizá fuera gracias a la práctica de los últimos días, improvisando excusas para su padre. Una suave y constante vibración en el bolsillo del trasero de Valentina cortó el largo y pícaro cruce de miradas que ella y Jon estaban teniendo en un silencio que solo amenizaba la banda sonora de alguna lista de Spotify que estaba en *play* en la planta de arriba de A-más-a-mi. Sacó el móvil de su bolsillo para comprobar que quien llamaba era Rafa. Aunque el hecho de que su hermano pequeño quisiera hablar con ella le sorprendió (podía considerarse tan poco usual como un eclipse solar), no era el momento ni el lugar para atenderle. Pensó que probablemente llamaba obligado por su padre y se limitaría a contestar a las preguntas de Vale con monosílabos. No quería cargarse el momento tan emocionante e inesperado que estaba teniendo con Jon, así que silenció su móvil y lo guardó de nuevo.

—Entonces dices que los recuerdos pueden venir de los aromas.

—Eso es —dijo Vale convencida.

—Pues déjame oler algo distinto a la masa de pizza para poder acordarme de este momento.

Sin darle un segundo de tregua para que Vale pudiera procesar lo que acababa de decir, Jon, que cada vez le parecía más atractivo, bajó un escalón para colocarse frente a ella, a pesar de que le sacaba más o menos media cabeza. Tras una pausa en la que él la miró fijamente luciendo su bonita sonrisa, pasó su mano por detrás de la cabeza de Valentina hasta apartarle el pelo que le cubría un lado del cuello. Se estremeció al notar el roce de los cálidos dedos de Jon sobre su nuca. Instintivamente, inclinó la cabeza y cerró los ojos, esperando sentir los labios de Jon sobre su boca en cualquier momento. En lugar de eso, él se acercó lentamente al costado despejado de su cuello e inhaló fuerte y sonoro, apoyando su nariz sobre la piel de gallina de Vale. Ella dio un pequeño paso hacia atrás por el gesto imprevisto y el familiar aroma a eucalipto que Jon había desprendido al acercarse, y se quedó algo en *shock*, con la espalda pegada contra la pared, sonriéndole tímidamente.

—Mmmm —murmuró Jon como un niño saboreando unas natillas por primera vez—. Perfecto, hueles a caramelo *toffee* de vainilla, a los Werther's Original. Hace mucho que no pruebo uno, por cierto.

—¿Y eso qué significa? —le retó Vale a seguir explicándose.

—Significa que tendré que pensar en ti cada vez que olfatee algo con vainilla —respondió él imprevisible, jugando a propósito a no seguir por el mismo camino que ella esperaba.

—Jon, ¡el horno! —se oyó una firme voz masculina a través de la puerta giratoria contigua a los aseos. Parecía algo así como una sala de almacén y otra área de cocina.

—Sí, no sé qué ha pasado, pero yo venía solo a lavarme las manos —dijo Vale algo apurada, terminando de bajar la escalera y llegando a la puerta de aseos femeninos.

—Luego si quieres te enseño mi oficina —respondió Jon mientras empujaba la puerta de entrada a las salas.

La rápida (no tan rápida como el olfato) vista de Valentina, que se había girado hacia Jon para lanzarle la última sonrisa furtiva mientras él se adentraba en su «oficina», identificó, colgada de la pared, una chaqueta y un gorro de cocina blancos con botones y franjas rojas, iguales a los que el chico que casi la había hecho caer aquella mañana en la calle, mientras se enamoraba del Laboratory of Culinary Arts, se estaba quitando cuando corría avenida abajo. Justo antes de que la puerta terminara de cerrarse se fijó en el suelo, bajo el perchero, donde le acababa de parecer ver enganchada en la tira de una bandolera gris uno de los pines de su *blazer* customizado que había llevado puesto todo el día. En concreto, era el de velcro en forma de caramelo. Estaba mal pegado, colgando, casi cayéndose. La puerta se cerró rápidamente, sin darle tiempo suficiente para asegurarse de lo que acababa de ver. Chequeó rápidamente las mangas del *blazer* que llevaba puesto, y confirmó sus sospechas: ni rastro de su caramelo de papel. Entonces cayó: el familiar aroma a eucalipto que Jon acababa de desprender minutos antes al acercarse tanto a Valentina era el mismo que había olido aquella mañana al chocarse contra el misterioso cocinero en la calle. Acababa de encajar un puzzle con el que quizá podría jugar con ventaja ante el misterioso horneador de pizzas, diseñador de cafés y estudiante de cocina. Ahora sí estaba segura de que tenía que conseguir esa plaza en el curso de repostería.

Volvieron a casa muertas de la risa; parecía que hubieran recuperado los días perdidos, aunque Valentina seguía sin tener muchas ganas de contarle su posible nuevo plan de vida a Melanie.

—A ver, explícame qué hace Jon en Madrid, y explícamelo tú porque tengo claro por esas miraditas que lo sabes de sobra.

Al recuperar la compostura tras la escenita en la planta baja del A-más-a-mi aquella noche, Jon se las dio de actor. Saludó a Melanie y Vale aparentemente sorprendido, pero sin mucho interés, lo normal para quienes se conocen de vista de verse por Altea. Durante la cena, Melanie sacó el tema un par de veces, comentando lo guapo que era y lo pequeño que era el mundo

por habérselo encontrado en una ciudad tan grande como Madrid un día cualquiera de septiembre. Vale hizo esfuerzos sobrehumanos por tratar de contestar fingiendo estar igual de sorprendida, pero poco interesada en el chico. Aquella noche fue muy ajetreada en el restaurante y Jon las atendió como al resto de clientes. Quizá quien había reclamado su presencia a voces desde las «oficinas» del restaurante fuera su jefe y, después del toque de atención de aquella noche, no quiso tentar más a la suerte. O quizá simplemente no estaba tan interesado en Valentina como ella se imaginaba. Aunque prefería pensar que algo de química sí había, pues hasta Melanie acababa de darse cuenta de que algo pasaba entre ambos sin tan siquiera necesitar encontrar más pruebas que unos cruces de miradas.

—No sé de qué me hablas —respondió Vale sobreactuando y delatándose como lo hacen a veces algunos actores en las pelis cuando uno de ellos es pillado in fraganti haciendo algo malo.

—A mí me la vas a dar. Ya estás soltando prenda, que te dejo un par de días a tu aire y estás más integrada en Madrid que yo.

Vale terminó reconociéndole que sí conocía el A-más-a-mi. Le contó que, atraída por el olor, decidió entrar y que casualmente Jon trabajaba ahí. Según las palabras salían de su boca, hasta a ella le sonaba más bien a la trama de una comedia romántica que a su propia y real vida.

—Y luego decías que en tu vida no había cambios radicales, pero ¡si me estás contando la última peli de Cameron Díaz!

Las dos amigas estaban ante un par de té y con los dos portátiles sobre la mesa del salón: Melanie con la excusa de que tenía que descargarse sin falta unas diapositivas para un trabajo en grupo que debía presentar en unos días, y Vale, supuestamente, debía terminar unos ejercicios de fórmulas que les había mandado el profesor de Matemáticas I.

—Un té sin bizcocho es como un catorce de febrero sin novio.

—O como una tostada de mermelada sin mantequilla, ¿no? —respondió Vale simpática.

—Exacto. ¡Cómo me entiendes! Pues eso, me parece raro que lleves aquí una semana y no hayas hecho ni unas tristes magdalenas, con lo bien que te llevas tú con los huevos, la harina y el horno.

—Te falta el azúcar. Con ese sí me llevo genial —dijo mientras sonreía internamente pensando en que no faltaba mucho para que retomara las tardes e incluso días enteros de hornear dulces—. Es que todavía no he conseguido moldes, pero en cuanto me haga con alguno, tendrás de todo para saciar tus antojos nocturnos.

Valentina estaba segura de que Melanie no estaba descargándose sus diapositivas, igual que sabía que la rubia también estaría convencida de que Vale no estaba resolviendo fórmulas a las 00.30. «Trabajos media jornada Madrid», tecleó en Google. Su padre había acordado ir ingresándole el dinero en función de las necesidades que fueran surgiéndole, pero no podía pedirle las cantidades para cubrir las cuotas del LCA sin que se olierá que algo raro estaba pasando.

3.160.000 resultados (0.57 segundos).

No hizo falta pasar a la segunda página de resultados para encontrar webs que al primer vistazo parecían útiles. Portales de empleo que prometían dar con su puesto de trabajo ideal en tan solo un par de clics.

«Camarera para club de copas. Noches de viernes y sábados».

No sonaba nada apetecible. Supuso que exigirían un uniforme sugerente, camiseta de tirantes con escote hasta el ombligo y minifalda ajustada con un largo que dejara como mínimo treinta centímetros de piel visible por encima de la rodilla, además de unos altísimos tacones de aguja, en los que ni siquiera recordaba haberse subido nunca en su vida.

Panadero/a con experiencia en horario matinal (4.00-12.00).

Sonaba duro. Para empezar, aspirar a ese puesto requería formación en pastelería, repostería o panadería. Se había imaginado varias veces llevando algún día su propia pastelería y tenía claro que los horarios en los que se movían los profesionales eran muy sacrificados, pero los dulces y el pan del desayuno, si son frescos, te alegran el resto del día.

Azafatas o modelos para Feria de Automóviles los días 23, 24 y 25 de septiembre.

Ni tres días, ni un mes. De azafata de convenciones no se veía, y de modelo, menos.

Recepcionista media jornada (mañanas o tardes, a concretar) en el hotel Clever Stay. La Latina.

Parecía interesante. Al fin y al cabo, tenía experiencia. Había estado trabajando en la recepción de The Sun Club de su padre en Benidorm durante el verano de sus dieciséis y la experiencia le gustó bastante.

Monitor/a de fitness para gimnasio en Fuenlabrada.

No se le daba mal el deporte, pero no tenía formación y, si normalmente duraba medio mes apuntada al gimnasio, no sería la mejor responsabilidad. Descartado.

Niñera seria y responsable para las tardes de lunes a viernes.

Los niños le encantaban. El sueldo no estaba nada mal: once euros la hora por recoger a un par de mellizos del colegio, darles de merendar, llevarlos a sus actividades extraescolares, bañarlos y ayudarles a hacer los deberes hasta que sus padres volvieran del trabajo. Aunque Las Rozas quedaba bastante alejado del centro, no era nada que cualquiera de las miles de combinaciones de transporte público de Madrid no pudiera solucionar.

Camarera con experiencia para turno de noche en restaurante del centro.

Todo perfecto, salvo la experiencia. Eso era algo que le daba mucha rabia. Estaba segura de que era capaz de llevar una bandeja con varios vasos, botellas e incluso también uno o dos platos en la otra mano sin tirar nada al suelo (siempre y cuando no fuera obligatorio calzarse los tacones de aguja, entonces estaba perdida). Sin embargo, la experiencia en el currículum era necesaria hasta para fregar platos, como si nadie hubiera tenido nunca que fregar los platos en su casa después de comer. Absurdo.

Rellenó un formulario para crear un currículum *online* en la web y solicitar los puestos que le interesaban. Se alegró mucho de al menos hablar buen inglés, porque, si se tenía que basar en su experiencia laboral, probablemente la única notificación que recibiría sería de la propia web en unos meses avisándole que darían de baja su perfil por inactividad.

Solicitó el puesto del hotel, el de niñera y dos o tres de camarera que sonaban decentes.

—Ohhhh, ¡qué bonito lo que te escribe tu hermano! —soltó Melanie de repente, girando la pantalla de su ordenador para enseñarle una publicación que su hermano Rafa había colgado hacía unas horas.

—Menos mal que estabas haciendo el trabajo ese de los apuntes —respondió Vale mofándose de las excusas de su amiga (aunque ella hubiera estado mintiendo también).

Melanie se rio. Valentina abrió su Facebook para ver lo que su hermano había colgado. La publicación tenía dos fotos, una de ellas de pequeños, en la que Vale tendría unos cuatro años y Rafa sobrepasaría por poco el añito. Ambos estaban sentados en un sillón antiguo, muy rústico. Ella con una sonrisa de oreja a oreja con la espalda apoyada contra el respaldo, el brazo derecho levantado por encima de su cabeza como la pose final del baile de fin de curso del colegio, y con el otro brazo rodeando la cintura de Rafa, que posaba sentado delante, entre las piernas de su hermana, con el chupete en la boca y cara de susto. La segunda foto del *post* era una recreación de la original que habían sacado durante el verano, antes de que Vale se marchara, en el mismo sillón, días antes de que lo mandaran a restaurar. La ropa, obviamente, la habían intentado buscar parecida, pero no era la misma. Pantalones de chándal grises para Rafa, calcetines negros y camiseta interior blanca de tirantes anchos. Valentina con una camiseta de manga corta rosa y vaqueros oscuros con calcetines blancos.

Hace ya casi un par de semanas que saliste de casa con una maleta y un billete de avión. No puedo contar con los dedos de las dos manos y los dos pies las veces que he deseado que ese día llegara. Ahora, algo más de siete días después, puedo decir que no soy capaz de contar con los dedos de las dos manos y los dos pies las veces que he deseado volver a estar contigo, hermanita. La casa ha perdido grados de temperatura desde que no enciendes el horno. Yo daba por hecho que era el ambientador que compraba papá, pero al entrar por la puerta ya no huele a galletas recién horneadas, ni hay *muffins* que comerse a escondidas mientras no miras. Ya no tengo a quien no hacerle caso cuando me dice que haga algo. No te voy a pedir que vuelvas, porque eso sería muy egoísta, pero solo te pido que no te olvides de tu hermano, tu enano.

Un par de lagrimitas brotaron y se deslizaron por las mejillas de Vale, desembocando en la comisura de sus labios y dejándole un toque de sabor salado en la boca. Cogió su móvil, entendiendo entonces la intención tan bonita y poco habitual que había tenido su hermano de hablar con ella horas antes, cuando la había llamado mientras Vale andaba tan entretenida, enredada con los juegos de Jon. El reloj del móvil marcaba ya la 1.05 y no eran horas de devolver llamadas, y menos un día entre semana. Programó una alarma a las 17.00 del día siguiente para hacerlo sin falta ni excusa. A esa

hora un viernes, Rafa estaría ya de vuelta en casa, y Ramón probablemente también. Le escribió por WhatsApp para que al menos no pensara que ni siquiera había visto la llamada.

Buenas noches, renacuajo

1:12

Me ha alegrado ver que me llamabas. Estaba estudiando y silencié el móvil

1:12

Al principio he pensado que me llamabas para pedirme algún favor

1:13

Pero acabo de ver tu publicación de Face y hasta se me ha caído alguna lagrimita

1:13

Y, aunque tu llamada fuera para pedirme algún favor, sabes que estoy aquí siempre y para lo que necesites

1:13

Mañana te llamo, vale?

1:14

La excusa de estudiar quedaba mucho más responsable. No podía decirle que no le había atendido el teléfono porque estaba demasiado ocupada tonteando con el empleado de un restaurante al que había ido a cenar. De repente volvió a pensar en su padre, en lo poco que había hablado con él y en las muchas mentiras que había sido capaz de contarle en tan pocas llamadas. Y las que le quedaban. Pensó en ser sincera; odiaba mentirle, pero más odiaba decepcionarle. Si le decía la verdad a su padre, sin duda lo haría. Si se enterara de que a Valentina realmente nunca le apasionó la Edificación, y que había decidido dejar la carrera para meterse a aprender a hornear bizcochos y dulces en general, su respuesta probablemente hubiera sido algo similar a que «eso no se estudia porque las recetas están todas en internet». En cierta parte, razón no le faltaba.

Un «me encanta» en la publicación de su hermano y cotillear las últimas fotos de la gente mientras volvía a barajar en su cabeza la posibilidad de

desahogarse, contándole a Melanie su loco plan para estudiar repostería (y ahora también para estar un poco más cerca de Jon de manera justificada) antes de cerrar capítulo y meterse en la cama, pero la australiana parecía tener otro tema de conversación preparado.

—¿Has aceptado ya a Marc?

—No, ahí sigue su solicitud. Tal y como me la he encontrado —respondió Valentina con indiferencia y algo de ironía mientras pinchaba en el iconito de las peticiones para asegurarse de que, efectivamente, no le había aceptado, pero tampoco rechazado—. ¡Le tienes en tus amigos! ¿Desde cuándo, Mel? —exclamó Vale sorprendida tras pinchar en «treinta y cinco amigos en común».

—No sé, me debió agregar hace tiempo, supongo. ¿Te molesta? —contestó provocativa Melanie.

—No me molesta, pero tampoco lo entiendo. Nunca os llevasteis especialmente bien cuando estábamos juntos. Me sorprende, simplemente.

—Bah, sigo sin llevarme especialmente bien con él. Es como cualquiera al que aceptas porque le conoces de haberle visto por Altea.

—Ya, sí. Bueno, yo no acepto a quien no conozco.

—Eso no es verdad, señorita. Te recuerdo que tienes ahí sin aceptar a alguien que conoces muy pero que muy bien.

—Conocía; pasado. Si te soy sincera, a veces intento acordarme de cómo era mi relación con él, de qué hablábamos, de su personalidad..., y no logro recordar nada con nitidez.

—Eso es porque no se echaba perfume o porque olía mal, si no seguro que te acordarías, conociéndote...

—Sí se echaba perfume. De hecho, su colonia me encantaba, Invictus.

—Ahhh, ya sé cuál es. Esa que sale un tío buenísimo en el anuncio.

—Esa —se resignó Vale a las respuestas superficiales de su amiga.

—Nick Youngquest. El nombre del tío del anuncio. Lo acabo de buscar.

Valentina respiró profundamente con disimulo. Bajó la pantalla de su portátil y se levantó de la mesa, recogiendo su taza de té todavía sin terminar y colocándose el ordenador plegado bajo el otro brazo mientras le dio las buenas noches a Melanie, que no parecía tener planes de acostarse todavía. Entró en su habitación y se acomodó en su escritorio para terminar su té rojo con vainilla mientras iniciaba atemorizada una sesión en la web de su banco. Había 983 euros de saldo, cifra que le sorprendió gratamente. Chequeó los movimientos, y vio que su padre había hecho un ingreso de 500 euros a principios de semana sin decirle nada. Sin duda una alegría con la que irse a

dormir, porque 250 de ellos tenían ya un claro destino: cubrir la matrícula del Laboratory of Culinary Arts a la mañana siguiente. Rellenó el formulario que había doblado y guardado a buen recaudo entre un par de cuadernos (que en teoría eran para tomar apuntes en la universidad).

Abrió Spotify y tecleó «para dormir» en el buscador. Le llamó la atención la foto de una *playlist* llamada Sleep. Pinchó en *play* sin muchas ganas ni fuerzas de pensar, solo quería escuchar algo de fondo antes de dormir. Casualmente la lista de reproducción estaba llena de canciones de Ed Sheeran, algo que inevitablemente le recordó a Jon. Apagó las luces y se tumbó en su cama, imaginándose cómo y dónde sería su próximo encuentro con él, aunque poco duró despierta.

Abrió los ojos a las 8.47 de la mañana del viernes, antes de que le sonara el despertador que había programado para las 9.15. Sabía que tenía que ir a entregar su solicitud para la plaza en el curso de repostería cuanto antes, pero Melanie no tenía clase hasta las 9.30, lo cual significaba que no saldría de casa hasta las nueve en punto y debía evitar coincidir con ella por la mañana porque el horario de Valentina, que estaba a la vista colgado en la nevera (sujeto por un imán *souvenir* de Venecia que al parecer venía con el alquiler del piso), marcaba que su primera hora de clases los viernes empezaba a las 8.30.

Otra opción hubiera sido despertarse a la hora que le correspondía, salir de casa a las ocho en punto (como si se dirigiera a la universidad) y hacer tiempo hasta las nueve, hora en que abría el Laboratory, para entregar su solicitud la primera, pero ya era demasiado tarde y demasiado pronto para pensar con tanta lógica.

Sigilosa y sin salir de entre las sábanas, repasó Facebook sin ninguna novedad más que una foto que Melanie había subido hacía cinco horas, es decir, sobre las 3.30. Se la había sacado la camarera la noche anterior mientras amasaban sus pizzas en el A-más-a-mi. Entró también en Twitter, que ya estaba prácticamente muerto. Cuando hizo lo mismo en Instagram, vio que tenía un nuevo seguidor, al que ni siquiera le hizo falta cotillear en su perfil para identificarle: «MarcLloGar ha comenzado a seguirte». Marc, otra vez. Para colmo, él tenía su perfil privado. Se preguntó por qué ella no había pensado en privatizar también su perfil para poder aceptar o rechazar a según quién. Quizá Marc llevara meses husmeando en fotos de Vale desde el silencio y la invisibilidad que puede tener cualquiera que no pincha *like* en una publicación. ¿Qué narices querría ahora?

Después de que Melanie, la reveladora testigo de la infidelidad de Marc, le mandara pruebas gráficas de él y Andrea (así se llamaba la elfo que también había ayudado a Papá Noel en el stand con los niños y a Valentina a perder su relación) viéndose a escondidas (parece que se veían pocas horas en el trabajo), Valentina no quiso actuar en caliente. Quiso probar la sinceridad de Marc. Optó por mostrarse bastante más distante de lo que él solía estar con ella últimamente. Como siempre les pasa a los hombres, el desinterés de su chica consiguió despertar su curiosidad (más bien conocido como su orgullo masculino). Cuando por fin terminó su contrato con el centro comercial y se vio con tiempo libre y el deseado iPad en sus manos, empezó a insistir a Vale, preguntándole si estaba todo bien, queriendo quedar y hasta presentándose en su casa. Al ver que no solo no estaba siendo capaz de contarle la infidelidad, sino que volvía a mostrarse cercano, como cuando acababan de hacer las paces después de discutir, ella se convenció de que no merecía tener a alguien así a su lado. Valentina, con la decisión tomada, pero con lágrimas en los ojos que acabaron siendo un río, les contó todo a sus padres y a su hermano. Le pidió prestado el móvil a su padre para agregar a Marc a sus contactos y reenviarle por WhatsApp la foto que Melanie le había mandado a ella hacía ya casi dos semanas. Ni una sola palabra. Una foto vale todo. Estaba segura de que Marc no tenía el número de Ramón guardado en su móvil. Nada más se la mandó, borró el contacto del teléfono de su padre para que Marc no pudiera ver la foto de perfil y así no reconociera a Ramón al abrir la conversación. Así fue como Valentina tomó la valiente decisión de acabar definitivamente con una relación que, a pesar de haber sido bonita, se había terminado torciendo hasta no reconocer a la persona de la que se enamoró. En un arrebato, inmediatamente después de hacerle llegar la humillante foto, y sin necesitar explicarle por qué lo hacía, borró a Marc de todas sus redes sociales, le bloqueó en WhatsApp, eliminó todas las fotos que había publicado junto a él y se desetiquetó de todas las que él había subido. Le dolió mucho al principio, porque asumía que acababa de darle vía libre para empezar una relación con la atractiva Andrea, pero había actuado siguiendo el consejo de su padre, que le dijo que solo la distancia y el tiempo nos alejan de algo. Los primeros días fueron muy duros. Tardó un par de semanas en dejar de llorar y un par de meses en dejar de meterse de vez en cuando a cotillear sus fotos de perfil de Facebook, para comprobar si había oficializado algo con Andrea, pero nada parecía distinto, siempre salía posando de frente en su foto de la ficha del equipo o en el campo, o junto a su amado balón. Lo único que eso aseguraba era que seguía teniendo una gran relación con el fútbol.

A Vale le alivió pensar que lo que ella solía publicar en Instagram no eran fotos sobre las que se pudieran sacar conclusiones sobre su vida, porque procuraba no mostrar nada personal. Casi todo lo que tenía subido eran fotos de «postureo», en sitios envidiables: frente al mar, comiendo en sitios chulos o recostada con un capuchino sobre una carretilla del D'Origen. Todas las imágenes, las acompañaba con frases bonitas que sacaba de internet o estrofas de canciones de Vetusta Morla o John Mayer.

Se cierra la puerta del piso. Momento de poder levantarse, aunque conocía demasiado bien a Melanie y había muchas posibilidades de que la rubia volviera a subir tras haber llegado al portal por haberse olvidado algo (cualquier día la cabeza). Debía dejar un margen de tiempo, pero, mientras tanto, se levantó de la cama para vestirse. Abrió un poco su persiana y vio que el cielo volvía a estar despejado, pero ya no se fiaba del aspecto a través del cristal. Las apariencias, a veces, engañan.

—Oye, Siri.

—Te escucho —respondió el robot con voz de mujer de su iPhone.

—¿Qué tiempo hace en Madrid?

—La temperatura actual es de nueve grados, el cielo está despejado. La temperatura máxima para hoy es de quince grados, la mínima de ocho.

—Podría ser peor, Siri —concluyó la conversación Vale mientras metía una pierna en unos *leggings* gruesos negros.

Calentó en el microondas unos copos de avena con fruta y chocolate y se preparó un té de jazmín. Mientras se enfriaba, se aseguró de tener a mano todo lo que iba a necesitar antes de salir de casa y lo metió en su pequeña mochila: la cartera con la tarjeta de crédito, el móvil, las llaves y su solicitud de plaza con todos los datos cubiertos.

El cuenco humeaba al sacarlo del microondas. Los trocitos de chocolate se habían derretido, pero sin perder mucho las formas, así que Vale hundió su cuchara y removió despacio alrededor de ellos para dibujar serpentina chocolateada por todo el bol. El hambre, lo mucho que le gustaban las gachas de avena calentitas (mucho más en mañanas frías) y la textura le hicieron cerrar los ojos para transportarse por un momento a su infancia, cuando su madre le preparaba papilla de avena (con los copos molidos). Terminó el *porridge* tan rápido como le vino un sentimiento de rabia por lo mal que su madre se había portado con Ramón, Rafa y con ella misma.

Salió de casa con la mochila llena; sobrecargada de un manojo de emociones. Estaba feliz por la decisión que había tomado y el paso que estaba a punto de dar. El pánico que le daba que pudieran descubrir su secreto era tan grande que sobrepasaba la línea del miedo, llegando al cosquilleo en la tripa y al exceso de adrenalina, como cuando empiezas a salir con alguien nuevo y te da vértigo porque no sabes lo que va a pasar, pero te gusta mucho.

Había fichado un banco muy cerca de su casa. Hizo la cola algo impaciente detrás de dos personas más que pretendían usar el cajero de la calle. Sentía ilusión hasta por meter la tarjeta por la ranurita de la máquina, como si fuera una adolescente que saca dinero del cajero por primera vez con su recién estrenada tarjeta de débito. Lo lógico hubiera sido que le hubiera dolido en el alma tener que teclear la cifra 250 en la pantalla, pero increíblemente estaba pletórica porque sabía que la inversión que iba a hacer con ese dinero era para algo a largo y bonito plazo. Guardó la tarjeta y el dinero que la máquina había soltado en billetes de cincuenta euros en su cartera, y buscó en el móvil la ruta a pie desde donde estaba hasta el Laboratory of Culinary Arts.

Se plantó en la puerta de la escuela a las 10.07 y, justo antes de entrar, recordó que probablemente Jon estaría en clase en aquel momento, y no quería desvelarle todavía que iban a ser compañeros. Por suerte, el GPS la llevó por un camino distinto desde el banco, evitando hacerla pasar por delante del aula con escaparate, en la que probablemente estaría él. La amable recepcionista sonrió al verla entrar. Claramente se acordaba de Vale. Parecía satisfecha por haber logrado convencerla para que volviera, como si se llevara un porcentaje de la matrícula como comisión por captar alumnos.

—Al final te has decidido —se lanzó a adivinar la empleada.

—¡Sí! —exclamó entusiasmada Vale.

La chica empezó a teclear y clicar cosas en el ordenador de la recepción mientras Valentina sacó sus papeles y los dejó junto al dinero encima del mostrador. Esperaba impaciente, solamente observando los movimientos de dedos y muñeca de la empleada, cuyo ceño empezó a fruncirse y su sonrisa a perder curvatura.

—Debieron apuntarse dos personas ayer por la tarde y no me quedan plazas abiertas en repostería —comentó la chica algo afectada (quizá porque eso significaba perder la comisión).

—¿Qué? —soltó Valentina con una cara que dejaba ver su sorpresa, enfado e impotencia.

—Lo siento muchísimo. Te dije que debías pensarlo rápido.

—Pero no puede ser. ¿No se puede ampliar el curso a una plaza más? — propuso muy agobiada.

—Eso es imposible, pero espera...

La chica empezó a teclear y clicar cosas mientras su pupila se movía, recorriendo la pantalla de una esquina a otra sin parar. Valentina empezaba a inquietarse ante la negativa. Ya se había imaginado con el uniforme de alumna, cogiendo cazuelas de barro de las estanterías como si estuviera en su propia cocina, intercambiando recetas dulces y saladas con Jon en los ratos libres. No podía pensar en valorar otra escuela que no fuera el Laboratory. Se había enamorado.

—Puedo matricularte en el de cocina mientras esperamos a ver si alguien se va del grupo de repostería.

—Pero eso no va a pasar —dijo Vale dando por hecho que todos los alumnos apuntados al curso dulce tenían la misma ilusión que ella por empezar. Le parecía inviable que nadie que se acabara de matricular en un curso quisiera dejarlo sin tan siquiera haber empezado.

—No es seguro, muchas veces hay gente de otras ciudades que se apunta antes del verano, cuando abrimos el plazo de matriculación, y luego encuentran otras opciones más económicas o cercanas y no llegan ni a aparecer. Otras veces hay gente que se apunta a repostería y a la semana piden cambiarse a cocina.

—Es decir, que tendría que esperar a la primera semana de clase para saber si puedo o no entrar en el grupo.

—Así es —respondió sonriente la chica, como si hubiera solucionado todos los problemas de golpe—. No te preocupes, la primera semana no suelen adelantar mucha cosa de materia. Voy a consultar si puedes venir de oyente los primeros días, y si no, al menos puedes dar las clases con los de cocina.

Finalmente, Valentina se resignó al palabrerío de la muchacha que claramente estaba contratada por lo bien que vendía.

De caminata reflexiva por las calles de Madrid, una vez más los aromas a canela y vainilla, mezclados con el del café, habían hecho su llamada del buen humor para que Vale se viera irremediabilmente forzada a entrar en el local del que se desprendían. El Dulce Viaje: una coqueta cafetería con sofás antiguos y mesas hechas con palés pintados. Sobre las mesas, todas las tazas eran distintas. Desde el techo, colgaban guirnaldas naturales hechas con ramas de pino. Por las paredes rosa pastel, había fotos y cuadros de brújulas, aviones antiguos, maletas (de esas que llevaban nuestros bisabuelos) y mapas

del mundo como hechos en papel de pergamino. Un descuido muy cuidado. En el mostrador principal, una larga vitrina (casi tanto como el local) con una variedad infinita de dulces y bollitos típicos de todos los rincones del mundo; identificados por nombre y banderita de su correspondiente país: los churros madrileños como representantes de España; *cannoli* italianos rellenos de nata y pistachos; alfajores de dulce de leche desde Argentina; bollitos *skoleboller* rellenos de crema típicos de Noruega; *douhua*, pudín de tofu chino; o los *mochis*, bollitos dulces de harina de arroz típicos de Japón, entre muchísimos otros. En la carta de bebidas, tres cuartos de lo mismo: té moruno árabe, hierba mate argentina, té *chai* con leche y mango *lassi*, batido de mango con leche, ambos de la India, o *cacapote* mexicano a base de cacao y maíz, entre una larga carta de tres páginas.

Ganas no le faltaban, pero tiempo sí, así que se dejó asesorar por la dueña: una señora de unos cuarenta y cinco años, que rebosaba la vitalidad de una adolescente. Sin parar de una mesa a otra, llevaba un delantal antiguo de color beis con un ribete de tela granate en la parte baja y trocitos de encaje en los tirantes. El bolsillo delantero, como el de las mamás canguro, tenía un pequeño y delicado estampado de flores rojas. Valentina apostaba a que la mujer había cosido y bordado el delantal o lo había mandado a hacer a su gusto, y lo lucía con el mismo orgullo que las *instagramers* sus modelitos de ombligo al aire. Muy muy dulce y sonriente, la mujer no sabía qué recomendarle pedir. Dijo que todo era casero y todo estaba bueno, así que a Valentina le costó trabajo tomar una decisión. Sabía que no sería la única vez que le haría una visita a la entrañable Jimena, pues le transmitió muchísima paz. Al final pidió unos *baklavas* turcos: pequeños rollitos de hojaldre, de capas tan finas como un papel, rellenos con frutos secos y miel. Para beber, a pesar de que Jimena le recomendó que probara el café de olla mexicano, que sonaba (y olía) muy bien, acabó pidiendo un té *chai* indio. No tenía todavía la confianza suficiente para explicarle a la mujer la relación de amor-odio que tenía con el café. Su olor la volvía loca, la ponía de buen humor, la inspiraba para tomar decisiones... Sin embargo, el sabor le resultaba desagradable. Esa amargura que sentía en la boca le era imposible de disimular ni con un kilo de azúcar. El café para Vale era como las personas: existen de mil tipos y de muchísimos orígenes. Le ocurría igual cuando acababa de conocer a alguien y se proponía y prometía a sí misma que no iba a dejarse llevar por las apariencias ni por las primeras impresiones. Sin embargo, después de un primer encuentro, ya fuera con un cruce de miradas o con el amigo de un amigo que le acababan de presentar, inevitablemente volvía a casa con una

opinión que solamente se basaba en lo que acababa de ver, en lo que el aspecto o el tono de voz de esa persona (si es que llegaba a poder hablar con él o ella) le transmitían. La balanza mental hacía que le cayera redondamente bien o fatal. Eso exactamente era lo que le pasaba con el café. El aroma le entraba genial, pero el primer contacto había sido negativo y ya no sabía cómo invertir la situación.

Se terminó el último sorbo del té *chai* y se quedó con el dulzor en la boca, pero con la sensación agria de lo que acababan de decirle: probablemente se quedaría fuera del curso de repostería. Ahora tenía que plantearse si desmatricularse de la universidad o dejar el tiempo correr y seguir.

Un zumbido de su móvil en el bolsillo delantero de su pantalón avisaba de que acababa de llegarle un wasap. Ramón, procurando no parecer desesperado por saber algo de su hija, trataba de bromear con ella.

Cuánto piden por el rescate de mi hija????

10:53

A Valentina no le hizo mucha gracia el intento de broma de su padre. Nunca se le había dado bien gastarlas, pero para colmo había hecho que se sintiera peor porque sabía que tenía razón. En las semanas que llevaba en Madrid, ella no había hecho ninguna llamada a casa por iniciativa propia para preocuparse por él y por Rafa. Apenas había respondido a sus llamadas, y en todas le había colado alguna mentira con la excusa de no querer decepcionarle. Ya no tenía cómo defenderse. No sabía si responderle o hacer como que no lo había leído y llamarle por la tarde, cuando tenía planeado hablar con Rafa. Se inclinó por la última opción pues, al fin y al cabo, Ramón daría por hecho que Valentina estaba en la facultad, así que responder al wasap o llamarle no era una buena idea. Se hubiera dado cuenta de que no estaba en clase; ni siquiera en la universidad, y ella habría tenido que volver a improvisar una mentira para encubrir todas las anteriores. Se acordó de que no le había llegado ninguna respuesta de su hermano al WhatsApp que le había escrito la noche anterior, pero tampoco podía meterse en la *app* si su padre acababa de escribirle, porque probablemente estaría atento, esperando la respuesta de Vale, y podría verla conectada. Dejó el móvil sobre la mesa, boca abajo, con el único objetivo de no tocarlo. Se estaba dando cuenta del nivel de exigencia y de rendimiento mental que necesitaba para salir de todos los embrollos en los que se estaba metiendo, así que, aunque cinco minutos antes había decidido terminarse el té, los dulces árabes y volver al piso, cuando la adorable Jimena volvió a su mesa para retirar el plato de *baklavas* vacío y la taza alta del *chai*

y le preguntó si podía ofrecerle algo más, Vale le pidió un rollito de canela y la cuenta. Había visto que los que hacían en El Dulce Viaje iban cubiertos de glasé líquido de azúcar, y sabía que el relleno no era más que una mezcla de canela, mantequilla y azúcar moreno, así que era la mejor opción para meterse una buena dosis de glucosa y mantenerse espabilada para no liarse al hablar con su padre y su hermano. También barajó la posibilidad de llevar por escrito en una libreta el inventario de las trolas que iba inventándose, para no acabar contándole una cosa a su hermano Rafa y otra a Ramón. Jimena le trajo un platito con el rollito de canela, la cuenta en una cajita de madera y un paquetito envuelto con papel de panadería.

—Porque me da la impresión de que te voy a ver más a menudo —dijo la mujer sonriéndole cómplice.

En el paquete, Jimena había metido tres cruasanes. Uno de ellos relleno de chocolate.

Varios zumbidos algo más largos que los que notificaban mensajes anunciaban una llamada entrante.

Las poco dulces notas de *Sweet Child of Mine* le daban la bienvenida al viernes a las 7.45. Lo volvieron a hacer a menos diez, a menos cinco y a las ocho en punto, por haber pospuesto la alarma tres veces. Rodó de una punta a otra de la cama cual croqueta para desenvolverse de sus sábanas de cuadros azules, que, para cuando logró salir del enredo, habían quedado tan deshechas, arrugadas y retorcidas como el escenario de una batalla campal. Solamente llevaba puesto un calcetín; el otro probablemente lo habría perdido en la guerra del dormir. Nada de camisetas, el uniforme lo completaban unos calzoncillos bóxer gris y verde, tan anchos y sueltos que más bien parecían el bañador de un surfista. Intentó abrir los ojos frente al armario-espejo para evaluar las secuelas que la noche y las almohadas habían dejado sobre su cara y su pelo. Unas pocas marcas rojas de las costuras de la almohada y el pelo algo revuelto por el lado derecho indicaban que había dormido profundamente bien. Se cambió de ropa, sustituyó unos libros por otros de su mochila de clase, y sacó del armario el macuto de fútbol. Se aseguró de tener las botas, el uniforme de entrenamiento, el champú, un peine, y metió una toalla limpia. Desenchufó su móvil del cargador y salió con él a desayunar. Encima de la mesa ya había un cartón de leche prácticamente vacío y uno sin abrir, una caja de Choco Krispies también sin estrenar, una cuchara, y su tazón de Capitán América descolorido. Rafa se sirvió primero los cereales en seco, llenando el bol hasta arriba, y volcó la leche como siempre tenía la manía de hacer: poco a poco, primero llenando un cuarto del tazón, porque odiaba tener que comer con prisa para que los cereales no se ablandaran demasiado rápido. Según se iba quedando sin líquido, iba sirviéndose más leche. Cogió su móvil para entrar en Facebook a cotillear las últimas publicaciones, pero en la pantalla varios globos le anunciaban que le habían llegado wasaps de su hermana a la 1.00, cuando él ya hacía rato que planchaba la oreja. Entró en la conversación y leyó las disculpas de Valentina

y su intención de llamarle por la tarde. No terminó de fiarse de que fuera a cumplir con su palabra, y además dejaba claro que no se acordaba de que la temporada de fútbol acababa de empezar y los entrenamientos de Rafa empezaban a ser muy exigentes; los viernes en concreto tenían tres horas, de 17.00 a 20.00.

Quince notificaciones de «me gusta» y comentarios en la publicación tan emotiva que había colgado la noche anterior sobre Vale, en un brote de amor de hermanos, que parecía haber causado furor en sus contactos. Entre una cucharada de cereales y otra, iba arrastrando hacia abajo las novedades de Facebook, viendo fotos por encima y apenas parándose a abrir un vídeo en el que un grupo de tíos gastaba bromas a un amigo mientras dormía. Unas cuantas publicaciones más abajo llamó su atención leer el nombre de su hermana.

Se ha etiquetado a Valentina Ferrán Álvarez en una publicación de Melanie Roberts.

En la foto que la australiana había colgado, las dos chicas posaban muertas de risa tras la larga mesa de amasar del A-más-a-mi, ante la fila de hornos de leña del fondo. Valentina con el rodillo en la mano, y Melanie con las manos hundidas en una bola de masa. En el texto que acompañaba a la foto se leía:

Por más noches de risas y pizzas.

Rápidamente buscó la fecha de publicación, «ayer a las 23.58». Volvió a abrir el WhatsApp para releer a su hermana:

Me ha alegrado ver que me llamabas. Estaba estudiando y silencí el móvil

1:12

Quiso creer a Vale, así que escribió en su cabeza una historia creíble que la justificara. Estaría estudiando cuando él intentó llamarla, y después de tantas horas de hincar los codos sobre la mesa, Melanie le habría propuesto salir a cenar para despejarse. Luego cayó en que Vale no llevaba ni siquiera una semana de clases, y sí, todo el mundo hablaba sobre el nivel de exigencia de la universidad, pero ¿cómo iba a tener cosas que estudiar un par de días después de haber empezado? Abrió su registro de llamadas y vio que la hora de su llamada a Valentina había sido la noche anterior a las 22.14. Otro dato más que tiraba por tierra las mentiras de su hermana.

A pesar de no haber escuchado todavía a Valen reconocerlo con su propia boca, Rafa, en un brote de rabia impulsiva, borró la publicación tan bonita y delicada que le había escrito la noche anterior.

Colocó en la despensa la caja de cereales, guardó la leche en la nevera y puso a remojo en el fregadero su bol y su cuchara para ahorrarle trabajo a su padre cuando volviera a casa a mediodía. Se puso la chaqueta, cogió su mochila de clase y dejó la del fútbol a mano para recogerla a la hora de comer.



—Oye, tío, menuda publicación tan bonita te has marcado con tu hermana — le dijo Ramón a su hijo mientras escurría el agua de unos espaguetis a través del colador sobre el fregadero de la cocina.

Rafa, que oyó a su padre a través de la barra de la cocina mientras estaba sentado en el sofá haciendo *zapping* en busca de Los Simpson, se limitó a responder lanzando una mirada y suspiro de rabia al aire, sin que su padre se diera cuenta.

—Por cierto, ¿has hablado con ella en estos días? —insistió su padre.

—No —respondió Rafa sin contarle nada de su intento de llamada y de cómo se había dado cuenta de que le había mentado.

—Ya, yo tampoco, le he escrito esta mañana, pero no me ha leído. Supongo que estaría en clase —dijo Ramón con resignación.

—Claro, en clase, igual que anoche estaba estudiando —murmuró Rafa a sus espaldas, sin que llegara a escucharle.

Comieron unos platos enormes de espaguetis con una salsa pesto de bote que Ramón había comprado un rato antes en el súper junto con un montón de otras cosas útiles para hombres inútiles.

Rafa se sentía ya casi vegetariano. Estaba un poco cansado de comer pasta a diario, sin más acompañamiento que salsas de lata que ni siquiera llevaban un mísero trocito de carne. Aunque a veces cambiaban la pasta seca por raviolis frescos rellenos, sentía que no tardaría mucho en salirle alguna espiga por la oreja de tanto comer trigo. Sabía que su padre estaba igual o más harto que él de alimentarse a base de la gama de pastas Barilla. Lo triste es que no era una cuestión de dinero, sino de falta de habilidad en la cocina y ausencia de ganas de ponerse a aprender.

Por las noches sí procuraban aplicar los conocimientos que Vale les había intentado transmitir los últimos días antes de marcharse. Sándwiches mixtos,

tortillas francesas (ya logrando no meter cáscara de huevo en la mezcla) con fiambre o queso, acompañadas de unos cogollos de lechuga aliñados y un tomate partido. A veces incluso optaban por unas pechugas de pollo, porque cuando lo intentaron con la ternera el resultado fueron dos filetes de suela de bota de bombero: indestructibles, resistentes a todo. Cuando se les iba de las manos y terminaba ocurriendo algún desastre incomedible o simplemente los agarraba la pereza por tener que limpiar después de haber cocinado, recurrían a los imanes de la nevera: restaurante chino, pizzería y kebab; opciones fáciles, pero muy limitadas, que terminaban cansándoles.

Era viernes. En un intento por procurar ser un padre enrollado y empezar a crear un vínculo con el único hijo adolescente que todavía vivía bajo su techo, Ramón le propuso a Rafa recogerle del entrenamiento de fútbol, llevarle a cenar a la hamburguesería de moda, el Beard & Burger, y quizá dar una vuelta por la playa después.

—No sé, creo que he quedado después del fútbol —respondió algo seco Rafa, todavía rabioso con el mundo por la mentira de su hermana.

—Ah, entonces nada —murmuró notablemente decepcionado Ramón.

—Bueno, para cenar sí, pero luego he quedado con unos amigos para echar unos futbolines —rectificó arrepentido.

—No pasa nada, te recojo con el coche, repones fuerzas del entrenamiento con una buena hamburguesa y te llevo donde hayáis quedado. Voy a reservar mesa, que siendo viernes podemos tener que darnos de codazos para conseguir sitio —planeaba Ramón en voz alta visiblemente entusiasmado.

Su padre había estado yendo a trabajar toda la semana e incluso quedándose a tomar algo con sus compañeros al salir. Todo el mundo quería celebrar su vuelta al trabajo. Sin embargo, por la manera en la que acababa de alegrarse con el plan de padre e hijo que se le había ocurrido, parecía Rapunzel, desesperado por salir de la «mazmorra» después de años de encerramiento. Rafa no pensó que podía hacerle tanta ilusión algo tan simple como salir a cenar, pero que le hiciera feliz le llenaba de satisfacción también a él.

Rafa se tumbó a descansar un rato en su cama. Nunca solía llegar a quedarse dormido, pero le venía bien parar un poco antes de las tres horas de entrenamiento. Se iba a morir de curiosidad por mirar su móvil al terminar, para ver si Vale había cumplido con su palabra y le había llamado a las 17.00 (aunque sabía que esta vez él no iba a estar ahí para atender el teléfono). Estaba ansioso por comprobar si de verdad su hermana le había mentado o sus sospechas eran simples casualidades.

Todavía tumbado en la cama, abrió Facebook y buscó a Melanie. Pinchó sobre «enviar mensaje» y se abrió una ventana de chat.

No habría sido la primera vez que se escribían, pero lo hacían con poca frecuencia. La última conversación la había iniciado ella a principios de verano, cuando la rubia estaba de vacaciones en Australia. Lo hizo a horas intempestivas por el cambio horario. Primero quiso saber algo de Valentina, que según ella hacía días que no le respondía a los wasaps.

Rafa le estuvo contando que su hermana llevaba varios días un poco de bajón, que no había pasado mucho por casa y que quizá intentaba desconectar. Inmediatamente después, Melanie se interesó por Rafa. Le preguntó cómo le estaba yendo el verano, qué cosas había hecho y si ya había vuelto a arrancar la pretemporada de fútbol. Él entró en detalles sobre el ascenso que habían logrado en el cierre de la temporada anterior, que había dado lugar a nuevas reestructuraciones en el equipo y que ya habían empezado a entrenar duro un par de veces por semana... Melanie, astuta, encarriló el tema hacia cómo veía Rafa a Marc (que seguía siendo su segundo entrenador) tras el tiempo que había pasado desde que Vale y él se habían separado. Rafa, inocente, le comentó que le veía bien, y que no sabía si estaba saliendo con alguien de nuevo, porque se pasaba los entrenamientos enganchado al móvil con cara de bobo sonriente. Poco más duró la conversación antes de que Rafa se despidiera de la australiana para irse a dormir.

Sin embargo, después de meses sin hablar con Melanie, no sabía si lanzarse a escribir algo, ¿qué le iba a preguntar? Que habían salido a cenar anoche era obvio, a eso no necesitaba respuesta. «¿A qué hora?». «¿Estaba Valentina de verdad estudiando antes de que salierais?». La respuesta de Melanie sería algo parecido a «¿Y a ti qué te importa, renacuajo?», y para colmo seguramente se lo contaría a Vale, y él quedaría ante las dos como un crío. Después de esa autorreflexión, empezaba a creer que lo era, así que cerró la ventana.

Salió de casa a las 16.30 con margen de sobra para llegar al entrenamiento. No le había dado tiempo más que a girar la esquina de su calle cuando una voz conocida se acercó por su espalda, y alguien le dio una palmadita.

—¡Hombre! Nos vamos a ver poco las caras esta tarde y nos tenemos que encontrar de camino al entrenamiento...

Rafa visualizó en su cabeza a quién se iba a encontrar cuando decidiera girarse. A Marc. Le extrañó verle en esa zona. Marc vivía en un edificio

mucho más cerca del centro del pueblo y del campo de fútbol. Salvo que hubiera ido a hacer una visita a casa de alguien, no era habitual verle por la zona en la que vivían los Ferrán Álvarez, pues no había más que chalets y pequeñas casas adosadas de urbanizaciones.

Su segundo entrenador y exnovio de su hermana parecía tener algo así como incontinencia verbal, pues no paraba de hacer preguntas y buscaba charlar con él como fuera, obligando a Rafa a quitarse los auriculares y dejar de escuchar la música de su móvil para prestarle atención. Ciertamente era que, normalmente, no tenían tiempo más que para cruzar un par de palabras al principio y al final de los entrenamientos, y ya hacía mucho que no se veían en otro sitio que no fuera el campo; básicamente, desde que Marc y Valentina lo habían dejado, y él obviamente no había vuelto a pisar su casa ni a preguntar por ella.

Marc empezó interesándose por el propio Rafa, con temas de los que normalmente no se hablaban en los entrenamientos: por cómo había empezado el trimestre en el instituto, si tenía claro qué bachiller iba a escoger al año siguiente o qué era lo que iba a estudiar en el futuro. Rafa, aturullado, contestó lo de siempre: que no tenía ni idea de nada todavía. Entonces Marc optó por cambiar de enfoque la conversación. Quiso saber cómo se encontraba su padre, esperando que hubiera terminado de superar la separación. Se mostró alegre por saber que había vuelto al trabajo. Quizá incluso exageradamente alegre. De ahí pasó ya sin mucho preámbulo a preguntar por Valentina.

—¿Cómo está tu hermana? Hace siglos que no sé nada de ella.

—Me parece que está demasiado bien —contestó Rafa algo ofuscado.

—Anda, qué bien, pero ¿por qué lo dices en ese tono?

—Porque se fue a Madrid hace ya medio mes y apenas sabemos nada de ella. Básicamente nos enteramos por lo que cuelga en Facebook.

—Ya sabes algo más que yo, entonces. No me acepta en Facebook, así que yo solo la veo cuando Melanie sube alguna foto con ella, si no, nada.

—Pero ¿cómo es que ahora quieres que te acepte? —preguntó inocentemente el adolescente.

—Eh... Bueno, ha pasado ya un tiempo considerable. Me gustaría ser su amigo...

Tras una breve pausa, Rafa no pudo evitar saltar.

—¡Venga ya, Marc! Sabes perfectamente que vive en Madrid, y que probablemente solo vuelva aquí para Navidades, Semana Santa y quizá

verano. ¿Qué amistad podríais llegar a tener? —soltó Rafa en un arranque de lucidez.

—Ya... —el castillo de Marc empezó a desmoronarse—. La verdad es que la echo muchísimo de menos y fui un capullo. He tenido que verme solo para darme cuenta.

Hubo un momento de silencio un tanto incómodo, en el que ni Marc sabía si seguir con el discurso y terminar de darle pena al hermano quinceañero de su exnovia, ni Rafa si lanzarse a atacar o no.

—Pasó algo con Melanie, ¿verdad? Por eso terminó todo con mi hermana.

La pregunta cayó como una jarra de agua fría por encima de Marc, que había subestimado la capacidad de Rafa para sacar conclusiones.

—¿Qué? ¡No! —saltó defensivo al principio—. Tu hermana me mandó una foto que alguien me sacó cenando con una compañera de trabajo y nunca más pude... —balbuceó en un hilo de voz, avergonzado.

—Marc, no soy idiota. Mi hermana sí, idiota y también ciega porque te quería y quiere mucho a Melanie, pero yo no.

Marc, que pretendía sacar información a Rafa sobre Valentina, se dio cuenta de que no iba a poder engañarle ni un poquito. Tenía los quince años mejor cumplidos de la historia de la humanidad, y por la manera en la que había salido a defender a su hermana con uñas y dientes, estaba demostrando ser también el mejor hermano del mundo.

Rafa empezó a cambiar el sentimiento de rabia que llevaba todo el día acumulando hacia su hermana por pena. Marc frenó su paso en seco en mitad de la calle.

—Rafa, sé que todavía no has tenido ninguna relación larga, pero te aconsejo que aprendas rápido a interpretar tus sentimientos, porque no sabes el vacío que se siente cuando quien te llena de verdad echa a volar porque tú le has empujado. Ya puedes hartarte a intentar buscar otros entretenimientos que nada, absolutamente nada llena el hueco —se sinceró Marc.

Rafa siempre había visto a Marc como un tío duro y pasota, que se limitaba a pegar gritos en los partidos y a planear estrategias de juego durante los entrenamientos. Imaginaba que, con Valentina en la intimidad, sería algo más ñoño y vulnerable, pero ver con sus propios ojos la imagen del Marc sincero y arrepentido le chocaba mucho, y de alguna manera le hacía gracia sentirse en una posición dominante sobre el que era su segundo entrenador.

—Necesito que tu hermana vuelva. Lo necesito de verdad. Y estoy seguro de que tú y tu padre también querríais tenerla cerca.

Pagó su consumición a Jimena en El Dulce Viaje, prometiendo otra visita pronto, y salió disparada y de subidón hacia casa después de haber recibido la llamada. Se le había echado encima prácticamente la hora de comer. Tenía que darse prisa para no llegar tarde. No le iba a dar tiempo de ponerse a cocinar ni fregar nada, así que caminó rápido, entró, tiró el bolso y la chaqueta sobre el sofá y salió disparada hacia su habitación, quitándose los zapatos por el pasillo, para buscar en su armario algo apropiado. Se probó un par de vestidos coquetos, pero serios, que no le convencieron y acabaron automáticamente tirados sobre la cama. No quería nada demasiado colorido, ni demasiado formal; al fin y al cabo, tenía dieciocho años, pretender parecer más mayor era absurdo. Acabó optando por algo tan simple como una blusa blanca y un pantalón negro con botines. Bajó a la calle sin tiempo ni para separar los olores que se mezclaban en el aire, que venían de los muchos restaurantes de la zona. Lo que sí estaba claro era que el otoño en Madrid había entrado con rapidez y fuerza, porque la mayoría de los aromas que identificaba eran de caldos, sopas, cocidos y estofados. Optó por entrar en la primera tasca en la que vio un cartel de menú del día, sin más detalle ni complicación. Sabía que esos menús estaban pensados para los trabajadores de los alrededores y que la comida en esos locales solía ser casera, así que le servirían rápido y estaría bueno.

Menú del día 9,95€

Primero a elegir:

Judiones de la granja con chorizo

Lentejas de la abuela

Sopa de cocido madrileño con garbanzos y fideos

Segundo a elegir:

Cocido madrileño completo

Alitas de pollo con patatas

Setas con alioli y guarnición

Postre:

Flan de huevo casero

Cuajada casera

Le dieron el papelito con las opciones del menú (ya con unas cuantas huellas aceitosas marcadas sobre los bordes). En Altea nunca había dado importancia a tener pescado de la bahía próxima en casa, pero empezó a valorarlo mucho. Después de leer los platos que ofrecían para el mediodía, no supo si pedir solamente los postres o salir corriendo. No se consideraba especialmente exquisita para comer, pero aquel viernes no era el día para alimentarse con legumbres, chorizo y fritanga. Quizá debería haberse parado y dejarse llevar por lo que el olor le decía sobre las cocinas antes de lanzarse a entrar en cualquier restaurante. No se arriesgó ni a tomar una Coca-Cola por si las burbujas le hacían pasar un momento humillante más tarde; no podía dejar nada al azar, así que pidió simplemente agua, sin pensar en que luego le podría entrar la urgencia por hacer pis en un momento inoportuno.

Le preguntó al camarero si podían servirle una ensalada como primero y se decidió por las setas de segundo, mientras el hombre golpeaba su bolígrafo contra la pequeña libretita que había sacado del bolsillo delantero de su camisa.

—Una mixta y setas para la cuatro —gritó anunciando la comanda a los cocineros y, de paso, a las cinco mesas que estaban ocupadas.

Vale releyó el *mail* en el que le indicaban la dirección y copió el nombre de la calle en la *app* del metro de Madrid para saber cuál era la parada en la que tenía que bajarse. Era Nuevos Ministerios. Saliendo desde su parada, tenía que coger la línea 2, la roja, de San Bernardo a Cuatro Caminos y, de ahí, la línea 6, la gris, la circular, hasta Nuevos Ministerios. La aplicación calculaba que tardaría unos trece minutos en llegar. Iba sobrada.

Valentina se había imaginado el segundo como un plato con setas salteadas. Sin embargo, por lo grasiento que parecía el resto del menú, tenía

que haberse imaginado que las setas serían del estilo. Le estaban sentando pesadas solo con mirarlas. Enteras, sin cortar, rebozadas en pan rallado, fritas y todavía chorreando aceite. La tarrina, llena a rebosar de alioli, soltaba un fuerte olor a ajo a distancia. Partió un champiñón, rascando el rebozado con el cuchillo. No quería arriesgar su digestión en una tarde tan decisiva. Pero, como con ese procedimiento tenía muchas posibilidades de mancharse la blusa, además de dejar el plato como el de un niño pequeño que ha jugado con la comida, prefirió pasar directamente a lo dulce. Habiendo postres caseros, su última opción era fruta. El flan de huevo estaba bueno, aunque acabó tan rápido con él que tampoco se paró a valorarlo.

Al pedir la cuenta, el camarero le preguntó si quería un café. Vale sonrió. Pocas veces solían ofrecerle café; quizá por el aspecto de niña que transmitía, con su cara redonda, mofletes y pelo castaño claro y largo, en el que se le formaban grandes bucles en las puntas; o quizá porque estaba acostumbrada a que en Altea ya la conocían y sabían que no era mujer cafetera. Sin embargo, aquel día iba ya por el segundo ofrecimiento: primero el de Jimena en El Dulce Viaje y luego aquel. A lo mejor, su mudanza a Madrid y la «vida universitaria» (aunque, ahora que había decidido dejar la universidad, ya no podría llamarla así) habían transformado su manera de hablar o su aspecto físico hasta tal punto que la gente la considerara una adulta a la que ofrecer cafés. Aun siendo así, se negaba a ceder. También existen adultos que toman té.

Eran las 16.00 cuando salió del bar. Caminó hacia la boca de metro respondiéndose a sí misma a las preguntas que pensaba que podrían hacerle en la entrevista. Recordó algunas que su padre le había dicho que eran las típicas del equipo de selección de personal en sus hoteles. «¿En qué departamento del hotel te ves?», «Si un cliente se enfada porque en las fotos de la web algunas habitaciones aparecían con bañera, pero no queda ninguna disponible, ¿cómo actuarías para solucionarlo?». En sus respuestas imaginarias se escuchaba a sí misma titubeando sin ser clara. En su currículum ponía que había estado trabajando en The Sun Club de Benidorm, pero lo que no figuraba escrito era que Valentina fuera la hija de Ramón Ferrán, dueño de la cadena. Respiró profundo, resignándose a que pasara lo que tuviera que pasar. «Las cosas suelen salirme mejor cuando menos planeo y más me dejo llevar», se repitió a sí misma. Se dio cuenta de que, en realidad, no sabía nada sobre la cadena, y quizá esa fuera otra pregunta que

tendrían en cuenta para seleccionar a los empleados. Tuvo esa mala suerte que se tiene al ir a un sitio con tiempo de sobra: que el metro de la línea 2 hizo su entrada en el andén de San Bernardo justo cuando ella llegaba. Una coordinación que aquel día era innecesariamente perfecta. Tardó poquísimo en llegar a Cuatro Caminos.

Todavía algo paranoica (como cualquier novata en la capital) con el hecho de que alguien pudiera arrancarle el móvil de las manos mientras lo usaba caminando por la calle o por las estaciones de metro, esperó a subirse en el segundo tren para buscar en Google «cadena hotelera Clever Stay», y sorprenderse con la infinidad de resultados que aparecían. La mayoría eran publicaciones de *bloggers* que resumían su supuestamente maravillosa e idílica estancia (probablemente regalada) en alguno de los hoteles de la empresa. Leyendo por encima alguna de esas páginas, encontró que la cadena era madrileña. En la capital ya tenían cuatro hoteles, y en Barcelona, dos. Por las fotos, las habitaciones tenían pinta de ser amplias, siempre siguiendo el mismo patrón de colores que el del logo de la marca, blanco y azul celeste. Los muebles eran modernos pero sencillos, y el baño, aunque parecía pequeño, seguía el mismo estilo que el resto del cuarto. Básicamente eran hoteles de bajo coste, pero funcionales. Tenían lo básico (wifi gratis y desayuno) para cubrir las necesidades de los empresarios que visitaban Madrid y Barcelona. Los resultados de Wikipedia los obvió. Sabía que cualquiera podía editar la información y alguna que otra vez había leído auténticas barbaridades inventadas sobre los hoteles de su padre. En un periódico digital entrevistaban a Martín Ribagorda, que por lo visto era el CEO (algo así como el gran jefe) de los Clever Stay. En la foto, el mandamás posaba con sonrisa de satisfacción, vestido de traje gris claro y corbata azul celeste (del mismo tono que el logo), de brazos cruzados y con el culo apoyado sobre la que, probablemente, fuera su mesa del despacho. El titular revelaba: «Martín Ribagorda: el equipo humano de nuestros hoteles es muy *clever*». Un tanto raro, pues más que promocionar unos hoteles, parecía que anunciaba una marca de coches.

—Próxima estación, Nuevos Ministerios. Correspondencia con líneas 8 y 10, y Cercanías Renfe —se oyó por la megafonía del tren.

Guardó el móvil asumiendo que podría defenderse con lo poco que le había dado tiempo a leer sobre la empresa. Se mentalizó de que, simplemente, iba a jugársela. Estaba contenta. Eran las 16.20 cuando salió del metro y se topó de frente con el bullicioso y conocido paseo de la Castellana. Imponente, sin duda. Daba miedo arrimarse mucho al borde que unía la acera con el

asfalto, porque los carriles no tenían ningún margen ni arcén y daba la impresión de que fácilmente cualquier coche o autobús podía perder la dirección y subirse al pavimento, de paseo con los peatones. Se sentó en una parada de autobús para chequear en su móvil la dirección exacta. Dos minutos a pie cruzando la avenida. Le sobraban treinta y ocho. Si algo sabía era que no convenía llegar demasiado pronto ni demasiado justo a citas importantes.

Se metió en la Fnac buscando algo con lo que entretenerse. La sección de música, prácticamente inexistente, no le dio mucho juego. Se paró en la planta de libros y anduvo leyendo los títulos de los veinte más vendidos para ver si alguno le llamaba la atención lo suficiente como para comprarlo. Cogió *Algo tan sencillo como tuitear te quiero*, de Blue Jeans, y leyó su sinopsis. Decía contar la historia del primer año de universidad de un grupo de chicos y chicas, aparentemente lleno de sorpresas que le recordaban a lo que le estaba pasando últimamente a ella... Si no fuera porque ella no vivía en una residencia de estudiantes (por suerte) y no tenía más que un par de amigos (por desgracia). Igualmente lo compró, porque era el tipo de novelas que solía leer cuando tenía quince años y, aunque no fuera presumiendo de ello, todavía le gustaban.

Había llegado a la calle correcta, y buscaba el número cincuenta y cuatro. Esperaba identificarlo por el logo de Clever Stay, pero su cita no era en uno de los hoteles de la cadena, sino en las oficinas. Según indicaba un cartel en el portal del edificio, los despachos de la cadena ocupaban varias plantas. El portero, con voz grave, asustó a Valentina preguntándole a dónde quería ir. Se limitó a decirle que tenía una reunión con Carlos Fuentes, de Recursos Humanos. El hombre le indicó que subiera al quinto y preguntara por él.

Las oficinas no eran nada espectaculares. Una recepción amplia, blanca, y el logo en la parte central. Entraba mucha luz a través de los ventanales que recorrían las paredes de la planta. Unos sillones blancos estaban agrupados alrededor de una pequeña mesa de centro con revistas de viajes. Tras la mesa de recepción se veían unas puertas que daban a despachos privados. El resto de la planta estaba ocupada por cubículos de paredes transparentes que dejaban ver a los empleados sentados frente a sus ordenadores. Algunos llevaban un micrófono de diadema, como los que había visto lucir a Britney Spears en sus *shows* de Las Vegas, aunque suponía que ellos los usarían para atender a clientes por teléfono. La recepcionista le pidió amablemente a Valentina que se sentara a esperar mientras avisaba a Carlos.

Según se acercaba el momento de ponerle cara al hombre que decidiría el futuro de Vale, los nervios iban creciendo en su tripa, su pulso acelerándose y

sus piernas inquietándose. Tenía la manía de apoyar la parte de los dedos de los pies en el suelo y subir y bajar el talón repetida y rápidamente, como si fuera un muelle. Eso era un claro indicativo de que estaba rozando la histeria. Pensó en sacar el móvil, pero nadie sabía que estaba a punto de entrar en una entrevista de trabajo, así que tampoco tenía a quien escribirle algo así como «!!!!!!» para hacerle saber lo nerviosa que estaba. Optó por echar un vistazo a una de las revistas que había sobre la mesa, pensando que la haría parecer mucho más madura y serena. El infarto casi le da cuando su móvil empezó a sonar. Se puso roja como un tomate y pensó en lo idiota que era por no haber pensado en silenciarlo. Le costó un triunfo sacarlo del profundo bolsillo de la chaqueta solo para darse cuenta de que sí estaba en silencio. Lo que estaba sonando era la alarma que había programado la noche anterior para que a las 17.00 se acordara de llamar a Rafa. «¡Mierda!», pensó al comprender que había metido la pata por no acordarse antes. Canceló la alarma y metió ágil el móvil de nuevo en el bolsillo, mientras Carlos ya hacía acto de presencia en el *hall*.

—Buenas tardes. Valentina, ¿verdad? —la saludó amablemente, dándole la mano.

—Sí. Hola. Encantada —respondió con timidez, devolviéndole el gesto.

Carlos tendría unos treinta y muchos o cuarenta y pocos, pero le pareció atractivo para su edad. Llevaba el pelo algo largo (estilo que parecía ser la perdición de Vale), moreno y muy bien peinado hacia un lado, con un par de mechones sueltos que le cubrían parte de la frente. Vestía una camisa blanca, desabrochada en el primer botón y arremangada, por lo que le dio la impresión de que, quizá, la reunión sería algo más informal de lo que Valentina se había imaginado. Cuando Carlos se dirigió hacia la puerta de la oficina en la que le haría la entrevista, ella no pudo evitar mirarle el culo, que estaba a la altura de su buen aspecto físico general. Lo que sí tenía claro es que esa historia no iba a tener nada que ver con la de *Cincuenta sombras de Grey*.

La oficina era una sala de reuniones con una mesa larga, unas veinte sillas. Carlos se sentó en el extremo más cercano a la puerta y le pidió que se acomodara a dos asientos de distancia. Sobre la mesa había ya un cuaderno, que abrió para sacar el currículum de Valentina. Ella no pudo evitar mirar de reojo para intentar descifrar las anotaciones que había hecho el hombre en el margen superior, justo encima de sus datos personales.

Carlos arrancó la entrevista presentándose como el jefe de selección de personal. Primero le contó qué era Clever Stay, su filosofía corporativa y

cómo estaba estructurada la empresa. Muchas de las cosas que Carlos le explicó sobre la gestión de cada hotel (cómo se coordinaban entre sí para que los clientes no notaran diferencias al hospedarse en unos o en otros y la manera en la que se tomaban las decisiones) le eran muy familiares. Conocer de cerca la gestión de The Sun Club que llevaba su padre era de gran ayuda. Aunque había ciertos procesos que se hacían de forma distinta, probablemente porque los Clever Stay no ofrecían más que un desayuno básico a sus clientes. Los hoteles de Ramón, por el contrario, estaban orientados al ocio y al turismo de vacaciones. Daban un servicio completo, por lo que tenían departamentos que se ocupaban de muchos más aspectos, como la gestión de las piscinas, el bar o los equipos de animación en cada uno de los hoteles.

—¿Cómo te ves de aquí a unos años? —se lanzó Carlos a por las preguntas estándar.

Aunque Vale para sí se imaginó trabajando como diseñadora de repostería en el restaurante de Ferrán Adriá en Ibiza, en alto contestó:

—Liderando el equipo de recepción de alguno de los hoteles.

—Genial —respondió Carlos mientras añadía algunas notas más, esta vez en su libreta—. Y veo que has trabajado en The Sun Club de Benidorm. Cuéntame una situación complicada por la que hayas pasado con clientes y cómo actuaste para solucionarlo.

Se inventó una situación ficticia en la que unos clientes reclamaban bañera en vez de ducha porque lo habían visto en la web, pero no lo habían solicitado con antelación. Le dijo a Carlos que lo solucionó ofreciéndoles pases de acceso a la piscina climatizada.

—Ajá —respondió Carlos, cada vez más escueto.

A Valentina le daba la sensación de que la entrevista se iba tornando de menos a más seria. El hombre apenas reaccionaba a las respuestas de Vale cuando le pedía que hablara sobre su formación y su opinión sobre el turismo en España. Más que una entrevista de trabajo como recepcionista, le recordaba a un examen oral de Geopolítica. Vale sentía que Carlos estaba estudiando sus gestos y su mirada mientras ella respondía, pero, en cuanto terminaba de hablar, agachaba su cabeza hacia el cuaderno hasta que se le ocurría lanzar la siguiente pregunta. De vez en cuando, Valentina desviaba su mirada hacia arriba, al reloj que colgaba encima de la puerta de la sala. Le parecía ver las agujas tan quietas que se llegó a preguntar si le faltarían pilas. Fueron cuarenta minutos de conversación que a Vale le parecieron dos horas, pero en ningún momento perdió la sonrisa ante quien estaba claramente juzgándola.

—Pues muchas gracias por venir, Valentina. Este puesto es para cubrir una baja de larga duración. Por cierto, no te he preguntado, ¿qué horario te va mejor: mañanas o tardes?

—Por las tardes me vendría genial, porque... —se quedó a medias, sin querer entrar en más detalles—. Sí, por las tardes sería perfecto.

—Lo apunto —respondió Carlos.

Le dio dos besos y le dijo que, si la respuesta era positiva, llamarían en un par de días.

Salió de la oficina emocionada, orgullosa de sí misma por cómo había respondido a las preguntas de Carlos, y con un nuevo objetivo: no volverse loca esperando «la llamada».

De vuelta a casa en metro, repitiendo a la inversa el mismo recorrido que la había llevado hasta las oficinas de Clever Stay para su entrevista, repasaba en su cabeza las preguntas más significativas que había tenido que responder, y se le ocurrieron cosas ingeniosas que podría haber añadido, pero quizá los nervios bloquearon algo su agilidad mental en aquel momento. Analizó el recuerdo de las caras indescifrables que había puesto Carlos tras cada respuesta y el subidón con el que había salido de la oficina empezó a desvanecerse poco a poco. Le apetecía hablarlo con alguien, aunque sabía que no podía.

Al salir de la boca de metro de San Bernardo, cruzó la calle en la dirección contraria a la que le llevaba a su piso. Unos pocos minutos más tarde, estaba plantada bajo el toldo rayado rosa y blanco que cubría la entrada y el escaparate de El Dulce Viaje, con la intención de contárselo a Jimena, la dulce (nunca mejor dicho) dueña de la cafetería, con quien compartía el placer por la repostería. No sabía por qué, pero la mujer le había transmitido una confianza y unas vibraciones tan positivas que pensó que soltárselo a ella podría hasta traerle buena suerte en el proceso de selección. Sin embargo, al entrar, vio que quien estaba tras el mostrador no era ella; y si lo era, muy mal tenía que haberle ido el día, porque le había salido un bigote negro y apenas tenía un dedo de pelo gris. Supuso que sería su marido. No llevaba delantal, pero sí una especie de chaqueta blanca, como la de los cocineros, aunque con un bordado de cuadraditos del mismo estilo que las flores que llevaba Jimena en su delantal por la mañana. En el bolsillo derecho del pecho llevaba su nombre cosido: «Javier».

Valentina esperó a que el hombre terminara de llevar un par de tés a una mesa para preguntarle por Jimena, aunque sin muchas esperanzas de encontrarla allí también por la tarde. Era lógico que tuviera que descansar en algún momento del día, por mucho que fuera dueña del negocio. Javier, casi

tan amable como ella, le indicó que su mujer estaba preparando rellenos y masas para adelantar el trabajo del día siguiente.

—Voy a decirle que estás aquí, ¿cómo te llamas?

—Valentina, pero no creo que sepa quién soy por mi nombre.

—Pero sí por tu cara, ¿verdad? Entonces será mejor que bajes tú misma —sugirió guiñando un ojo el bonachón—. Abajo, al fondo, a la izquierda.

Según bajó las escaleras, el olor a mantequilla y azúcar iba en aumento, marcándole el camino a seguir hacia la cocina. No había muchas puertas, por lo que tampoco tenía pérdida. De hecho, la sala de hornos de El Dulce Viaje no tenía puerta, ni siquiera una de esas abatibles como las que salen en las películas de vaqueros. Lo único que había era una mosquitera gigante a través de la cual podía ver a Jimena de espaldas, sujetando un bol y batiendo enérgicamente algo. Esta vez vestía una chaqueta de chef rosa palo, unos vaqueros oscuros y, en los pies, lucía unas zapatillas de goma violetas tan feas como cómodas. Sus piernas se vaiveneaban al ritmo de la música que sonaba a todo volumen: *Tu corazón*, de Alejandro Sanz y Lena. La mujer tenía tan pillado el ritmo y estaba tan centrada en su universo que Vale no quiso interrumpir. Esperó a que la canción terminara con la esperanza de que saltara algún anuncio de Spotify, pero o Jimena pagaba el servicio Premium para suprimir los anuncios, o lo que tenía puesto era un disco suyo o un *pen drive*, porque el principio de la siguiente canción no dio tregua a la anterior. Como Vale sabía perfectamente lo que suponía que alguien rompiera el clima mágico entre un repostero (o aspirante a) y sus creaciones, entendió que no era el momento de soltarle a la mujer (a quien acababa de conocer esa misma mañana) toda una historia sobre una chica que pretende dejar de estudiar la carrera que todo el mundo cree que estudia para meterse en una escuela de cocina. Todo eso sumado a la búsqueda de un trabajo con el que poder financiarlo, porque no tiene pensado decírselo a nadie por miedo a las reacciones hasta de su propio padre. Pensándolo así, la vida de Valentina parecía un culebrón deprimente para emitir en la tele a la hora de la siesta. Se imaginó que, como poco, Jimena pensaría que estaba loca y quizá ya no le dejaría ni siquiera volver a entrar a El Dulce Viaje. No podía arriesgarse a quedarse sin probar todas y cada una de las dulces maravillas del mundo que Jimena horneaba cada día. Antes de que la mujer pudiera darse la vuelta y verla plantada en la puerta de su cocina divagando sobre su propia locura de vida, decidió volver a subir.

Le pidió a Javier dos *baklavas* árabes de pistachos y miel para llevar, y le dijo que volvería otro día, porque había visto a Jimena demasiado ocupada y

no tenía nada importante que decirle. El hombre se ofreció a dejarle un mensaje más tarde, pero Vale prefirió que no lo hiciera. Aunque sabía perfectamente que, en cuanto estuvieran juntos y más tranquilos, probablemente a la hora de cenar, Javier le mencionaría la visita de la tal Valentina a la que Jimena ni siquiera pondría cara.

Salió del local con el reloj casi rozando las 19.30 y recordó que no había cumplido la promesa con su hermano. Mientras caminaba hacia el piso, llamó a Rafa, sin suerte. Conocía a su «enano» tan bien que asumía que, por el error de no haberle cogido el teléfono y por no haber llamado cuando le había prometido, en su próxima conversación la reacción más amable de Rafa serían respuestas de «sí» y «no». Entonces recordó que era viernes, que tenía fútbol y que no terminaba hasta las 20.00. Lo tendría que haber pensado antes; los horarios de fútbol eran una lección que se sabía igual que sus apellidos. Los había vivido tanto con su hermano como con Marc. Nunca quiso preguntarle a Rafa por él. La coraza de orgullo que había logrado construir en tantos meses tras haber roto era muy fuerte, y tampoco quiso nunca involucrar a su hermano en sus problemas, para que no repercutiera en el equipo.

Para descargar los nervios que tenía desde que había salido de la entrevista, y los que se sumaron imaginándose el monumental cabreo de su hermano, pensó que le vendría bien preparar para cenar una ensalada de ingredientes bien picados (para desahogar su inquietud en la tabla de cortar). Como seguía todavía en la calle y en su bolso no había ni rastro de chicles, empezó su desfogue mordiéndose las uñas, algo que nunca solía hacer. No había comido nada en toda la tarde, pero tampoco tenía hambre, su estómago estaba hecho un nudo.

Al llegar al piso, unos quince minutos más tarde, se le ocurrió intentar llamar a Rafa de nuevo. Probablemente estaría volviendo del entrenamiento en el coche con su padre, y seguro que, al ver entrar la llamada, Ramón le pediría que respondiera a Valentina.

Así fue. Nada más atenderle, oyó a su padre pedirle a Rafa que pusiera el altavoz. El tono de voz de Ramón sonaba tan emocionado como si le acabaran de dar el premio al mejor padre del mundo. Rafa, en cambio, no parecía especialmente ilusionado, aunque Valentina se había imaginado que estaría muchísimo más seco y enfadado con ella. La primera intervención de su padre fue directa a descolocarla.

—¿Cómo va la universidad? ¿Qué tal los profesores? ¿Y tus compañeros? ¿Te gustan las asignaturas?

—Bien, papá. Todo bien, como me imaginaba, ¿cuál era la primera pregunta? —respondió Valentina, seguido de una pequeña risa, en reacción al aturullo de cuestiones que su padre acababa de lanzarle—. ¿Y vosotros? Hace mucho que no hablamos. He estado muy liada consiguiendo acomodarme y gestionar temas de estudios, perdonadme.

—Ni te preocupes, mi niña. No pasa nada, ¿a que no, Rafa? —preguntó Ramón a su hijo, que apenas había intervenido desde que atendió la llamada.

—No, nada...

—Jo, no sabes cómo me gustó lo que pusiste en Facebook. No me lo esperaba. Yo también te echo mucho de menos, enano. ¿Sabes? Quiero que vengas a verme, te va a encantar Madrid. ¿Cómo va el fútbol?

Después de tantos meses de ser la responsable del manejo de su padre y su hermano, sabía perfectamente cómo hablar a Rafa para ablandarle los mosqueos y llevárselo a su terreno.

—¿Sí? Pues lo borré porque anoche me dijiste que estabas estudiando y te habías ido de cenita por ahí. Ten cuidado con las fotos en las que te etiquetan en Facebook, que son muy traicioneras —reventó Rafa acusatorio, pero con la tranquilidad de quien lleva todo el día pensando en cómo decirlo y quedarse a gusto—. Pero, vamos, que cuando quieras voy a verte a Madrid, que por desgracia hermanos vamos a ser siempre —dijo con su humor poco gracioso.

Rafa no tenía ninguna malicia y Valentina sabía que le sobraban razones para estar mosqueado con ella. Lo que no le había hecho mucha gracia era que su hermano le hubiera delatado la mentira ante su padre, pero se lo tenía merecido.

—Así que de cenitas en horas de estudio, ¿eh, señorita? —intervino blando Ramón, con una risa final.

—Lo que no sé es cómo te creíste que estaba estudiando, Rafa. ¡Si no llevamos ni un mes de clases! —quiso seguir con la broma Vale para arreglar su metedura de pata.

—Pues nosotros nos vamos de cena de hombres —presumió orgulloso Ramón, tratando evidentemente de cambiar de tema.

—Uhhh, y estos hombres, ¿saldrán de caza después de alimentarse? —dijo con una sonrisa Vale.

Le emocionaba saber que su padre y su hermano hacían planes juntos sin necesitar ser ella el pegamento entre los dos.

—El cincuentón no sé, pero yo desde luego que sí —soltó Rafa, que parecía haber olvidado ya el enfado.

—¡Pero bueno! Cincuentón, dice... El cincuentón va a pagar tu cena — respondió Ramón bromeando.

Vale no pudo evitar reírse en alto. Entre sus carcajadas se empezó a escuchar un tono de teléfono, como cuando esperas a que alguien atienda una llamada.

—Espera, hija, que le está entrando una llamada a Rafa. No sé si te perdemos. Mira a ver cómo se hace ahora, Rafa... Es Marc. Querrá saber a qué hora quedáis.

Ese nombre y esa última frase provocaron un escalofrío que dejó a Vale helada e incapaz hasta de seguir pestañeando. Rafa empezó a titubear y a ponerse nervioso, queriendo colgar la llamada que le estaba entrando. Sin embargo, colgó la de Valentina.

En ese momento, Melanie hacía su entrada triunfal por la puerta del piso, cargada con bolsas de Zara, H&M, Women's Secret, Mango, Bershka y una de Burger King. Por el olor (y porque ya sabía lo que Melanie pedía siempre) Vale estaba segura de que la bolsa de comida escondía un Long Chicken y una ensalada, porque no desprendía ese olor tan característico a ternera ni al de las patatas del Burger. Mel pensaba que las hamburguesas de pollo no engordaban. Decía que, al fin y al cabo, eran un filete de pechuga, lechuga y tomate. El pan y la mayonesa ni siquiera los contaba. Tampoco era consciente de que «la pechuguita» iba empanada y frita; esos detalles no entraban en su burbuja de la felicidad y Valentina no era quien para rompérsela. Claramente, venía de Príncipe Pío, el centro comercial más cercano al piso de las chicas. La ruta hasta allí y la lista de tiendas fue una de las primeras lecciones que Melanie le enseñó a Vale al llegar a Madrid.

—*Pretty woman, walking down the street...* —empezó a cantar Melanie mientras balanceaba las bolsas de un lado a otro, creyéndose Julia Roberts de compras por Los Ángeles.

Valentina había empezado a salir de su estado de *shock* poco a poco, pero Mel se dio cuenta de que algo pasaba al ver que su amiga ni siquiera arqueó una ceja al verla llegar con su *show*. No reaccionó ni siquiera para soltarle algún comentario irónico sin maldad de los que Vale tenía siempre preparados para repartir cuando no había tenido un buen día (o cuando estaba saturada de las bromas de Melanie después de reírle las siete anteriores).

—Hoy mi hermano se va de fiesta con Marc... —susurró Valentina casi para sí misma, tratando de asumirlo.

—¿¡Qué!? ¿Desde cuándo tu hermano y Marc son colegas? —respondió algo brusca Melanie.

- Desde nunca, hasta donde yo sabía.
- Pues sí que te has perdido cosas de ellos en tan poco tiempo.
- En realidad, vosotros también de mí —murmuró Vale hacia dentro, sin que la rubia pudiera llegar a escucharlo.
- Se sacan como mil años —siguió Melanie.
- Por eso mismo, Mel. Marc y mi hermano no tienen nada en común.
- Excepto tú.
- Excepto yo...

No fue el estridente ruido de su alarma del móvil lo que hizo que saltara de la cama de un brinco. Su oído y su cabeza se habían acostumbrado tantísimo al repetitivo pitido programado para sonar todos los días a las 7.30 que el gesto de estirar el brazo y pulsar sobre la pantalla para posponer el arranque del día lo tenía ya igual de automatizado que respirar o pestañear. En realidad fue el estribillo de *Shape of You*, de Ed Sheeran, anunciando una llamada entrante lo que casi le provoca un infarto aquella mañana. Eran las 9.13 y su alarma no tenía por qué sonar un sábado. La llamada era de un número oculto, misterio añadido que aumentó todavía más el ritmo cardíaco de Vale.

—Buenos días, ¿Valentina?

—Sí, soy yo —procuró decir con voz de mediodía, aunque más bien pareciera un zombi.

—Soy Carlos de Clever Stay. ¿Cómo estás? Te llamo porque nos has parecido la candidata idónea para cubrir el puesto, así que no me queda nada más que darte la bienvenida a la familia. Espero que te encante el trabajo, ese es nuestro mayor objetivo. Empezarás el próximo lunes. El turno será de 16.00 a 20.00 y librarás dos días a la semana. El sueldo son setecientos euros brutos.

—¡Qué bien, gracias!

—El mismo lunes firmarás el contrato con Fernando, el director del hotel de La Latina. Necesito que me mandes una fotocopia de tu DNI y tu número de la Seguridad Social hoy mismo antes de las 14.00, que me voy. Apunta mi *email*.

Valentina se dejó llevar por el entusiasmo de la descripción de las condiciones, que parecían idílicas. La sala de descanso que Carlos le describió en la entrevista, con comida y sofás, no la iba a tener en ningún otro sitio, a

no ser que la contratara Google (y en vista de que iba a empezar a estudiar repostería, como mucho podrían contratarla para atender la cafetería).

Empezaba a ser hora de contárselo a Melanie, o acabaría siendo un problema más adelante si se enteraba de cualquier otra forma (viéndole un uniforme o conociendo a algún compañero de trabajo por casualidades de la vida, por ejemplo). Le preocupaba confiar semejantes novedades a los oídos de su amiga, pero no le gustaba nada sentirse así. Pensó que, probablemente, su inquietud se debiera también a la rara y poco tranquilizadora situación de la que se había enterado la noche anterior: su hermano había quedado con su ex. Decidió calmarse, tomarse unos días para empezar con el trabajo y tener su rutina diaria ya rodada antes de hablarlo con la rubia. No quería adelantar acontecimientos sabiendo cómo era su amiga.

Cuando el reloj alcanzó horas normales para despertarse, las chicas bajaron casi en pijama a por un pincho de tortilla para Melanie y un chocolate con churros para Valentina, un buen *brunch* español a media mañana. Hablaron sobre la semana y Vale se mordió la lengua para no contar la enorme nube de cosas nuevas que le habían llovido encima. Mel insistió bastante, buscando novedades sobre el tonto entre su amiga y Jon. Y también acerca de la misteriosa quedada fuera del fútbol de Rafa y Marc, pero ella no quiso darle importancia, quizá fuera solo una fiesta de equipo.

A lo largo del fin de semana retomaron sus antiguas costumbres, solo que a quinientos kilómetros del mar: salieron a correr por el parque del Retiro, fueron al cine y pidieron pizzas a domicilio para cenar. En el fondo, Vale se moría por proponer ir a recoger pizzas al A-más-a-mi y, de paso, ver a Jon, de quien no sabía nada hacía días, pero prefirió no decir nada. Si Mel se hubiera enterado, habría montado toda una obra de teatro para liarlos aquella misma noche. En otra ocasión, con otro chico, no le hubiera importado entrar al trapo. Sin embargo, Valentina sabía y sentía que con Jon la conexión era más profunda. Por algún motivo el destino la había puesto en tantos caminos en común con él. Quería dejarse conocer por Jon como la chica que realmente era, no como cualquier ligue.

Con el pijama puesto y las cajas de pizza ya vacías sobre la mesa del salón, Mel repasaba el Instagram Stories de Vale, donde acababan de subir vídeos contando lo que habían hecho durante el día y haciendo el tonto mientras comían sus porciones de pizza. Valentina se levantó a por un bote de helado de vainilla con nueces y sirvió una bolita en cada cuenco, aunque llevó a la mesa la tarrina entera, por si acaso. Mientras, Mel reabrió su perfil de la

aplicación de ligue Tinder; según ella, para darle un repaso al «mercado madrileño», nada más.

—Jolín, ya no me acordaba de cómo eran los chicos en Madrid. Encima todos estos están a menos de un kilómetro.

—Tú tienes novio. Déjame ver a mí —le reprochó Vale arrimándose a cotillear la pantalla—. No veas, ¡qué guapo ese!

—Tienes que hacerte Tinder.

—Ya sabes que no me gustan esas cosas —dijo Valentina mientras se recreaba con su amor por el helado.

—¡Boom! Pues cuando veas esto te van a gustar más...

Vale se asomó curiosa a mirar aquello que Mel anunciaba como algo que merecía más la pena que comerse otra cucharada de helado. Efectivamente, hizo bien en verlo.

Jon, 22.

—Date prisa, nena, que está en el mercado y este es como el abrigo más bonito de Bershka el primer día de rebajas. Hay leches para quedárselo —dijo Mel muy seria mientras, claramente, flipaba con las fotos de Jon sin camiseta junto a su tabla de surf.

—Espera, espera. El hecho de que te salga ahora mismo significa que está a menos de un kilómetro, ¿no? —dijo Vale emocionadísima.

—Sí, vamos, que debe estar en la pizzería currando. Está aquí al lado.

—También es verdad —respondió Valentina decepcionada. Le hubiera hecho ilusión que viviera cerca.

El hecho de que Jon estuviera en Tinder no le hizo especial gracia. Consideraba esa aplicación como el último recurso desesperado de ligue para gente con pocas dotes sociales. Quizá fuera eso, o simples celos de que cualquier otra chica pudiera estar tonteando con él en aquel mismo momento. Era hora de dar un paso.

Mientras seguían cotilleando el perfil de Jon y sus aficiones, una notificación del móvil sonó y se desplegó por la parte de arriba de la pantalla de Melanie. Antes de que Vale pudiera descifrar nada más que era del chat de Facebook, la australiana apartó el móvil de la vista de su amiga y disimuló yendo a por su cuenco de helado.

—Uff, tía, ¡qué rico! Para verano voy a estar hecha una bola viviendo contigo. La próxima vez lo acompañas con un buen *brownie* —dijo Melanie intentando hacerse entender con prisa y la boca llena.

Sin más demora, Valentina desbloqueó su móvil, decidida a agregar a Jon a Facebook. Se quedó pasmada ante la pantalla, dudando. Con tanta red social, no tenía claro qué era más sutil: si hacerlo en Facebook o primero en Instagram. Abrió Instagram y rápidamente encontró a @Jonfoodandsurf entre los seguidores de algunos amigos que sabía tenían en común. Curiosamente, no había visto su perfil nunca porque no le había salido sugerido como en Facebook. Sin darle muchas vueltas, le dio a «seguir» y después se puso a cotillear sus publicaciones. En uno de sus vídeos se le veían solo los brazos, con las mangas arremangadas, emplatando un tartar de salmón y aguacate coronado con un huevo. La prueba para estar segura de que lo que sentía era especial dio positivo, porque por primera vez no se estaba fijando en el plato de comida, sino en los movimientos delicados de sus manos y en cómo los tatuajes cobraban vida al moverse los músculos de su antebrazo.

No le había dado tiempo a cotillear más que un par de fotos de Jon en la playa cuando recibió una notificación de mensaje.

@Jonfoodandsurf ha respondido a tu historia.

Abrió el mensaje. En respuesta a uno de los vídeos que acababa de subir a su Stories en el que Vale besuqueaba una porción de pizza y le declaraba su amor eterno, Jon le escribió:

Estimada señora Anónima: pensaba que usted era fiel a mis pizzas.

Valentina no pudo hacerse la interesante y le contestó rápido:

Estimado señor Pizzero Surfero: el hecho de que me las traigan a casa sin tener que moverme es demasiado tentador.

La respuesta de Jon no se hizo esperar:

¿Y quién le ha dicho a usted que yo no reparto a domicilio?

Tiene razón. No me he informado bien. No volverá a pasar.

A Vale le latía el corazón a toda velocidad esperando recibir las respuestas de Jon. Él parecía también leer sus mensajes rapidísimo. Probablemente, tendría su conversación abierta todo el rato, igual que ella.

Se lo perdono esta vez porque hoy no estoy custodiando los hornos.

Emocionadísima, le enseñó los mensajes a Melanie y cayó en la cuenta de que si Jon no estaba esa noche «custodiando los hornos» significaba que estaba en su casa; y el hecho de que apareciera en Tinder indicaba que, efectivamente, vivía a menos de un kilómetro de distancia.

—Pero ¿te ha dicho que está en su casa?

—No. Me ha dicho que no está en la pizzería.

—¿Y no has pensado que igual está en el piso de algún amigo emborrachándose? Es sábado. Lo raro sería que estuviera en su casa —le cortó el rollo Mel.

—Pues no sé. Está pegado al Instagram.

—Nada nuevo. Como todos en esta vida y en cualquier sitio. Pregúntaselo y te quitas las dudas —zanjó tajante la rubia—. Me voy a dormir que estoy reventada. Mañana me cuentas.

Mel le dio un beso en la frente a Vale y se metió en su habitación. La morena aprovechó y se obligó a ir a la cama para no volver a quedarse dormida en el sofá.

Estuvo un rato con la conversación abierta, pensando cómo preguntarle si estaba en su casa o de fiesta sin parecer excesivamente interesada o cotilla.

¿Está usted celebrando su libertad o disfrutando de la tranquilidad de poder tener su trasero pegado al sofá en esta maravillosa noche de octubre?

Medio minuto más tarde:

¿Por quién me ha tomado usted? Por supuesto, estoy disfrutando del sofá en buena compañía.

Valentina empezó a comerse el coco, ¿Jon estaba tonteando o le acababa de dejar claro que estaba con una chica? Llevaba demasiado tiempo desinteresada en los chicos como para ser capaz de descifrar el lenguaje oculto de ligue.

Deberías habérmelo dicho antes, no te molesto.
¡Disfruta! ;)

Creo que no lo has pillado...

Jon le mandó a través del chat de Instagram un *selfie* recién hecho. Él, tumbado en el sofá comiéndose una hamburguesa. «¡Quién fuera hamburguesa!», pensó Vale.

Mejor imposible

A mí sí se me ocurren mejores...

Vale empezaba a darse por aludida. Un escalofrío como el de su encuentro en las escaleras del A-más-a-mi recorrió su espalda de arriba abajo.

¿Cuáles?

Los dedos empezaban a temblarle sujetando el móvil. No quería darle por error a ninguna letra, ni parecer excesivamente pendiente de lo que Jon escribía, así que bloqueó el teléfono esperando que la notificación de respuesta en la pantalla iluminara su habitación ya a oscuras. Y se quedó dormida.

Llevaba tres días de trabajo y clases. En el hotel estaba muy a gusto. Su jefe, Fernando, era majísimo, y se había integrado muy bien con sus dos compañeras de turno. Las labores que Valentina tenía eran bastante sencillas: atender a los clientes en la recepción, darles de alta en el registro, asignarles la habitación y cobrarles. Enseguida le enseñaron a utilizar el sistema del ordenador, que el primer día, a simple vista, le pareció un enjambre imposible. Sin embargo, para ella lo más complicado era dar indicaciones útiles a los clientes sobre cómo llegar a los sitios o dónde comer. Ni siquiera con un mapa en la mano. Su compañera de turno, Sofía, le dijo lo mismo que Melanie al llegar a Madrid:

—Es cuestión de patearse la ciudad.

Desde que arrancara la semana aquel lunes, la energía casi se podía ver recorriendo su cuerpo de arriba abajo. Su nueva rutina le estaba gustando y tenía todo bajo control. Lunes, martes y miércoles no vio a Jon en el Laboratory. Una pena, porque su tonteo de Instagram ya había pasado a WhatsApp, aunque todavía no le había querido desvelar que ella también era oficialmente alumna del LCA. Pensaba guardarse la carta para su reencuentro en persona. Si la noche del sábado no se hubiera quedado dormida mientras hablaban por Instagram, probablemente Vale habría acabado siendo su compañía tras la hamburguesa, pero quiso creer que las cosas pasaron así por algo.

El jueves, al llegar a la academia, le dieron la gran noticia que esperaba antes o después: había habido una baja en repostería y podía incorporarse aquella misma mañana a su clase, la que de verdad le correspondía. Necesitaba un poco de azúcar. Estaba cansada de tanto salado.

Terminó su última hora de clase encantada con las asignaturas, los profesores, sus compañeros y las galletas de almendra y naranja que acababa de hornear. Al acercarse a abrir su taquilla para recoger el bolso, sonrió

todavía más al ver colgando del candado una pequeña bolsa transparente con caramelos; unos envueltos en papel blanco y otros, en rosa. Supuso que se lo habrían dejado desde la recepción de la escuela, como gesto de bienvenida al curso de repostería (sería el tipo de detalles habituales en sitios caros). Del hilo que ataba la bolsa sobresalía una etiqueta de cartulina marrón con una nota:

Por las cosas dulces

Lo interpretó como algo simbólico, que representaba el camino profesional que arrancaba. Junto a la frase, había un dibujo de una carita sonriente, sombreada por la mitad. Lo guardó en su mochila y salió dando las gracias a la recepcionista.

Al tener por primera vez la tarde libre en el trabajo, llegó a casa con calma después de clase. Esperando el ascensor en el portal, vio que por la ranura de su buzón desbordaban una barbaridad de papeles y cartas. Abrió con cuidado y sacó todo lo que había. Separó publicidad y catálogos de las cartas «serias». Al entrar en su piso, se dio cuenta de que su ropa desprendía un olor a galletas que la delataría como culpable de cocinar ante cualquiera que pudiera olfatearla. Sabía que Melanie no volvería hasta la hora de cenar, así que aprovechó para guardar su nueva chaqueta de repostera en el armario y para poner a lavar su ropa y tenderla en el radiador de su habitación.

Volvió a acordarse de la pila de correo que había recogido del buzón. Agarró, de entre todas, la única carta que venía a su nombre. El resto, seguramente, serían para el dueño del piso. Le llamó la atención que no llevara remitente, pero le ilusionó que su nombre y dirección estuvieran escritos a mano, con boli azul. Dentro del sobre solo había medio folio de papel con una frase corta y clara:

Sé lo que estás haciendo.

Su cara se desencajó. Se quedó pálida e inmóvil mirando a la nada. Podía esperar cualquier cosa dentro de aquel sobre, pero nunca algo tan retorcido y propio de una película de terror. Se sentó en el sofá con miedo de caer desmayada en cualquier momento. No se atrevía siquiera a volver a posar su mirada sobre aquel intrigante y acusatorio trozo de papel. Cualquier nombre que se le venía a la cabeza como posible remitente le parecía loco e imposible. Lo que sí tenía claro era que había llegado la hora de contárselo todo a Melanie. ¿Habría sido ella?

Para calmar su ansiedad, utilizó el único tratamiento que para Valentina era infalible: desahogarse cortando ingredientes sobre la tabla de madera. Con todo lo que había picado preparó un relleno para fajitas. Así no solo solucionaba la cena, también sabía que le ayudaría a hablar con Melanie, pues la australiana era como un león salvaje: solo se calmaba con el estómago lleno. Preparó también un *brownie*, para endulzar la manera en que iba a dejar caer toda su nube de novedades sobre la rubia.

Mel llegó a la hora de cenar, con una pila de libros y cuadernos bajo el brazo. Estaba evidentemente estresada y entró quejándose de la poca utilidad de hacer tantos trabajos grupales. Dos respiraciones después de entrar en el piso, el aroma a chocolate horneado silenció sus reproches de golpe, sacándole una sonrisa y su lado más manso y tranquilo (el que le gustaba a Valentina).

—¿*Brownie*?

—¡*Brownie*!

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué tiene que pasar?

—Algo con tu hermano y Marc, ¿no? Hacía tiempo que no *reposteabas* —dijo Melanie.

—Nada que ver. No he *reposteado* porque no tenía ni tiempo ni moldes.

—Fajitas también. Hummm —dijo acercándose a la encimera de la cocina —. Algo ha pasado, te conozco demasiado.

—No voy a ir más a la universidad —dejó caer Vale, pillando a Mel desprevenida.

—A ver, a ver, ¿qué estás diciendo?

—Me tienes que prometer que esto no va a salir de estas cuatro paredes —dijo seria Valentina, mirando fijamente a los ojos de su amiga.

—¡Que me lo cuentes! —se desesperó Melanie.

—Pues que Edificación no me gusta. Nunca me ha hecho ilusión y en la universidad soy una aguja en un pajar. Estoy perdida. ¡No soy más que un DNI y un culo que ocupa una silla en una sala enorme! —se desahogó por fin —. He encontrado un trabajo en un hotel en el barrio de La Latina.

—¿Y para eso te vienes a Madrid? ¿Estás saliendo con Jon y por eso te quedas?

—¿Me puedes dejar terminar alguna vez sin sacar tus conclusiones absurdas? —gritó Valentina, molesta al verse interrumpida cuando había cogido carrerilla con la confesión.

—Vete a la mierda, guapa —dijo Melanie seca mientras se colgaba el bolso y salía por la puerta dando un portazo.

Vale se quedó helada. No sabía si se había pasado soltándole eso a Mel o si realmente tenía razón, pero no podía negar que sintió cierto alivio. Necesitaba que pasara algo así para que su relación con Mel tomara un rumbo nuevo, aunque ahora temía que fuera a peor. La rubia siempre se venía arriba muy rápido. Unos años atrás eso no le molestaba, pero últimamente sentía que nunca podía contarle sus cosas porque parecía que solo escuchaba palabras sueltas y con eso formaba sus propias versiones de las historias. Empezaba a pensar que solo ponía la oreja porque le gustaban los cotilleos, no por el interés real en lo que le pasara a su supuesta mejor amiga. Lo que sí tenía claro por la reacción de la rubia era que no sabía nada más que lo de Jon, así que no podía haber sido ella quien escribiera la carta.

Le dio tiempo únicamente a caminar hasta su habitación y tumbarse en la cama antes de explotar como una bomba de lágrimas que parecían llevar acumulándose dentro varios meses. Un llanto desconsolado y desahogado sobre su almohada, del que solo se estaba enterando quien debía enterarse: ella misma.

Pasaron dos horas sin que se diera apenas cuenta. Con los depósitos de agua ya secos y el estómago vacío, se levantó despacio de la cama, se rellenó una tortilla de trigo con el salteado ya frío y se la comió de pie.

En un brote repentino de *casitis* aguda (ganas de confesarles todo a todos, volverse a Altea y abortar todas las misiones) llamó a casa. Su padre era el único capaz de hacerla sonreír sin tener que pedirselo, pero no fue Ramón quien contestó.

—Hola.

—Hola, enano...

—¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo? —preguntó Rafa identificando rápido que su hermana no hablaba con la misma energía de siempre.

—No, nada, estoy bien. ¿Y tú, mucha fiesta el otro día cuando hablamos? —disimuló Vale fingiendo curiosidad. Pensó que lo mejor sería que Rafa creyera que no había escuchado el nombre de Marc mientras hablaba con su hermano y su padre la noche anterior.

—No, apenas. Fui a cenar con papá y luego me quedé un rato dando una vuelta con... unos colegas por la playa. ¿Y tú? ¿Saliste o algo?

—Ahhh, genial —sabía que Rafa no iba a soltar prenda si le hacía creer que no sabía nada.

—Pero ¿seguro que estás bien?

—Que sí, perfecta. ¿Está papá? —comentó cambiando de tema.

—No, ha salido a cenar.

—Jolín, cómo ha cambiado el cuento. Saliendo a cenar un jueves. Está bien entonces, ¿no? ¿Con quién ha ido?

—Hecho un chaval. Dijo que había quedado con un amigo de la universidad, pero no me lo he creído.

—Me alegro. Bueno, enano, te tengo que dejar que voy a adelantar unas cosas. ¿Tú estás bien?

—Sí, pesada. Te quiero.

Valentina no salía de su asombro. Su hermano pequeño, que nunca había tenido una muestra de cariño que no viniera impuesta por un soborno en forma de regalo (videojuego nuevo para la Play) o dinero, acababa de decirle voluntariamente que la quería. Estaba segura de que no se trataba de ninguna imposición porque sabía que estaba solo en casa. No había testigos. Tras un breve silencio, reaccionó.

—Y yo a ti. Mucho.

Todavía con las mejillas saladas por las lágrimas secas que habían marcado su surco sobre ellas, sonrió de oreja a oreja. Quizá el haberse ido de casa había provocado en su hermano una reacción, unos sentimientos que poco a poco florecían mientras la corteza de la edad del pavo se iba desquebrajando. Esperaba que el hecho de que Mel se hubiera ido hacía ya horas provocara algo parecido en ella también. Aunque esto último lo dudaba más.

La rubia no volvía y Valentina, con las reservas de energía por el suelo, estaba cabeceando en el sofá. Era ya casi la 1.30 y Melanie no había dado señales de vida. Vale no estaba preocupada porque sabía lo orgullosa que podía ser su amiga. Aunque entre ellas nunca hubiera habido conflictos, en sus historias con chicos dejaba bien claro su carácter cuando quería estar a malas. Valentina se limitó a desahogarse con Jon a través del WhatsApp, contándole que Mel se había mosqueado por un tema de la lavadora del piso. Jon se mofó de ella cariñosamente, llamándola maruja por estar ya discutiendo sobre esos temas. Aunque la realidad era que Vale se moría de ganas por contarle que había dejado Edificación y que se había metido en su misma escuela de cocina a estudiar repostería. Al fin y al cabo, había sido él mismo, sin apenas conocerla, quien le dijo que no le pegaba nada estudiar algo así. Sin embargo, se contuvo; sería mucho más emocionante que se la encontrara en la escuela y reaccionara por sorpresa.

Antes de que a Vale se le cayeran los párpados por última vez, cedió a mandarle un wasap a Melanie.

Espero que estés bien, Mel. Estaba muy nerviosa,
quiero que me entiendas y me dejes explicártelo todo

1:33

Y una vez más cayó en un profundo sueño antes de poder leer ninguna respuesta.

A media mañana, la puerta del sexto en San Bernardo se abrió, haciendo reaccionar a Vale, que parecía haberle pillado el gusto a eso de quedarse dormida en el sofá. Con los párpados todavía pegados entre sí, incapaz de abrir los ojos por la cantidad de luz que entraba por los ventanales, intentó sentarse y desperezarse al mismo tiempo para poder ser capaz de, al menos, articular alguna palabra ante Mel.

—Anda, ven, boba. ¿Estás bien? ¿Cómo has pasado la noche?

—Pensando en ti —respondió la voz de Jon desde la puerta.

Un fogonazo de calor, como el que le debe subir por la garganta hacia la boca a un dragón, invadió su cuerpo en milésimas de segundo. Abrió los ojos para asegurarse de que no estaba inmersa en un sueño hiperrealista. Jon estaba ahí, y ella con la peor cara y pelo de la historia de las citas. De todas las posibles respuestas ingeniosas tan bien pensadas que durante los días anteriores había estado escribiéndole por WhatsApp para hacerse la interesante; en aquel momento soltó la más absurda:

—Pero ¿traes una pizza para desayunar?

Mientras esperaba que Jon respondiera, Vale procuró incorporarse rápido y arreglarse un poco el pelo con las manos. Notaba que la noche en el sofá le había dejado secuelas en el aliento y estaba segura de que también lo había hecho en el aspecto físico.

—Pero ¿qué dices de pizza? Te he dicho que he pasado la noche en casa de una compañera de clase.

Entonces cayó. Su esfuerzo por abrir los ojos para visualizar a Jon y asegurarse de que lo que estaba viviendo no era un sueño realista no había funcionado. Era Melanie la que estaba sentada en la punta del sofá, sin maquillar y con aspecto de recién despierta. Ni rastro del guaperas de Jon.

—Perdona, todavía estaba soñando.

—Ya, me he enterado hasta de lo que soñabas —respondió Mel sin darle más importancia—. Que te decía que yo también me puse nerviosa ayer. Debería escuchar antes de hablar. El australiano me ha dejado y ese ha sido uno de los motivos.

A Mel no se le daba bien pedir perdón. Pasaba por el trámite como quienes pisan las uvas, rápido y sin cuidado. Cosas del orgullo.

—Anda, ven aquí. ¿Estás bien?

—Estoy genial. Si tampoco iba a durar mucho más con él. Oye, vengo muerta de hambre, que anoche al final no cené. Había fajitas y *brownie*, ¿no? —soltó la rubia dando la discusión por olvidada.

—Sí, se quedó todo aquí servido —dijo Vale señalando la mesa del salón—. Pero ¿qué hora es?

—Las nueve de la mañana, pero, vamos, que tengo hambre como de las tres de la tarde.

Su segundo día de repostería y ya iba a faltar. Mal. Sin embargo, la balanza se inclinó al decidir que era más importante zanjar de una vez los secretos con Melanie.

Recalentaron todo y rellenaron sus tortillas de trigo. Entre bocado y masticar, Vale entró en detalles sobre todas sus novedades: el trabajo en el hotel, el curso de repostería y que todavía no había pasado nada con Jon, a pesar de que él estaba en segundo de Cocina y probablemente se verían todos los días. Mel se sorprendió por un momento con el giro de acontecimientos en la vida de Valentina, aunque rápidamente lo normalizó, sin montar excesivos escándalos, cosa que ayudó a tranquilizarla. Le aconsejó que se lo dijera todo a su padre. La idea de que se hubiera puesto a trabajar en un hotel no le convencía del todo.

—Tu padre entendería lo de la cocina, pero, si se entera de que trabajas en un hotel, te mata.

—No, no me digas eso, ¿por qué?

—Es como serle infiel al suyo.

—Pero mi padre no tiene hoteles en Madrid.

—El mundo es un pañuelo lleno de mocos, amiga.

Valentina se quedó pensando en lo que la rubia acababa de decirle. Melanie cambió de tema, volviendo a preguntar si sabía algo sobre la quedada de Marc con Rafa fuera del fútbol.

—Con lo de que el mundo es un pañuelo, ¿quieres decir que me voy a encontrar a mi padre?

—No. Bueno, no sé. Lo que quiero decir es que se puede enterar de alguna manera. Es como todo. ¿No te ha pasado que te lías con uno y al día siguiente lo sabe el pueblo entero?

—Mmm... No.

—Bueno, ya te pasará.

Vale sacó del bolsillo de su pantalón la nota que había recibido el día anterior para enseñársela a Mel.

—Ayer me encontré esto en el buzón metido en un sobre a mi nombre. No sé cuántos días llevaba ahí, pero tengo mucho miedo de que mi padre ya lo sepa todo.

Mel se quedó pálida.

—¿Sabes quién te la manda? —preguntó titubeando.

—Sé que tú no, porque te acabas de enterar.

—No, claro que yo no soy, ¿estás loca? —reaccionó en su propia defensa la rubia.

—Tendré que averiguarlo con cuidado.

—¿Qué piensas hacer para encontrar al autor?

—Todavía no lo sé.

Mel terminó de devorar su fajita y se acordó de que había quedado para seguir haciendo trabajos en la biblioteca de la universidad, así que no tardó mucho en cambiarse y salir.

Valentina no sabía si aparecer tarde en su clase de rellenos pasteleros. Había dormido mal y no le apetecía caminar hasta el LCA para que su profesor no la dejara entrar por llegar casi una hora después. Optó por meterse en la ducha y ver si el agua caliente terminaba de convencerla.

Su móvil vibró sobre la mesa del salón. Era un wasap:

Estás malita que no estás en clase?

9:43

Abrió WhatsApp y quiso teclear sin planear lo que iba a escribir. Estaba segura de quién había sido, porque nadie más sabía nada en realidad. Ni siquiera ella (que pensaba que estaba enterada de todos los detalles de la vida de Valentina) tenía ni idea de todo lo que su amiga estaba haciendo antes de que ella misma decidiera contarle lo del Laboratory of Culinary Arts y lo del trabajo en el Clever Stay.

Sin embargo, gracias a ella, ahora Vale tenía en sus manos una carta que la advertía de que alguien lo sabía «todo». Había metido la pata hasta el fondo. No esperaba en absoluto que fuera a hacer algo así.

El orgullo y cabezonería de Melanie se aliaron para crear el plan perfecto la noche en la que Valentina le contó que Rafa y Marc habían quedado para salir. A la rubia le faltó tiempo para escribirle al hermano de su amiga, fingiendo interés en saber cómo le iba todo y dejándole caer que Vale había empezado a salir con un chico en Madrid. La única intención de Mel era que la noticia de que Valentina estaba empezando a tener algo con un chico nuevo llegara a oídos de Marc para que se diera cuenta de que su ex ya estaba completamente refloreceda y feliz.

Cógeme el teléfono

9:43

Cómo se te ocurre mandarle una nota diciendo que lo sabes todo? No sabes nada

9:43

Me da igual que no puedas hablar

9:43

En plena calle, sin querer entrar en la boca del metro para no perder la cobertura, caminaba de un lado a otro como un hámster en una jaula, sin apartar la vista de su móvil, esperando una respuesta. Ni rastro del doble *tick* azul. Se puso los auriculares y abrió Spotify. La primera canción que sonó, de forma completamente aleatoria, fue *Mean*, de Taylor Swift.

Sonó su teléfono. Era Rafa.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa, mocoso? ¿Tú para qué le mandas una carta a tu hermana diciendo que sabes lo que está haciendo?

—¿Qué? ¿Yo? Yo no he mandado nada.

—A nadie más le he contado ni una palabra sobre ella, así que solo puedes haber sido tú.

—Habrás sido Marc.

—¿Cómo que Marc?

El orgullo de Mel se encendió. Acababa de entender por qué Marc no le estaba siguiendo tanto el rollo cuando le escribía. No era por respeto a Vale, sino porque todavía sentía cosas por ella.

—El viernes estuve con él por la noche y se me escapó lo que me acababas de contar de que Valentina estaba empezando a tener algo con un chico. Él quiere volver con ella, la quiere mucho. Me pidió vuestra dirección de Madrid para poder enviarle cartas y regalos y reconquistarla. Así igual vuelve a casa. Yo también la echo de menos.

—¿Te estás oyendo, Rafa? ¿Te das cuenta de que estás amenazando a tu hermana sutilmente para obligarla a volver a Altea por puro egoísmo?

Sintió de verdad lo que estaba diciéndole al hermano de su amiga. Le salió del alma. Tenía que convencer a Rafa de que ayudar a Marc para forzar a Vale a volver a casa no era lo correcto. Ahora que Vale se había sincerado con ella, sabía que todas sus nuevas decisiones y la vida en Madrid la hacían muy feliz. Dudaba mucho que fuera a plantearse por un instante mudarse de nuevo a Altea para cuidar de su padre y su hermano solo por volver con Marc. Valentina ya no sentía nada por él. Claramente había pasado página. Mel tenía que ayudar a afianzar la relación de Vale con Jon para que Marc terminara de aceptarlo y se olvidara por fin de ella. La opción de que Marc no quisiera nada con Melanie no entraba en su cabeza.

—¡Que yo no he sido! Ni siquiera sabía qué iba a mandarle ni cuándo. Además, me dijo que era para reconquistarla.

—Si la quisiera de verdad no le hubiera hecho lo que le hizo.

—Y si tú fueras su amiga de verdad, tampoco lo hubieras hecho.

Él ya no tan pequeño Rafa le colgó el teléfono a la rubia, sin darle opción a defenderse.

La frase de Melanie «¿Te das cuenta de que estás amenazando a tu hermana sutilmente para obligarla a volver a Altea por puro egoísmo?» se le había grabado a fuego. Sabía que no había sido él, pero no podía evitar sentirse culpable por haberle facilitado la dirección de su hermana a Marc sin haberlo consultado con ella. Estaba seguro de que Valentina le hubiera respondido con un tajante «no».

Se había dejado embaucar por Marc. Llevaba unos días dándole a Rafa un trato algo especial en los entrenamientos y proponiéndole quedar a tomar algo como colegas al acabarlos (cosa que Rafa nunca solía hacer, ni siquiera con los compañeros de equipo de su misma edad). Al principio intentó mantenerse al margen porque esas cosas no iban con él, pero sobre todo por su hermana. Sabía que a ella no le hubiera hecho gracia. Sin embargo, Marc llevaba los suficientes años entrenándole para conocerle bien y saber cómo ganarse su confianza. Poco a poco, le fue contando cosas sobre su vida mientras le dejaba ver su lado más sensible. El hecho de que uno de sus entrenadores, varios años mayor que él, quisiera hacerse amigo suyo y que, además, le hiciera ver que su ayuda era imprescindible para lograr volver con Valentina lo convertía en algo doblemente «guay». Cuando Marc le planteó el aparentemente genuino y romántico plan de los regalitos para reconquistar a Vale, no tardó en aliarse.

Se lavó la cara en el baño para despejarse antes de volver a su aula. Le quedaban otras cuatro horas de clase donde poder desconectar de lo que el profesor les contaba y recrearse en su propia conversación mental. No era como en las películas. Rafa no tenía un diablo en una oreja tratando de convencerle de que lo malo era bueno, y un angelito en la otra advirtiéndole de que no se fiara del primero. En este caso, más bien había una balanza con su deseo de ayudar a Marc en un platillo y, en el contrario, su deseo de ayudar a su hermana a prosperar y dejar de mirar al pasado.

No tardó en llegar a la conclusión de que, efectivamente, estaba siendo un egoísta. Una parte del motivo por el que se dejó convencer por Marc era pensar que su hermana podría volver a casa, y la otra, por haberle hecho creer que era él quien tenía el poder (la dirección de Vale en Madrid) para lograrlo. Ahora le tocaba pensar en cómo solucionarlo.

Salió de la ducha todavía sin saber qué hacer. Su cabeza había intentado atar cabos para descifrar quién podía haber sido capaz de enviarle esa maldita carta. Le preocupaba que alguien estuviera siguiéndola por Madrid. La volvió a leer, intentando identificar algún rastro en el papel, creyéndose investigadora de *CSI*, pero nada. No reconocía la caligrafía, ni la tinta del rotulador, ni el papel, ni el sobre. Pensó, por un momento, que podía tratarse de su padre, pero no le veía capaz de andarse con esas tonterías. De haber sabido algo, Ramón se hubiera plantado en la puerta del piso y se la hubiera llevado en brazos de vuelta a Alicante.

Le entraron ganas de cocinar. Era un brote que le surgía a menudo. Para ella era tan relajante como para cualquier otro mortal una clase de yoga o pintar mandalas. Le hubiera gustado ir a la segunda hora de clase, pero todavía no tenía el teléfono de ninguno de sus compañeros, así que no podía averiguar si la dejarían entrar.

De pronto, le vino a la cabeza Jimena, la dueña de El Dulce Viaje. La última vez que intentó hacerle una visita, Vale acababa de salir de hacer la entrevista para Clever Stay y no pudo contarle todo lo que estaba planeando hacer porque la encontró muy centrada en la cocina. Sabía lo que era que te sacaran de la burbuja cuando estás envuelta en la paz y la concentración más absoluta trabajando en los detalles de un pequeño dulce, como lo eran los de su cafetería.

Ahora que todos sus objetivos eran hechos reales y no solo planteamientos, le apetecía mucho compartirlo con Jimena, con quien había sentido surgir un vínculo tan especial como rápido. Cogió su móvil sin encender la pantalla ni para mirar la hora, y salió de casa.

Encontró a Jimena barriendo las hojas secas que octubre había dejado caer sobre la puerta de su local. Le pareció que lo hacía simplemente porque, ante

los ojos de los madrileños, dejar hojas secas parecía algo feo o descuidado, pero la verdad es que tematizaban más todavía la fachada de El Dulce Viaje.

—¡Linda! ¿Cómo andás? Me dijo mi marido que estuviste acá hace unos días buscándome.

—Anda, ¿eres argentina?

—Sí —rio sutilmente Jimena—. Llevo muchos años acá. Suelo poner un acento más neutral cuando hablo con los clientes, simplemente porque alguna vez tuve problemas de xenofobia con gente que me trataba mal por ser extranjera.

—Pues me encanta tu acento.

—Gracias, Valentina. Vení, pasá y tomamos mate. Recién se fueron unos clientes y no hay nadie.

Jimena invitó a Vale a sentarse en uno de los sofás granates mientras preparaba la bebida argentina más típica: el mate, una infusión de agua hirviendo con hojas secas sueltas de hierba mate y azúcar, servido siempre en unos «vasos» especiales. Recordaba haberlo probado en alguna ocasión, sin embargo, no estaba segura de si le gustaría.

—Te ofrecí mate sin preguntar porque sé que no te gusta el café —le dijo Jimena desde detrás del mostrador.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Valentina sorprendida.

—Lo intuí aquella vez que viniste. Muy pocas veces alguien rechaza el café de olla mexicano cuando se lo sugiero. No te juzgo. Me agrada que no te guste el café. Te hace inocente. Tomar café es asumir que te has hecho adulto. Dejás la leche chocolatada de las mañanas para dar paso a una bebida más oscura, más amarga y más fuerte. Es como una norma social. Los empresarios y los trabajadores no quedan a tomar un té. Quedan a tomar café. Forma parte de la rutina de casi todo el mundo. Es como quienes fuman o beben alcohol. Empiezan porque es como colgarse una medalla de «madurez» ante el resto, pero no es real. No tiene un sabor agradable y saben que les perjudica, sin embargo, lo hacen. Se acostumbran al ritual. Por eso me gusta la gente como vos, que se sale de lo que el resto del rebaño hace. Te abris a ver mundo, a probar otras cosas. Quienes beben café rara vez acceden a tomarse un mate o un *matcha latte*. No me gusta generalizar, pero digamos que, en su mayoría, prefieren no salirse de su zona de confort. ¿Vos tenés novio?

A Vale le chocó la pregunta y se paró a pensar en la respuesta. No. Realmente no tenía novio. Jon no era su novio. Ni siquiera se habían besado todavía, aunque tenía que reconocer que sí se había ido a dormir alguna vez imaginándose cómo y cuándo sería su primer beso con él.

—No, no tengo.

—Ni lo necesitas, pero, si encontrás en tu camino a alguien a quien no le guste el café, no le dejes marchar. Es él —dijo Jimena riéndose.

Vale sonrió. Ella también pensaba en lo alternativa que era la gente que no bebía café. Aunque quizá ella no fuera tan diferente porque, a pesar de que no soportara el sabor, debía reconocer que el olor le abría el estómago por las mañanas y la transportaba a sus ocho años, a los banquetes de desayunos familiares que Manuela preparaba los fines de semana cuando Ramón había pasado la semana fuera por trabajo. Claro que ni su padre ni su madre juntos superaban el nivel de Marc. Él necesitaba el café en ayunas como quien necesita una pastilla a primera hora del día el resto de su vida para que el sistema le funcione. Sin embargo, no tenía ni idea de si Jon bebía café o no. Los veranos trabajaba en D'Origen Coffee en Altea. Tendría delito que no le gustara estando rodeado de él.

Entusiasmada, terminó de contarle a Jimena todo sobre el trabajo en el hotel para pagarse el curso de repostería mientras se deshacían a bocados de una bandeja surtida de pequeños pastelitos que la veterana repostera había preparado.

—Entiendo que tu familia no sabe que dejaste la carrera.

—No.

Jimena abrió la veda para que Vale le contara cómo su madre se fue de casa, la inexistente relación que había entre ellas y la delicada situación con su padre, a quien no quería decepcionar por dejar la universidad.

—No me hace falta conocer a tu papá para saber que lo único que quiere es que seas feliz. Estás dando por hecho que es un egoísta, que no va a saber entender que lo que te llena es ser científica.

—¿Científica? —Aquella mujer no había entendido nada.

—Científica, arquitecta, artista y, si me apurás, hasta edificadora. Es lo que tiene la cocina. Inventás, creás, experimentás, planeás, dibujás, estructurás, construís y decorás. No estarías mintiéndole. Tu escuela se llama «laboratorio».

Valentina rio a carcajadas. Nunca lo había visto así, pero le tenía que dar toda la razón a Jimena. Además, estaba siendo una cobarde. Ni siquiera había probado a insinuarle nada a su padre. Ocultárselo era dar por hecho que vivía en una dictadura. Sí, era cierto que a Ramón siempre le había hecho ilusión que Valentina estudiara Edificación, pero nunca se lo había planteado a su hija como una imposición (al menos no intencionadamente) y ella tampoco había tenido otra inquietud hasta llegar a Madrid.

—Sos mayor de edad y, además, muy madura, no me cabe duda. Sos responsable, dulce y sensata. No estás perdiendo los papeles. No andás haciendo nada malo. Que te guste preparar y comer dulces, y no tomarte un café, no te hace una niña pequeña. No dejes que nadie te haga creer eso. No tenés que sentirte culpable de querer dedicarte a otra cosa. Pensá cómo sería tu vida si hubieras seguido con la carrera que esperaban que estudiaras. La infelicidad se consigue muy fácil: resignándote. La felicidad se vive desde el momento en que arrancás el sendero hacia los sueños. Los sueños van brotando como flores a lo largo del camino. Ese paseo es maravilloso, pero para acceder primero tenés que decidirte y elegirlo.

Una hora con Jimena en El Dulce Viaje la llenaba de energía positiva. Absorbía consejos nuevos y diferentes a los que le daban por ahí. Consejos de madre que no escuchaba hacía tiempo. Jimena se dio cuenta de que tener a Vale un jueves por la mañana sentada en la cafetería significaba que había faltado a clase. Había ya tal vínculo que no dudó en regañarla para que no volviera a hacerlo sin motivo. Antes de que se fuera, Jimena le dio absoluta libertad para entrar en su cocina, en su estudio de «arquitectura comestible en miniatura», cuando quisiera hacer prácticas junto a ella.

Mientras caminaba hacia el piso, con las lecciones de Jimena recién sacadas del horno y todavía calentitas en su cabeza, se planteó llamar a Ramón para contarle todo. La carta amenazante todavía era anónima y seguía sin entender su finalidad. Aquella persona «lo sabía todo», ¿y qué? Estaba segura de que no había sido su padre, pero le daba miedo que el objetivo del autor fuera acabar contándoselo a él. Enterarse por una tercera persona de que su hija le había estado mintiendo y ocultando cosas, aunque fuera por miedo a decepcionarle, sería mucho peor que si Vale fuera quien le explicara los qués y los porqués y tratara de hacerle ver cómo era su camino hacia la felicidad: en el caso de Valentina bien dulce, tan lleno de azúcar que podía imaginárselo como el camino de Hansel y Gretel hacia la casa hecha de dulces.

Al sacar el móvil del bolsillo delantero de su mochila, cayó al suelo la bolsita llena de caramelos que le habían dejado en su taquilla de la escuela (de la que ya ni se acordaba). Por el sonido que hizo al chocar contra la acera, le quedó claro que alguno se había roto. Desató el cierre que sujetaba la tarjetita y la guardó en la mochila, junto con el móvil. Sacó uno de los caramelos. Tan pronto como lo desenvolvió de su papelito rosa, un fuerte aroma a café invadió su nariz, dejando claro el sabor que tenían aquellas perlas de azúcar. A pesar de estar partidos, se veía que la forma del caramelo era muy rústica, y viniendo de una escuela de cocina, tenían que ser artesanos.

Años atrás, en las sobremesas de las comidas familiares, cuando los adultos preparaban café como ritual para tomar con el postre, el aroma despertaba la curiosidad de Vale, Rafa y sus primos. Por lo insistentes que se ponían los niños pidiendo tomarse su «cafecito con leche» (como escuchaban decir a los mayores), empezaron a servirles leche con Cola Cao tras la comida, convirtiéndolo en su propio ritual, para quedar a la altura de los mayores y poder debatir sobre temas tan importantes como quién la iba a quedar en la siguiente partida de escondite. Como era evidente que sus brebajes no desprendían el mismo olor que el de los adultos, de vez en cuando Manuela les daba un paquete de caramelos de café, horneaba un bizcocho de café o preparaba un tiramisú, para que los niños jugaran a ser mayores, pero nadie quiere ver a un niño crecer antes de tiempo.

Rumiando el caramelo en la boca mientras caminaba por la zona de Argüelles, se dio cuenta de que estaba muy cerca del Laboratory. Quizá alguien que entraba o salía podría haberla visto deambulando por los alrededores sin haber ido a clase, así que decidió entrar para poner alguna excusa y, de paso, quedar bien agradeciendo el detalle de bienvenida del paquetito de caramelos de café.

—Me han preguntado por ti hoy —dijo la recepcionista sonriente al verla entrar—. Si no llegas a primera hora, puedes venir un poco más tarde, ¿lo sabías?

—No tenía ni idea.

—¿Te quedas? Ahora mismo están en clase de galletas y masas secas —dijo la chica chequeando el horario de la pared.

—Sí, claro —respondió Valentina metida en el compromiso—. Por cierto, quería daros las gracias por el detalle —añadió mientras levantaba la bolsita con los caramelos.

—¿Qué son?

—Caramelos de café. Me los habéis dejado en la taquilla, ¿no?

—¿Quiénes? ¿La escuela? Que yo sepa no. Le pregunto a mi compañero y cuando salgas de clase te digo.

Tan extrañada como sorprendida, Vale dejó sus cosas en la taquilla y se incorporó a clase, agradeciendo que el profesor no le pidiera explicaciones por haber entrado tan tarde al aula. Se unió a uno de los grupos de trabajo con menos gente. Era una oportunidad ideal para empezar por fin a hacer migas con sus compañeros. Un par de horas más tarde, los demás salían de clase con unas cajas de galletas parecidas a las Oreo, pero con relleno de fresa, que acababan de terminar. Valentina pidió permiso al profesor para quedarse en el

aula terminando las suyas. Por haber llegado la última, había sido la última en hornear su tanda y debía esperar a que se enfriaran un poco más para poder rellenarlas.

—Me tenías preocupado.

La voz, a espaldas de Vale, venía de la puerta del aula. Se quedó paralizada, quizá esperando alguna palabra más que terminara de confirmar sus sospechas.

—Eres muy misteriosa. Estás en todas partes —siguió diciendo Jon mientras se acercaba a ella.

Valentina se giró para que su vista diera orden al cerebro de cambiar el chip ante Jon. Tenía que pasar de ser «Vale, la novata pringada que ha llegado tarde y se queda la última terminando la tarea» a «Vale, la chica que intenta hacerse la interesante sin saber muy bien cómo». Acababa de darle la vuelta a la tortilla (en una escuela de cocina, nunca mejor dicho). Ella, que pretendía ser la que sorprendiera a Jon como alumna en el Laboratory, había sido sorprendida por esperar demasiado. Él ya se había enterado de su secretillo.

—Te he escrito esta mañana. Creí que estabas malita. Pensé en llevarte a casa una pizza, que todo lo cura, pero como veo que estás muy bien, te has quedado sin ella.

—No he visto tu mensaje porque he estado muy ocupada —respondió en un intento por hacerse la guay—. Pero, de haber sabido que me traerías pizza si estaba malita, hubiera salido anoche al balcón recién duchada con el pelo mojado para tener fiebre y las amígdalas como dos pelotas de golf hoy.

El chico no pudo evitar reírse con el sarcasmo de Valentina. Ella le siguió a carcajadas. La risa de Jon era sincera y muy contagiosa.

—Con que te has enterado de mi secretillo —le provocó Vale.

—¿Cuánto tiempo pensabas que tardaría en descubrirlo? —dijo Jon mientras se sacaba del bolsillo el pin de caramelo del *blazer* de Valentina que se le había enganchado en la bandolera.

—No sé. No te hacía tan espabilado.

—Querías darme una sorpresa como la que te he dado yo a ti, ¿no?

—¿Qué? ¿La nota es tuya?

—Bueno, nota... Sí que tiene un significado, pero no sé si se le puede llamar nota.

—¿Cómo se te ocurre mandarme eso sin remitente? ¿Sabes cómo me he comido el coco? ¡Casi le confieso todo a mi padre! —Vale estaba histérica y no dejaba de caminar de un lado al otro del aula.

Jon empezó a reírse, pensando que Valentina estaba gastándole una broma. No entendía nada.

—Pero ¿de qué te ríes? —soltó seria.

—Creo que no estamos en la misma página. Quizá ni siquiera en el mismo libro —respondió Jon, forzándose a borrar la sonrisa para no ofender a la ofuscada Valentina.

—A ver, me acabas de decir que fuiste tú quien me envió al piso la nota diciendo que lo sabías todo.

—¿Qué? ¿Quién te ha enviado eso?

—¿Cómo que quién? Tú.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú.

—No yo. Quiero decir, ¡yo no! —exclamó Jon, ya empezando a ponerse nervioso por la extraña situación.

Agarró a Valentina de los hombros y con delicadeza le acarició los brazos, tratando de calmarla y que se quedara quieta. Luego, cuando la vio más serena, la invitó a sentarse en una de las banquetas de la clase.

—Tranquila. No tengo nada que ver con esa carta. ¿A quién le cabe en la cabeza hacer algo así? Yo venía con la mejor de las intenciones a ver si me invitabas a probar uno de los caramelos que te di.

Jon apoyó su mano sobre la de Vale. Ella, que no dejaba de mirarle a los ojos, sintió cómo sus mofletes se sonrojaban, a la vez que su corazón se aceleraba aún más, pero esta vez por un nerviosismo de emociones positivas.

—Los caramelos de café eran tuyos.

—También la tarjetita con el dibujo.

—¿Qué significa? —sonrió Valentina.

—¿Lo tienes a mano?

—En mi taquilla.

—Va, pues deja eso y vamos a buscarlo. Empiezo a conocerte y sé que no te quedas aquí porque te lo haya pedido el profesor, sino por orgullo y cabezonería —dijo Jon riéndose.

En la zona de las taquillas, ya con la tarjetita en la mano, Jon señaló uno de los lados de la carita sonriente que había dibujado; estaba dividida en dos.

—Mira, he dibujado este lado de la carita más oscuro porque has empezado a tomar grandes decisiones que marcan tu camino, como la de dejar esa carrera que no te pegaba y no te gustaba. De ahí que el sabor de los caramelos sea café, porque es bebida de gente adulta. Este otro lado significa que, a pesar de tener que dar pasos de madurez, sigues transmitiendo esa

inocencia y dulzura que te caracterizan y que me vuelven loco. Y por eso son caramelos, la comida preferida de los niños. Era mi manera de darte la enhorabuena por ser tan valiente y decirte que me encanta que seas así.

A Vale se le llenaron los ojos de lágrimas. Jon acababa de describir su percepción de ella de una manera muy similar a la que Jimena lo había hecho y, además, con una sensibilidad que la emocionó. Ni siquiera Marc le había dicho cosas tan bonitas en todo el tiempo que estuvieron juntos.

Era el momento, ambos lo sabían. Viéndolo en tercera persona, estando los dos frente a la taquilla de Valentina, daba la impresión de que eran los protagonistas de una serie estadounidense rodando una escena romántica. Pero no. Eran Valentina y Jon. Si un par de años antes, cuando ella se paraba a pensar en lo atractivo que era Jon mientras le veía desde la distancia encerrar su tabla de surf en la orilla o cuando él le servía sus tostadas con tomate en el D'Origen, alguien le hubiera dicho que un tiempo más adelante estarían ahí, justo en ese instante, los dos en Madrid, en una escuela de cocina, a punto de fundirse en el beso que llevaba semanas retrasándose y por el que claramente ambos se morían de ganas..., no se lo hubiera creído.

Ella pestañeó, haciendo desbordar una escurridiza gota de agua salada de todas las lágrimas que había acumulado en sus ojos. Jon sonrió con ternura, acariciándole la mejilla para llevársela. Su mano pasó de la cara a la nuca. El calor que desprendía su piel se transfirió al cuerpo de Vale de inmediato, invadiéndolo hasta los dedos de los pies. Cerró los ojos, preparada para sentir los labios de Jon sobre los suyos.

Un carraspeo provocado los interrumpió. La recepcionista venía a decirles que tenía que cerrar. Aprovechó para comentarle a Valentina que había confirmado con su compañero que no había sido la administración del Laboratory quien le había hecho llegar los caramelos de café.

—Un poco tarde, ¿no? —dijo Jon cuando la chica volvió a dejarlos solos.

Ambos sonrieron. De pronto, Vale salió de la burbuja en la que Jon y ella se estaban cobijando desde hacía rato.

—¿Ha dicho la hora de comer?

—Sí, son las tres de la tarde.

—¡Me tengo que ir a trabajar! Entro en una hora —dijo apresurada Vale mientras se quitaba la chaqueta de cocina y recogía todos sus bártulos de la taquilla.

—Espera. No has comido, ¿quieres probar el gazpacho de cereza y el *carpaccio* de salmón que he hecho hoy en clase?

Ahí estaban los dos improvisando un banquete, y nunca mejor dicho, porque estaban sentados en un banco en la calle, bebiendo algo tan sibarita como un gazpacho de cereza en un vaso de plástico y comiendo un *carpaccio* de salmón con guarnición de rúcula y aliño de ralladura de limón y ajo con las manos, directamente de un *tupper* de cartón desechable.

Vale no sabía si tenía más hambre o ganas de besarle. Le encantaba poder estar tan relajada con él. Quizá no era una cita, sino una improvisación, tan cutre como romántica. Sentía los capullos de seda por todos los rincones de su estómago, con las mariposas casi listas para romper la cáscara y echar a volar. Mientras entre sorbo y sorbo se limpiaba los restos de aquel gazpacho de tono morado, pasándose su propia lengua por el bigote, Vale le contó cosas sobre su nuevo trabajo y lo contenta que se sentía. Jon comentó que él estaba muy tranquilo. El A-más-a-mi llevaba un par de días cerrado y lo estaría un par más porque el dueño había decidido cambiar los suelos e instalar unos hornos de leña nuevos, que mantenían la temperatura constante más tiempo. Así que estaba teniendo las tardes libres. Una pena no haberlo sabido un día antes, cuando Valentina también había librado en el trabajo. Quizá entonces sí hubieran podido besarse sin interrupciones a su alrededor.

No les dio tiempo a mucho más que a desearse una bonita tarde y a Jon a bromear pidiéndole a Vale para la próxima algo a cambio de los manjares con los que la había deleitado.

—Te debo algo, sí —dijo Valentina guiñándole un ojo mientras se alejaba caminando.

Rafa procuraba dejar el móvil en un segundo plano cuando estaba con su padre. Entendía que ahora él era su mayor compañía y sabía lo frustrante que sería para Ramón ver cómo su hijo pasaba de él para contestar mensajes o mirar Instagram en los pocos ratos del día que pasaban juntos. Pese a sus intentos por ignorarlo, aquel día el móvil de Rafa no dejaba de vibrar insistentemente sobre la mesa del restaurante donde esperaban que les sirviesen una paella.

Eran wasaps de Marc proponiéndole quedar aquella noche para salir. Dudó en aceptar, pero Ramón, que le preguntó picarón con quién se wasapeaba pensando que su hijo hablaba con alguna chica, le insistió en que saliera a tomar algo. Desde que Vale se había ido de casa, su padre estaba mucho más permisivo con el pequeño de la familia, y Rafa, consciente de que ahora en casa ocupaba tanto su trono como el de su hermana, parecía haber adoptado el cargo con mucha madurez y responsabilidad.

—Vale, pero no volveré tarde. Estoy cansado y mañana nos vamos de senderismo, ¿no?

—Claro, sigue en pie. Pero por lo de esta noche no te preocupes, tienes llaves, así que regresa cuando quieras.

Rafa estaba completamente dispuesto a aprovechar que Marc quisiera quedar con él aquella noche para hablar sobre el tema de la carta. Era la primera vez que tendría que enfrentarse a discutir cara a cara un tema serio con alguien y por primera vez ser él, el hermano pequeño, quien defendiera a su hermana mayor, que estaba al margen de todo. Tenía pensado incluso ensayar durante la tarde las palabras justas para que Marc entendiera lo que había hecho, pero procurando que no llegara a enfadarse. Llevaba tantos años siendo su entrenador que sabía perfectamente lo irascible que solía volverse en cuanto las cosas se torcían un poco de como las había planeado

(especialmente en los partidos). Si Vale estaba con otro chico, era hora de aceptarlo y entender que fue él quien le dio el permiso de echar a volar.

Poco más tarde de haber vuelto de comer, mientras intentaba echarse una siesta, sonó su teléfono. Marc quería retrasar la hora de la quedada, de las 20.00 a las 22.30, porque les había propuesto a otros dos amigos suyos que se unieran al plan, pero terminaban tarde su entrenamiento en el pueblo de al lado.

—Así que lo de cenar lo dejamos para otro día. Hoy nos vamos de pesca.

—¿Y no podemos quedar antes tú y yo para cenar? Es que estoy cansado y...

—Cansado, ¿de qué? Si hoy empiezan las fiestas del pueblo. Aprovecha que es el único viernes que no tenemos que entrenar. Nada, quedamos después de cenar, así me arreglo en condiciones y salgo a comprar algo de alcohol para ti también.

Así de tajante, Marc colgó el teléfono, dejándole flipando y con la palabra en la boca. A pesar de lo que pensaran su padre y su hermana, Rafa realmente salía muy poco y, cuando lo hacía, solía preferir planes más tranquilos. Sin embargo, sabía que «ir de pesca» implicaba, en primer lugar, sentarse a hacer botellón con el alcohol que cada uno trajera durante, al menos, una hora en un parque o sitio apartado de la vista de la gente para ahorrarse el dinero de las copas. Al alcanzar el nivel deseado de borrachera (ese que parece hacerle a algunos más fácil las tareas de ligue), llegaría el momento de ir de rondas por los pubs en los que la música altísima haría imposible comunicarse para algo más que tontear con chicas mediante gestos y bailoteo a ritmo de reguetón. Un ambiente que no le atraía ni lo más mínimo y que, sin duda, haría imposible hablar sobre la dichosa nota en ningún momento de la noche. Desde que aquella tajante conversación con Melanie le abriera los ojos, el inocente de Rafa había empezado a entender que Marc no estaba quedando con él por lo bien que le caía, sino por el interés en volver a acercarse a Vale.

Sin embargo, sus acciones para intentar recuperarla dejaban bien claro que no era por amor, ni siquiera un auténtico arrepentimiento, sino una sed de reparar su orgullo. Había empezado con la nota, pero no sabía qué sería lo siguiente. Fuera quien fuera Marc y tuviera la edad que tuviera, Rafa se había propuesto no consentir que siguiera el camino de maltratar psicológicamente a su hermana.

Le escribió un wasap a Marc para medir el grado de interés real que tenía en quedar con él:

No creo que salga esta noche al final

La respuesta de Marc no tardó en llegar:

Bueno, pues nada. Ya nos vemos el lunes

16:47

A pesar de haberlo sospechado, darse de bruces con el poco (más bien nulo) interés real de Marc por quedar con él le dolió bastante. Ya había conseguido lo que quería de Rafa.

Dos horas más tarde, Rafa estaba plantado en la puerta de la casa de Marc. Nervioso, pero completamente decidido a soltarle todo lo que tenía en la cabeza. Respiró profundo y tocó al timbre. Atendió el telefonillo. Se escuchaba música alta y gente hablando. No le abrió. Le pidió que esperara mientras bajaba al portal. De haber sabido que se presentaría en su casa, seguramente Marc hubiera ignorado el timbre para hacerle creer que no estaba.

Abrió algo despeinado y con bastante tufo a humo, al que se le sumó el del alcohol en cuanto abrió la boca.

—¿Qué pasa, Rafa?

—¿Ya le has mandado ese o esos regalitos que me dijiste a mi hermana?
—soltó sarcástico.

—Eso es personal, Rafita —empezó a ponerse chulo Marc.

—No parecía ser tan personal cuando te interesaba que te diera su dirección. Cuéntame.

—¿Me estás vacilando?

—No, me has vacilado tú durante estos días. Me has hecho creer que estabas hundido por haber perdido a mi hermana. Has ido de coleguita para sacarme toda la información que podías y me has contado la milonga de que ibas a mandar le regalitos sorpresa a su piso en Madrid para intentar recuperarla, cuando en realidad le has mandado una carta anónima amenazándola porque te has enterado de que está saliendo con otro.

—Chaval, se está rifando una leche y te queda una sola papeleta que comprar para tenerlas todas...

—Con tal de alejar a mi hermana de ti, compro cincuenta papeletas más.



Rafa entreabrió los ojos y tuvo que cerrarlos inmediatamente por la cegadora luz blanca que le hizo consciente del gran dolor que tenía desde la nuca hasta los riñones. En su segundo intento por ubicarse, se dio cuenta de que uno de sus ojos apenas se entreabría. Se topó con la mirada quebradiza y preocupada de su padre, que le observaba desde arriba, pegado a la camilla sobre la que él estaba tumbado en una habitación de hospital. Vio cómo Ramón, impulsivamente, trataba de hablar, pero se contuvo. No era el momento de decir nada todavía.

—Lo siento, papá.

Ramón se llevó una mano a la boca y frunció los labios para contener el llanto. No entendía lo que había pasado. Siempre había considerado a Marc un buen chico, a pesar de los motivos que rompieran su relación con Valentina. Eran cosas que pasan.

La policía no pudo entrar en detalles con Ramón sobre lo ocurrido porque el único consciente, Marc, no había querido hablar. Solo le informaron de que, tras la detención, habían desalojado de la casa a un grupo de chicos que aseguraron no haber visto nada. Al parecer, Marc no presentaba ni un solo rasguño, pero en un test toxicológico había dado positivo en alcohol y marihuana. ¿La consecuencia de todo ese cúmulo de causas?: Rafa con el ojo derecho negro y hecho una pelota, brechas y moratones por la cara, los brazos, el estómago y las espinillas, y un fuerte golpe en la parte trasera de la cabeza, por haber caído mal sobre el canto de la acera, que le había dejado inconsciente en el acto.

Por la mente de Rafa, todavía aturdida pero activa, empezaron a brotar rápidamente mil excusas que improvisar para no tener que contarle la verdad a su padre. No quería meter a Valentina, aunque en realidad todo hubiera sido por defenderla. Trató de gesticular para volver a articular una frase, pero fue incapaz. Su cabeza funcionaba a la perfección, sin embargo, su sistema nervioso solo le había dado la posibilidad de pedir perdón a su padre para que pasara la noche algo menos preocupado. Después de eso dejó de reaccionar. No era capaz de moverse más que para pestañear, a pesar de los intentos de su cerebro por accionar los músculos. En un principio, se aterrorizó pensando en que quizá se había quedado tetraplético, en que nunca más podría jugar al fútbol, puede que ni siquiera caminar. El agobio y el miedo que invadieron su cuerpo aceleraron su respiración enormemente. Inmóvil en su posición, tumbado en la camilla, era capaz de ver más allá de su nariz. Su pecho se hinchaba y deshinchaba a una velocidad de vértigo. Su cuerpo estaba pidiendo a gritos un descanso. De reojo, vio cómo su padre salía corriendo

por la puerta de la habitación buscando ayuda. Poco después, volvió con un médico que gesticulaba exageradamente con la boca. Se dio cuenta de que tampoco era capaz de escuchar nada más que los latidos veloces y retumbantes de su corazón. Una mascarilla verde se acercó rápidamente a su boca y, antes de que pudiera sentir sobre su piel el roce del plástico con el que estaba hecha, se le cerraron los ojos.

Jon empezaba a estar muy seguro de lo que sentía por Vale. Había estado con muchas chicas, pero nunca habían sido relaciones largas. Era consciente de que su físico solía atraer fácilmente, pero jamás se había visualizado compartiendo años de su vida con nadie. Sin embargo, Valentina era diferente y sus sentimientos por ella también lo empezaban a ser. Basándose en la deformación profesional que tenía por la cocina, se imaginaba el cosquilleo que brotaba por su estómago cada vez que pensaba en ella o la veía no como las mariposas de las que todo el mundo solía hablar, sino como una sopa burbujeando, rompiendo a hervir.

El sábado por la mañana dudó en escribir a Vale, pero no quería agobiarla. Pensó en dejar que fuera ella quien le escribiera, aunque no lo hizo. Tenía muchísimas ganas de verla y encontrar, por fin, el momento y el lugar perfectos para poder besarla.

Los minutos del día pasaban y lo único en lo que podía centrarse era en ella, incluso teniendo delante el temario de fórmulas para hacer humo, cristalizaciones y esferas comestibles del que tenía examen el martes en el LCA.

Una llamada de su jefe, el dueño del A-más-a-mi, pinchó la burbuja con forma de corazón en la que se encontraba para devolverle, de nuevo, a la realidad. Le pedía que fuera al restaurante para que viera cómo habían quedado las reformas y enseñarle el funcionamiento de los nuevos hornos.

El cambio más obvio era el suelo; ahora de madera oscura, que daba una sensación más acogedora. Los hornos tenían un aspecto mucho más moderno, aunque mantenían su forma redonda y los bordes de ladrillo falso para que parecieran rústicos y antiguos. Sin embargo, su funcionamiento resultaba mucho más sencillo. Se le pasó por la cabeza decirle a su jefe que podía haberles dado las indicaciones por teléfono, sin hacerles ir hasta allí, pero no quería ganarse un despido tan fácilmente, así que se lo guardó para sí.

—Esta tarde vienen a limpiarlo todo y a dejarlo listo para reabrir el martes. Yo volveré el miércoles por la noche. Los turnos, los de siempre.

Tan solo le hizo falta escuchar a su jefe decir eso para que una bombilla en su cabeza se encendiera y el caldo de su estómago volviera a burbujear.

En cuanto llegó a casa, cogió el primer cuaderno que encontró y buscó una hoja en blanco tras los múltiples bocetos de presentaciones de platos que le gustaba diseñar primero sobre papel. Empezó listando lo que necesitaría. Dibujó la silueta de algo así como una empanada gigante, detallando hasta los ingredientes y cantidades de la receta, y escribió las frases que serían las pistas con las que pretendía llevar a Vale hasta el A-más-a-mi el lunes a mediodía. Necesitaba un compinche. No le costó encontrar a su amiga Melanie en Facebook. Le mandó un mensaje explicándole su plan y, minutos después, la rubia ya había entrado al trapo.



El fin de semana se había pasado volando. Recordó cómo los domingos por la tarde en su infancia solían ser algo tristes a partir de las 18.00 de la tarde, cuando empezaba a anochecer y en casa arrancaba el ritual de inicio de semana: sus padres repasaban las agendas de Rafa y Valentina para asegurarse de que habían cumplido con todos los deberes del cole; les ayudaban a meter los libros en sus mochilas, en base a las asignaturas que cada uno tuviera en su horario los lunes; sacaban punta a los lápices; se daban una ducha; y sacaban del armario el uniforme para tenerlo a mano al despertar.

Todo eso había cambiado. Quizá si hubiera seguido metida en la universidad, forzándose a estudiar Edificación, aquel domingo por la tarde habría sido igual de deprimente que los de hacía años. Pero era un domingo por la tarde feliz, porque al día siguiente continuaría sumando horas para, por fin, llegar a convertirse en repostera profesional. Además, seguramente vería a Jon por la escuela. Había reunido todas sus fuerzas para no resistir la tentación de ser ella la que diera el paso de mandarle un mensaje o llamarle durante el finde. Esperaba que lo hiciera él, pero tampoco había dado señales de vida.

Terminó de ducharse poco antes de la hora de cenar y llamó a su padre, a pesar de haber hablado con él el día anterior. Le había notado algo decaído y no quería que sintiera su lejanía más allá de los kilómetros que hacían físicamente imposible darle un abrazo cuando ambos lo necesitaban. Tras un

rato charlando de todo y de nada e improvisando anécdotas universitarias que contarle para seguir manteniendo su mentira oculta y a Ramón feliz, Valentina cambió el tema de conversación para preguntar por Rafa.

—Está bien... Está aquí conmigo. Te manda un beso —respondió tratando de no parecer demasiado titubeante.

—Dile que ya le vale. Le escribí el sábado para desearle suerte en el partido y no me ha contestado. ¿Cuándo lo jugaba este finde? ¿Ayer u hoy?

—Este finde no ha tenido partido...

—Ahhh, es verdad, que son fiestas. Veo fotos de todo el mundo en Facebook. Bueno, papi, te dejo que voy a ver si me hago una tortilla francesa deconstruida como esa que me hiciste tú el día que os di la clase de cocina a Rafa y a ti. Cuídate mucho. Te quiero. Cualquier cosa, aquí estoy.

—Te quiero.

Salió de su cuarto con la verdadera intención de alimentar a su rugiente tripa. Mientras batía los huevos, Mel se acercó a la barra que unía la cocina con el salón para abordarla sin escapatoria.

—¿Qué tal el fin de semana? Cuéntame. ¿Qué has hecho?

—Nada, tía. Por fin he estrenado la bañera preparándome un baño de espuma y poco más —comentó Vale sin mucho interés—. Ah, sí, esto te va a gustar. He hecho un bizcocho experimental.

—¿Experimental?

—Sí, de lavanda y mandarina con semillas de amapola, y glaseado de chocolate blanco.

—Sácalo. ¡Ya!

—Lo dulce después de lo salado, ¿no?

—Paso. Yo directamente al postre.

Mientras Melanie se cortaba el segundo trozo de bizcocho y Vale terminaba su ensalada y la tortilla de jamón y parmesano, la rubia se explayó contándole que había estado todo el día metida en la cama sin dar señales de vida por la borrachera que se había pillado la noche anterior en una fiesta de la Facultad de Medicina, donde había vuelto a coincidir con un chico con el que había tenido algo el año anterior. Típica conversación de Melanie a la que Vale estaba más que acostumbrada. Lo que Valentina no sabía era que su amiga estaba preparando el terreno para que mordiera el anzuelo del plan de Jon sin que se diera cuenta.

—Hace mucho que no comemos pizza. Podíamos ir al A-más-a-mi mañana cuando terminemos las clases. Si quieres nos vemos allí directamente

a las 14.00 —dijo Melanie cerrándolo todo bien para no darle cabida a un «no».

—Relax, amiga. Estás comiéndote un bizcocho y ya estás pensando en volver a comer. Creo que el A-más-a-mi está cerrado por obras, pero no sé hasta cuándo.

Melanie no esperaba esa respuesta. Jon no le había dicho que Vale estaba al tanto de que el A-más-a-mi no estaba abierto al público. A pesar de ser una bocachancla, Melanie podía ser bastante sutil cuando tramaba algo y tenía una gran capacidad de improvisación. Vale a veces pensaba que su amiga tendría que haber sido actriz.

—Si precisamente te lo digo por eso. Anoche pasé por delante y vi que reabrían el lunes.

—El lunes es el día de descanso —respondió Vale confundida.

—Eh, ya, pero debe ser la reinauguración —se inventó Melanie ya algo nerviosa.

—Bueno, vale, pues cuando salga de la escuela voy para allá. Acuérdate de que luego trabajo. No llegues tarde, porfi.

«Prueba superada», pensó Melanie aliviada por fin. Rápidamente escribió a Jon para contarle con exactitud (antes de que se le olvidaran) las excusas inventadas que le había tenido que poner para que aceptara la propuesta.

Valentina llevaba todo el finde pensando en Jon y aguantando las ganas de escribirle. No había sabido mucho de él, aparte de las historias que había subido a Instagram: una del dibujo de un plato, otra del plato hecho realidad y un breve vídeo del sábado por la noche tomando una cerveza con amigos en alguna terraza de la popular zona madrileña de Malasaña. Ella había preferido mantener su aburrido finde en el anonimato. Así evitaría que Jon perdiera el interés que parecía empezar a tener. Pero se moría de ganas de verle. Aquel fin de semana, mientras observaba cómo el bizcocho de lavanda que estaba preparando crecía en el horno, se dio cuenta de que era una bonita metáfora para describir lo que sentía por el surfero cocinero, un dulce pastel que con mimo y calor iba creciendo y cuajando en su interior. Un horno a tope de potencia lo hubiera quemado por fuera y hubiera dejado el centro crudo, para tirar directamente a la basura. Sin embargo, por alguna razón y muchas casualidades, todo estaba yendo más despacio de lo que esperaba, y quizá ese era el motivo negativo más positivo para darse cuenta de que Jon de verdad merecía la pena.

A pesar de que Valentina no tenía claro que fuera a coincidir con Jon aquel lunes en el Laboratory, pensó que, probablemente, sí se lo encontraría en el evento de reapertura del A-más-a-mi, aunque él estuviera trabajando. No quiso preguntarle, para pillarle por sorpresa. Así pues, antes de marcharse de casa por la mañana, se perfumó un poco más de lo habitual. Luego pensó que sería conveniente llevarse un bote de desodorante y el frasco de perfume de vainilla para poder darse un toque antes de ir a la pizzería. Lo necesitaría. De la escuela siempre salía apestando a galletas o a chocolate y los hornos la hacían sudar. Tenía que oler como aquella noche que se cruzaron a solas en las escaleras del A-más-a-mi, cuando Jon pasó la nariz por su cuello y mencionó lo bien que olía. Seguía poniéndole la piel de gallina.

Tal y como sospechaba, no se cruzó ni con Jon ni con ninguno de sus compañeros de clase. Sabía que ellos arrancaban la semana con asignaturas teóricas que se impartían en unas aulas ubicadas lejos de las de prácticas, en las que ella tenía clase casi todos los días. Las horas parecían no pasar. En un momento crucial, cuando debía estar totalmente concentrada en no salirse de las plantillas de la bandeja de horno con la manga pastelera llena de masa de profiteroles, se le fue la mirada por decimosexta vez hacia el reloj de la pared, haciendo que la boquilla se desbordara y toda la masa saliera despedida, cayendo en su mayoría sobre la manga de su chaqueta. Tras la correspondiente bronca del profesor, que para colmo era uno de los más exigentes de la escuela, se fue a cambiar y volvió para ayudar a otra compañera a preparar el relleno de nata. Así se libró de tener que estar cerca de los hornos, a riesgo de sudar antes de su reencuentro con Jon.

A las 13.30 los hornos del aula estaban ya apagados y todos los utensilios que habían usado en clase, metidos en el friegaplatos. Vale volvió a la taquilla para recoger sus cosas y se olisqueó disimuladamente las axilas para comprobar que todo estaba bajo control. Perfume de vainilla, un toque de brillo en los labios y camino al A-más-a-mi con el estómago, cómo no, empezando a rugir de hambre.

Casi llegando al local recibió un wasap de Melanie:

Tía, me han alargado una práctica y llego tarde. Ve pidiendo tú

13:47

No era la primera vez que la rubia le hacía algo así. Unas veces era extremadamente puntual y otras era capaz de hacer a la gente esperar durante horas. Antes de doblar la esquina de la calle del restaurante, Vale se frenó. Se

imaginó que, siendo la reapertura, estaría abarrotado de gente, quizá incluso habrían puesto mesas con canapés o bebidas gratis para que los clientes charlaran y le dieran la enhorabuena al dueño. Entrar sola en un ambiente así sería bastante incómodo. Decidió acercarse sigilosa hasta la entrada para comprobarlo.

Antes de llegar a la puerta, le sorprendió ver que la cristalera desde la que, normalmente, se podía ver el local por dentro se encontraba tapada con tiras de papel. Estaba claro que el restaurante todavía no había abierto. Con el móvil en la mano, a punto de llamar a Melanie para decirle que no se molestara en ir, se fijó en que, del manillar de la puerta, colgaba de una cuerda un rectángulo de cartón. En él se leía:

Valentina, esto no es una declaración cualquiera.

Vale se quedó blanca, se le abrieron los ojos como platos y, rápidamente, su cerebro ató cabos: el A-más-a-mi todavía no estaba abierto. Detrás de esa puerta solo podía estar Jon, y Mel estaba en el ajo.

Sin saber bien cómo actuar, ni qué pasos seguir, llamó a la puerta del local golpeando con los nudillos, pero estaba hecha de un metal tan grueso que era imposible que Jon pudiera escucharla desde dentro. Valentina dudó. No estaba acostumbrada a que nadie le diera sorpresas (y mucho menos de ese nivel) y no quería hacer nada que él no esperara por miedo a estropear lo que Jon hubiera preparado. Al final se decidió a entrar. Abrió la puerta con mucho cuidado por si tiraba algo que hubiera colocado detrás. Se veía que dentro faltaba luz, lo cual aguzó todavía más sus cinco sentidos. Empezaba a sonar *Lego House*, de Ed Sheeran. A medida que iba abriendo más la puerta, se percató también del intenso olor a masa de pizza que invadía todos los rincones. En otro momento, aquel olor además de agrardarle le hubiera profundizado el agujero de hambre en su estómago, pero la cantidad de sentimientos fundidos con los nervios le hacían estar demasiado emocionada como para pensar en nada más que en encontrar a Jon y comérselo a él a besos. La poca luz que había salía del suelo. Dos hileras de velitas dibujaban la silueta de un pasillo que Valentina empezó a seguir y que terminaba junto a una mesa sobre la que había un candelabro que iluminaba lo justo como para permitirle leer una segunda nota que Jon había dejado.

Me has demostrado que quien la sigue la consigue, así que
sigue la flecha.

P. D.: No te dejes el candelabro.

Al lado de la frase, una flecha dibujada apuntaba hacia la izquierda. Vale entendió que la siguiente pista era algo que había sobre un plato encima de la barra. Sigilosa se acercó. Una empanada de tamaño algo más pequeño de lo habitual estaba servida. Miró bien alrededor del plato e, incluso, en el suelo para encontrar la nota que suponía que tenía que acompañar a la pista, pero ni rastro. Pensando que su falta de agudeza mental se debía al hambre, le hincó el diente a la empanada. Esperaba toparse con un jugoso relleno de carne picada, espinacas o queso, pero las apariencias engañan y lo que se encontró no era más que la miga de un panecillo con tropezones de aceituna y algo un tanto más duro en el medio que no le permitió dar un bocado completo. Acercó el trozo del bollito salado que todavía tenía en la mano hacia la luz del candelabro que había apoyado sobre la encimera. Jon había metido un trocito de papel de horno hecho un rollito entre la miga. Con cuidado, lo sacó para leerlo.

Enséñame también que quien busca encuentra.
Quién mejor que tú para buscar con el olfato.

Al momento, un fantástico aroma a café invadió la nariz de Valentina. Jon sabía que solo ella era capaz de seguir el camino a través de un olor, sin tener que darle más indicaciones. Rápidamente, identificó que el aroma subía por las escaleras que bajaban hacia el almacén y la cocina. Ingenua, se preguntó cómo habría logrado Jon la magia de que empezase a oler a café justo cuando ella acababa de leer el papel. Además empezaba otra canción, *You're Gonna Live Forever in Me*, de John Mayer. No se daba cuenta de que aquella sincronizada coreografía de sensaciones era así de perfecta porque, por fin, ambos estaban simplemente dejándose llevar por su auténtico baile de sentimientos.

Bajó las escaleras despacio. Unas pequeñas velitas iluminaban cada peldaño. Seguía sin haber ni rastro de Jon, pero el aroma a café se hacía más notable a cada paso que daba, de camino hacia la cocina. Empujó la puerta y se adentró en aquella zona del restaurante que todavía no conocía. Allí estaba él, vestido como cualquier chica espera que lo haga el chico que le gusta en su primera cita: con una chaqueta de chef roja ajustada al cuerpo y unos vaqueros. Lucía esa sonrisa tan enamoradiza y un brillo especial en los ojos mientras observaba con curiosidad la cara de Vale al entrar y encontrarse con él. Sin muchas pretensiones, pues no había decoraciones especiales ni había transformado el lugar en algo distinto de lo que era, una cocina. La iluminación era difícil hacerla romántica: tubos de luz fría para ver y evitar

cortarse un dedo al cocinar. A pesar de todo, la magia era un ingrediente que ponían ellos.

Sobre una mesa de acero, había una chaqueta de chef blanca, una cafetera y un cuenco con montañita de azúcar.

—No sé qué decir —susurró Valentina emocionada.

—No tienes que decir nada. Bueno, algo sí, luego, para tener conversación, pero de momento me encantaría que te dejaras llevar. Gracias por venir.

—Gracias a ti por todo esto, aunque todavía no lo termine de entender.

Jon se acercó, la agarró de la mano y la dirigió hacia la encimera. Sin mediar más palabra, la ayudó a quitarse la chaqueta que traía de la calle y a ponerse la que había sobre la mesa.

—¿Vamos a cocinar? —preguntó inquieta.

Jon asintió con la cabeza y puso el dedo índice delicadamente sobre sus labios sin quitar esa sonrisa ni por un segundo. Ella entendió rápidamente el mensaje: no hacer preguntas, disfrutar el momento. Por una vez dejarse llevar sin pensar en cómo acabaría la historia.

Jon desapareció de su vista por un momento y volvió con una cazuela y un encendedor en la mano. Inevitablemente, ella ató cabos en su cabeza para descifrar la misteriosa creación culinaria en la que el chico estaba a punto de hacerla partícipe. Cogió de la mesa el cuenco de azúcar y la cafetera, que estaba llena. Se acercó a los fogones, donde Jon estaba ya encendiendo uno de los fuegos. En cuanto puso la cazuela a calentar, Valentina volcó el azúcar. Los dos, conscientes de que el caramelo se haría a fuego lento, se miraron fijamente, y aprovecharon para fundirse en el beso que llevaban semanas esperando que llegara. Tan fuerte se abrazaron para sentirse cerca que podían escuchar el latido de ambos corazones acelerados. El bizcocho de sentimientos que Jon cocinaba dentro del cuerpo de Vale subía a tal velocidad que su ternura empezaba a abrirse camino hacia todas y cada una de sus venas. Por fin eran uno.

Unos minutos después (que para ellos parecían haber sido tan solo segundos), el beso fue interrumpido por el burbujeo del azúcar deshaciéndose en el cazo. Jon utilizó una varilla para mover el fondo y evitar que se pegara. Agarró a Valentina de la cintura y la puso delante de él, frente al fogón, rodeándola con los brazos. Parecía que intentaba recrear aquella escena de la película *Ghost* en la que los protas, igual de abrazados que ellos en aquel momento, moldeaban una vasija de barro juntos. Le encantaba sentir el pecho de Jon sobre su espalda, bien pegado. Él empezó a verter cucharadas de café

sobre la cazuela mientras ella se apoderaba de la varilla y mezclaba todo sin parar para evitar que se quemara. Cuando Jon terminó de echar todo el café, Vale le agarró de la mano y la puso sobre la suya, la que estaba utilizando para remover. Acordaron sin hablar el ritmo de mezcla. Mientras, él movía su pulgar hacia arriba y hacia abajo, acariciando la piel de Valentina, que estaba todavía muy nerviosa. Llevaba muchísimo tiempo deseando poder sentir su tacto. Sin embargo, nunca se imaginó que sería tan especial.

Volvió a prestar atención a la música que sonaba de fondo cuando escuchó los primeros acordes de *En busca del mago*, de Love of Lesbian. Le encantaba esa canción y necesitaba desahogar ese nervio inquieto que sentía, así que empezó a tararear la estrofa dándose cuenta de que ahora sí había encontrado al mago que tanto buscaba. Mientras tanto, con mucha delicadeza, Jon le apartó el pelo de la nuca con la mano que le quedaba libre y empezó a darle pequeños besitos. Un escalofrío recorrió su cuerpo de arriba abajo y la dejó callada. Sabía que no podía, porque el caramelo ya estaba espesando y de un momento a otro se podría quemar, pero se moría de ganas por girar la cabeza y volver a fundirse en un beso con él, incluso más pegados todavía, aunque dudaba que fusionar más sus cuerpos fuera físicamente posible.

—Para... —susurró Vale mientras retorcía el cuello, como queriendo zafarse de los labios de Jon sobre su nuca—. ¡Que te quiero besar y no puedo!

—¿Por qué no puedes? —preguntó él divertido.

Siguió dándole besos en el cuello, cada vez más rápidos y por distintos rincones.

—Porque te tengo que demostrar que soy mejor repostera que tú, que para algo estudio lo dulce. Pero, si sigues así, me voy a tener que girar y se me van a quemar los caramelos de café.

Entonces Jon se entrometió entre Valentina y los fogones, quedándose frente a ella y robándole el necesariamente breve segundo beso de la noche. Vale pensó que era como un entrante que se sirve tras el aperitivo, pero que sin duda ese no sería el beso principal de aquel menú especial en el A-más-a-mi.

Jon acercó un molde de silicona con pequeños huecos redondos. Se notaba que no quería eclipsar las dotes culinarias de Vale, pero, sabiendo que no era la primera vez que preparaba los caramelos de café, le indicó el momento perfecto para verter el líquido sobre los orificios. Cuando se trataba de cocinar, a Valentina no le temblaba el pulso ni un poquito, por muy nerviosa o emocionada que estuviera. Llenó los huecos con mucha habilidad rápidamente. A Jon le faltó tiempo para arrancarle de la mano la cazuela y

meterla en el lavavajillas. Enérgico y muerto de ganas por besarla de nuevo, tardó segundos en volver donde estaba. Vale no tuvo tiempo de tan siquiera reaccionar. Él apoyó una de las manos sobre su mejilla y la otra en su cintura, transformando de inmediato toda la prisa y la energía en la delicadeza de una pluma. Vale respondió enredando los dedos entre su suave melena surfera, acercándose lentamente en busca de su boca. De nuevo, eran uno. Valentina se puso de puntillas para que él no tuviera que agacharse al besarla. Jon sonrió. Tratando de no desengancharse de su boca, la agarró en brazos y caminó hacia la encimera de acero más grande de la cocina, sobre la que la sentó, quedando bastante más alta que él. Sin saber exactamente por qué, empezaron a reírse. Quizá por todo y por nada. Por los nervios, por los sentimientos, por la alegría. Largo rato estuvieron dándose todos esos besos que se debían. Antes de que sus labios se deshicieran por completo, siguieron pagándose la deuda de amor con besos de esquimal, chocando sus narices suavemente y mirándose a los ojos sin apenas querer pestañear para no perder ni un segundo de tiempo más.

—Estaría todo el día besándote —susurró Vale.

—Y yo estaría todo el día mirándote —sonrió Jon.

—Y yo estaría mirándote entre beso y beso —se defendió ella.

—Y yo estaría besándote entre mirada y mirada —concluyó él.

Valentina apoyó la cabeza sobre el pecho de Jon y se concentró en escuchar los latidos de su corazón mientras él la abrazaba y le acariciaba la espalda.

—Te late fuerte.

—Como lo que siento por ti.

Vale no pudo evitar soltar una lágrima de extrema felicidad. Era una sensación muy extraña. Nunca antes había sentido una alegría tan inmensa y sincera como para hacer brotar el lloro de sus ojos sin quererlo.

—Tanto tiempo viéndote de lejos sin imaginarme la cantidad de casualidades que nos iban a traer hasta aquí —confesó ella.

—En descuidos creamos universos.

—Oye, no te las des de poeta, que eso es la letra de una canción de *Love of Lesbian*.

Ambos se rieron a carcajadas. Si hubieran podido, habrían seguido fundiéndose el uno con el otro hasta deshacerse como el queso sobre una pizza. Pero no les quedaba tiempo. Con todos los ventanales del A-más-a-mi tapados y la planta baja sin una sola rendija de luz, las horas habían volado. Valentina tenía media hora y ningunas ganas de presentarse en el trabajo.

Ya en la calle, el último besito de despedida desencadenó una secuencia de mil piquitos, miradas y sonrisas que no querían encontrar el fin, hasta que una señora que paseaba con su perro halló la manera de hacerlos sentir incómodos, mirándolos como si estuvieran cometiendo el delito de quererse.

A pesar de que el A-más-a-mi estuviera en obras, con papeles en los cristales y algún que otro cartón todavía por el suelo, Vale nunca lo había visto tan bonito como aquel 25 de octubre.

Caminando hacia el trabajo, iba flotando, cogiendo altura como un avión despegando. Hubiera dado algo por no haber tenido que irse. Recreaba en su cabeza lo que acababa de vivir y la nube de algodón de azúcar sobre la que estaba subida se iba haciendo cada vez más grande y más dulce, pero era un dulzor de esos que no empalaga, como la Nutella. No podía creerse la cita tan bonita que Jon le había preparado. Por el tiempo invertido. Por los caramelos. Por el significado. Por todo.

Tan radiante y feliz la vieron sus compañeros en la recepción del Clever Stay aquella tarde que dos de ellos le preguntaron a qué se debía aquel desbordamiento de energía y esa imborrable sonrisa. Durante cuarenta y cinco minutos atendió unas cuantas llamadas de teléfono en la recepción mientras contabilizaba los ingresos de la semana y sacaba las previsiones de reservas para los siguientes días. Después invirtió media hora en sacar adelante una tarea del departamento de calidad: chequear la lista de las entradas previstas aquella tarde para subir a comprobar que las habitaciones estuvieran limpias y listas para ser entregadas a los huéspedes.

Tras el cambio de turno a las 18.00, Vale se quedaba hasta su hora de salida solamente acompañada por su compañera Sofía. El poco movimiento de aquella tarde en el hotel le permitió seguir alimentando su nube de azúcar ilusionándose por aquella receta tan bonita que todavía no tenía un nombre concreto, pero que claramente estaba empezando a cocinarse entre ella y Jon.

Llevaba un rato dudando si escribirle un wasap dándole las gracias por la sorpresa, pero tantas veces le había repetido Melanie la lección sobre distanciarse un poco de los chicos para aumentar su interés que quiso parecer ocupada para ver si era él quien daba el paso de escribir primero. Necesitaba algo de entretenimiento en el trabajo para no acabar sucumbiendo a la tentación. La parada de un taxi en la puerta del hotel levantó a ambas chicas

de la parte trasera de recepción, donde solían aprovechar los ratos muertos para trastear con sus móviles.

—Tranqui, voy yo —dijo Vale apresurándose por llegar al mostrador antes que su compañera.

Un hombre con el pelo corto, moreno y alto entraba al hotel arrastrando una maleta negra pequeña. Vestía con camisa y pantalón de traje. Tenía la cara perfectamente afeitada y estaba claro que hacía bastante deporte, porque sus bíceps se marcaban a través de la ropa. Tendría unos cincuenta años, pero era bastante atractivo a pesar de su edad. Por alguna razón, su aspecto le resultaba muy familiar.

—Buenas tardes, ¡bienvenido! —le dijo enérgica.

—Hola, gracias. Tenía una reserva para esta noche.

—Estupendo. ¿Me dice su nombre, por favor?

—Alberto Rodríguez.

Vale buscó en el ordenador.

—Para dos personas, ¿verdad?

—Sí, mi pareja llegará más tarde.

—Muy bien, sin problema. Necesito su DNI o pasaporte, por favor.

El hombre le entregó el DNI y Valentina entró a la parte trasera para hacerle una fotocopia y registrar sus datos en el sistema. Mientras veía en la pantalla del escáner cómo se reproducía el calco exacto del documento original del tal Alberto, cayó: estaba ante la nueva pareja de su madre.

Nunca antes había coincidido con él en persona, pero sí le había visto muchas veces en las imágenes de las reuniones corporativas de la cadena hotelera de Ramón e, incluso, en entrevistas, aunque después de que sus padres se divorciaran se prometió a sí misma no rebuscar ni tratar de averiguar nada más sobre él.

Algo aturdida, se dijo a sí misma que tenía que salir del trance, pues al fin y al cabo era un cliente. Pero entonces le vino a la mente que le había dicho que su pareja iba a llegar más tarde, lo que significaba (si las cosas no habían dado un giro de 180 grados en medio año) que su madre aparecería por allí de un momento a otro. ¿Cuánto más tarde? Tenía que salir de ahí como fuera. Ramón y Manuela no se hablaban, pero, si su madre se enteraba de que estaba trabajando en un hotel (para colmo, en una empresa de la competencia), obviamente pondría al tanto a Ramón de inmediato y su aventura por Madrid llegaría a su fin mucho antes de lo previsto.

Nerviosa y notablemente pálida, terminó de atender a Alberto y le dio las dos tarjetas de acceso a su habitación. Hubiera querido tener la agilidad para

preguntarle a qué hora preveía que llegara su acompañante para asegurarse de no coincidir con ella, pero estaba segura de que no iba a ser capaz de lanzar la pregunta de una manera disimulada. Y, en el fondo, sí le apetecía poder darle un abrazo a su madre, a pesar de los pesares.

En cuestión de unas pocas horas, había pasado de la más radiante de las energías a un ceño preocupado, un inconsciente temblequeo de piernas y un mordisqueo de uñas incontrolado, lo que alertó a su compañera Sofía, que le preguntó si estaba bien. Valentina no tardó en contarle de manera muy resumida su historia, el motivo por el que estaba trabajando allí y que era cuestión de minutos que su madre entrara por la puerta del hotel. Comprensiva, la muchacha accedió a ser ella quien recibiera a Manuela al llegar para evitar que descubriera el secreto de Valentina.

Quince minutos antes de que el reloj marcara las 20.00 y Vale firmara su fin de jornada, Manuela activaba los sensores que abrían la puerta del hotel. Sofía salió rápida para atenderla, dándole antes un apretón en las manos a Vale en señal de fuerza y tranquilidad.

Desde el *back office* Valentina escuchaba la dulce voz de su madre hablando con la recepcionista. De pronto, el teléfono de Manuela empezó a sonar. Su tono de llamada seguía siendo el que Vale recordaba.

—Ay, discúlpame —oyó a su madre decir.

—Sin problema, responda, por favor...

—Uy, qué raro —dijo Manuela justo antes de atender la llamada.

—Hola, Ramón. ¿Qué tal estás?

Valentina se quedó completamente paralizada. Su padre estaba llamando a su madre. No entendía nada. En su cabeza había tal barullo que parecía que hubieran emulsionado huevos con aceite y sal hasta obtener una mayonesa. Quería entender lo que pasaba, pero la interminable lista de preguntas que le vinieron a la mente no le dejaban escuchar. Además, debía descifrarlo todo solamente a través de lo que le escuchara decir a Manuela.

—¿Cómo que con la condición de que no llame a Valentina? ¡Dime ahora mismo qué está pasando! —respondió a la defensiva.

...

—¿¡Qué!? —exclamó en tono de extrema preocupación.

...

—¿¡Pero cómo está!? ¿Está bien?

...

—¿En qué hospital?

Manuela empezó a sollozar y su voz se perdió en la lejanía. Valentina dedujo que había salido a terminar la conversación a la puerta del hotel para evitar armar un escándalo ante la recepcionista. Desesperada y al borde del llanto por la impotencia de saber que algo malo estaba pasando, pero no qué, salió al mostrador sin pensar en las consecuencias de que su madre la viera allí. Sofía la miró en silencio, con cara de lamento, mientras le agarraba con fuerza la mano.

Desde la puerta veía a su madre en *mute*. Vocalizaba entre llantos, gesticulaba con las manos, caminaba de un lado a otro. Podía imaginarse a su padre haciendo lo mismo al otro lado del teléfono, a quinientos kilómetros de distancia. El nudo en el estómago le subió hasta la garganta al verla así. Le costaba respirar y las náuseas se apoderaron de ella. Aunque no lo quisiera reconocer, sabía que, si su madre estaba allí presente y era con su padre con quien hablaba, el motivo de aquellos tremendos lamentos solo podía ser su hermano Rafa. Estaba deseando que la conversación terminara para preguntarle sin tapujos a su madre qué había pasado.

Cuando Manuela colgó el teléfono, se secó las lágrimas con la manga del jersey, intentando recomponerse antes de volver a entrar. A Valentina le volvió a entrar el miedo. No quería tener que afrontar una noticia trágica y tampoco quería tener que darle explicaciones sobre por qué estaba allí uniformada.

La cara de Manuela se transformó al ver a su hija. Pasó de estar hundida y abatida a perpleja y desconcertada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confundida.

—Creo que las dos tenemos cosas que contarnos, mamá...

—A tu hermano le han pegado y está ingresado... —Manuela se desahogó en llanto.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién? ¿Cuándo? —respondió mientras, corriendo, salía del mostrador en busca de los brazos de su madre.

—No, no debería estar contándote esto, Valentina...

Se fundieron en un abrazo eterno, de esos que llevan tanto tiempo acumulando distancia, tiempo y cosas que contar, que, cuando se dan, hablan por sí solos.

—Mamá..., no me lo puedes ocultar. Igual que yo no te puedo ocultar que llevo trabajando aquí un mes porque he dejado la universidad y por las mañanas estoy estudiando repostería. No quería decepcionaros, te juro que no. —Vale volvió a quebrarse desconsoladamente sobre el pecho de su madre—. Por favor, no se lo cuentes a papá, bastante ha tenido ya...

—Cariño, ha sido Marc quien ha pegado a tu hermano.

Se despegó del abrazo a cámara lenta, procesando cada una de las letras que componían el nombre de Marc e, incrédula, miró a su madre.

—¿¡Qué!?

—No te sé explicar por qué. Yo tampoco lo entiendo.

—Pero ¿cómo está? ¿Se va a recuperar?

—Tu padre está en estado de *shock* y yo demasiado nerviosa. Solo le preocupaba que tú estuvieras al margen.

—¿De verdad pretendíais ocultármelo? ¿Por qué?

—Para no distraerte de tu vida aquí, de tus estudios...

—¿De mis estudios? ¿De mi vida aquí? Mi vida es aquí y es en casa. Y eres tú, aunque no estés. No sé cómo explicaros que lo mío nunca ha sido la Edificación. Estaba amargada pensando en tener que ir a la universidad al día siguiente de haber empezado, mamá. Y ahora esto... ¿Por qué se me viene todo encima?

—Tranquila, mi vida. Va a salir todo bien. Por favor, no le digas a tu padre que lo sabes, ni que me has visto aquí.

—¿Prometes contármelo todo tú?

—Pues claro. Me voy a Atocha a por el primer tren, e iré hablando con tu padre.

Desgraciadamente, no creyó en su palabra. La confianza que un día hubo entre Valentina y su madre se esfumó a la misma velocidad a la que Manuela había dado el portazo en casa: de un día para otro. Hacía muchos meses que ni siquiera sabía nada de ella y era obvio que el trato entre ambas no era, ni por asomo, parecido a lo que fue. Quizá se debía al resquemor que Valentina conservaba en lo más profundo o, a lo mejor, a la vergüenza que Manuela había ido incubando cuando la distancia y el tiempo enfriaron la fea decisión de haberse largado sin dar más explicaciones. Ni siquiera se había parado a preguntarle a su hija por su decisión de dejar la universidad. Era posible que para darle a entender que no pasaba nada, que no estaba enfadada o porque, teniendo a Rafa en el hospital, las aventuras de Valentina en Madrid eran algo muy secundario. En cualquier caso, acababa de sentirse como el aceite escurriéndose al intentar abrazar el agua. Necesitaba estar sola y su hora de fin de jornada había pasado hacía ya más de quince minutos. Se despidió de su madre con cariño, como las parejas que viven a distancia, que nunca saben cuándo se dará el próximo reencuentro. Inevitablemente, pensaba en ella todos los días y, le gustara o no, nunca en la vida iba a dejar de ser su madre.

Cogió su móvil antes de marcharse, con la intención de hacer la única llamada que tenía claro debía hacer. El esperado wasap de Jon ya había llegado. Aunque quizá no era el momento más oportuno para responderle, leerlo le dio una sensación de alivio:

El café existe porque quien lo descubrió no conocía el
sabor y la energía que tienen tus labios

19:53

Se marchó a casa acompañada por el atardecer madrileño en su máximo esplendor y con el paquete de pañuelos y el depósito de lágrimas ambos vacíos.

Tuvo la suerte de que Melanie estaba en la ducha cuando llegó al piso. Se metió directa en su habitación, sin ganas ni de cenar, algo preocupante en ella. No le apetecía hablar con nadie, ni siquiera con Jon. Se preguntaba cómo podía un día dar tanto de sí para pasar de la más extrema felicidad a la profunda angustia. Como era de esperar, al no recibir respuesta, los wasaps de Jon empezaron a llegar con más frecuencia.

Me ha encantado besarte por fin

21:07

Qué tal tu tarde?

21:23

Estás bien?

21:45

Aunque le sacaban un esbozo de sonrisa, no siguió leyéndolos. En su lugar, silenció el móvil y se centró en buscar en internet la manera de viajar a Alicante al día siguiente. Evidentemente no podía pedirle a su padre que fuera a buscarla al aeropuerto o a la estación, pues sabía perfectamente que le diría que no hacía falta que fuera. Tenía que aparecer por allí sin pedir permiso ni dar explicación. Encontró un billete de avión desorbitadamente caro, y el autobús, a pesar de ser la opción más económica, era también la más lenta, así que optó por el tren. Ya con el billete comprado para marcharse al día siguiente, se dio cuenta de que seguía sin tener quien pudiera recogerla en la estación para acercarla al hospital, que estaba a treinta kilómetros. Entonces cayó: su madre.

Desbloqueó el teléfono casi a las once de la noche sin tan siquiera fijarse en la larga lista de notificaciones pendientes y, sin más rodeos, la llamó.

—¿Sabes algo nuevo de Rafa? —preguntó primero.

—Parece que está mejor, tranquila, cariño. Yo todavía voy de camino.

—¿Me puedes recoger en la estación de tren mañana a las tres de la tarde?

—¿En Alicante?

—Sí.

—Por supuesto —respondió Manuela tras una pausa—. A tu hermano le va a encantar tenerte cerca. Te adora, ¿sabes?

—Y yo a él —respondió mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas—. No le digas a papá que voy.

—No lo haré. Descansa, mi niña. Mañana te veo.

—Igualmente, mamá.

No quiso ni intentar acostarse, sabía que no iba a dormir. Su cabeza era un torbellino imparable dando vueltas. Cogió su maleta de mano y la empezó a llenar con ropa para no sabía cuántos días. No tenía billete de vuelta. Quizá no volvería nunca.



Tenía el móvil programado para que todas las noches, a partir de medianoche, se activara el modo nocturno, en el que las notificaciones ni siquiera iluminan la pantalla y las llamadas se cuelgan automáticamente. Esto último despertó (más si cabía) la preocupación de Jon, que llevaba toda la tarde enviándole wasaps a Vale sin recibir nada de vuelta. Decidió llamarla pasadas ya las doce para escuchar su voz antes de irse a dormir, y se topó con la locución grabada de la telefonista informándole de que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Se le pasaron varias cosas por la cabeza, entre ellas que todo lo que había organizado aquella mañana pudiera haber agobiado a Valentina, a pesar de haberse ido del A-más-a-mi aparentemente feliz, o que pudiera haberle pasado algo malo. Recurrió a una opción que sabía era fácil y accesible: Melanie.

La rubia se extrañó al recibir la llamada de Jon. Era cierto que no había visto a Valentina volver al piso, pero daba por hecho que su cita romántica se habría alargado hasta la noche.

—No, Jon. No la he visto volver. ¿No está contigo?

—¿Te estaría llamando a ti si estuviera conmigo?

—Yo qué sé. Yo llevo desde las siete aquí y no ha venido.

—¿Estás segura?

De pronto, empezó a escuchar el ruido de cajones abriéndose y cerrándose desde la habitación de su amiga.

—Espera. Ahora te llamo.

Melanie colgó y se plantó en la puerta del cuarto de Valentina.

—Vale, ¿qué haces con los cajones? Es la 1.00.

—Déjame, Mel.

Ante la respuesta apenada de Valentina, la rubia no dudó en empujar el picaporte y abrirse paso al cuarto sin pedir permiso. Se encontró con la mirada hundida de su amiga, que estaba arrodillada en el suelo ante su maleta, con una montaña de ropa a su alrededor.

—¿Dónde vas?

—A casa. —Valentina se echó a llorar.

—Pero ¿qué dices? ¿A Alicante? ¿Qué te pasa? —La rubia se sentó en el suelo para abrazarla.

—Mel, Marc le ha dado una paliza a mi hermano y está ingresado en el hospital —balbuceó entre el llanto.

Los ojos de Melanie se abrieron como platos y su gesto se petrificó. Su piel se heló y cambió a un tono de palidez amoratada. Estaban fuertemente abrazadas, algo que ayudó a que Valentina no se diera cuenta del radical cambio de semblante de su amiga.

Tras unos segundos de quietud, en un silencio de palabras únicamente ambientado por la respiración entrecortada de los llantos de Valentina, a Mel le pasó como con los bostezos; a pesar de que parecía que todo siempre le resbalaba y que conseguir que llorara era algo tan poco usual y fugaz como un eclipse, aquella noche ya todo le había sobrepasado. Las lágrimas en sus ojos se abrieron paso como al levantar la puerta de una presa de agua que llevaba muchos años llenándose. Se derrumbó.

Todavía en el abrazo, nada más notar sobre sus hombros el evidente tembleque del lloro de Melanie, Valentina frenó el suyo en seco y se despegó incrédula para asegurarse con sus propios ojos de que el oído no la estaba engañando. Melanie estaba llorando. La rubia se llevó las manos a la cara desconsolada, parecía estar ahogándose en sus propias lágrimas y sollozos. En un momento, habían intercambiado los papeles.

—¿Qué te pasa, Mel?

La australiana no contestaba.

—Melanie, cuéntamelo. Tú nunca lloras.

No tenía escapatoria. Mel se tomó un minuto para reestructurar en su cabeza cómo contarle toda aquella bola de nieve que se había ido llevando por delante todo lo que encontraba a su paso. Era incapaz de mirar a Valentina a los ojos.

—Yo siempre he tenido a Marc en la cabeza. Siempre. Pero él pasaba de mí. Yo sabía perfectamente que todavía estaba enamorado de ti y eso me quemaba por dentro. Empecé a hablar con tu hermano para hacerle saber que tú estabas radiante y feliz conociendo a alguien, porque estaba segura de que a Rafa se le escaparía, Marc se enteraría y terminaría pasando página igual que has hecho tú. Pero entonces...

Mel volvió a entrar en llanto ahogado. Vale estaba muy atenta, impaciente.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces llegó la nota y yo no entendía nada. Llamé a Rafa pensando que la había mandado él para convencerte de que volvieras a casa a estar con él y con tu padre. Me cabré mucho con tu hermano, pero resulta que había sido Marc. Engañó a tu hermano, le sacó la dirección de nuestro piso para mandarte, supuestamente, un regalo, que terminó siendo la maldita nota. Para colmo, tú creíste que el autor de la nota lo sabía todo: que habías dejado la uni, que estabas en el Laboratory y trabajando. Pero no, solo era porque se había enterado de lo de Jon... Ha sido mi culpa, pero ya no sé más. Te juro que no sé qué más ha podido pasar.

Melanie volvió a derrumbarse de nuevo. Valentina se mantuvo fría como un bloque de hielo. Inmóvil y con la mirada perdida.

—Sal de mi habitación —dijo con rabia contenida.

La rubia no tuvo que pedir que se lo repitiera. Se levantó rápido y se encerró en su cuarto. Debía ser consecuente con la erupción de ese volcán que llevaba preparándose los últimos meses. Hubiera preferido que Valentina le chillase e, incluso, soltado algún insulto, pero no. Ese no era el estilo de la que hasta aquel momento había sido su mejor amiga. Melanie respiró profundo y, tal y como había prometido, le devolvió la llamada a Jon para contarle lo que había pasado.

Mientras tanto, Vale, ya sin fuerzas ni para llorar, terminó de llenar su maleta, cogió el cargador del móvil y salió a la calle por fin sabiendo a dónde quería dirigirse. Las noches frías del otoño madrileño la volvieron a encerrar en el portal del edificio para hacer una llamada. Se fue directamente a la letra jota en su lista de contactos y llamó a Jimena. Le dio igual que fueran casi las 2.00. Ella misma fue quien le dijo que, a veces, más valía pedir perdón que

pedir permiso. La mujer se apresuró en atender. Una llamada a esas horas de la noche debía tener un motivo de peso. No dudó en darle su dirección, que por suerte no quedaba lejos, para que pasara la noche en su casa.

—Vení acá, mi cielo —susurró Jimena nada más abrir la puerta del piso mientras tiraba del brazo de Valentina para poder abrazarla—. Contame, ¿qué te pasó?

En los diez minutos que había tardado en llegar, a Jimena le había dado tiempo de preparar un mate, una tila y de servir un par de porciones de un bizcocho de almendra y naranja que todavía desprendía humillo. Aquella mujer era un no parar. Siempre fresca y radiante. Ponía amor en todo lo que hacía. La admiraba.

—¿Has preparado ese bizcocho ahora mismo?

—Bueno, hace un ratito. Son cosas que preparo la noche anterior para la cafetería, así no me cargo de trabajo.

—Vaya, qué buena pinta —comentó Vale queriendo parecer algo más animada.

—Lo que tenés que sentir es cómo el azúcar moreno de este pedacito de tarta te devuelve la sonrisa.

Vale se desahogó como hacía tiempo no había podido hacer con nadie. Ya no le quedaban lágrimas, así que se hizo entender bastante bien sin dejarse interrumpir por ningún llanto. Jimena le inspiraba una confianza inexplicable. La mujer la calmó y apoyó su idea de viajar a casa para ver a su hermano. Insistió en que la decisión de contarle todo a Ramón era la más acertada. Más sabiendo que mañana mismo le tendría frente a frente para poder sincerarse.

—Llega un momento en la vida de las águilas en el que se retiran durante un tiempo para regenerarse, cambiar. Es algo así como lo que te pasó a vos al venirte a Madrid. Has descubierto olores, sabores, texturas, vida. La que vos querés vivir. Ahora tenés que volver para hacerle saber a todo el mundo cómo sos de verdad. Cualquier pájaro es más bonito fuera de la jaula. Y estoy segura de que tu padre así lo piensa también.

—Gracias, Jimena. De verdad. Me inspiras mucha fuerza.

—La tenés siempre en vos.

Valentina se fue a dormir. Jimena le había preparado la adorable habitación de invitados. Mientras se arropaba y se acurrucaba como un bebé dentro del esponjoso edredón, la mujer fue a por un vaso de agua. Antes de apagar la luz y marcharse a su cama, se comprometió a llevarla a la estación de Atocha para coger el tren al día siguiente.

Había pasado mala noche y su cansancio pudo con ella en el tren. Pasó las dos horas y media dormida sobre el ventanal, con las piernas algo extendidas hacia el asiento de su derecha que, por suerte, iba vacío.

El octubre de Madrid no tiene nada que ver con el de Alicante. Nada más bajar del tren, hacia las doce del mediodía, Valentina se topó con una bofetada de humedad que la obligó a quitarse el jersey que llevaba y quedarse en manga corta. Sin duda algo que echaba de menos era la temperatura tan agradable de su tierra.

Por suerte, no hubo pérdida; Manuela la estaba esperando con una evidente cara de angustia bajo las escaleras de la estación. Valentina tenía el móvil sin batería y no había tenido interés en cargarlo.

—Hola, cielo. Vamos, que tengo el coche mal aparcado.

La besó en la frente con cariño. Había pasado de no ver a su madre en meses a verla dos días seguidos en dos ciudades distintas. Ojalá el motivo hubiera sido bueno.

Cargaron la maleta en el coche y sacó el cable de su móvil para enchufarlo en el USB. El comienzo del trayecto estaba siendo bastante tenso. Vale se limitaba a mirar por la ventana. Sabía que con cada kilómetro que recorrían quedaban menos minutos para tener que enfrentarse a la realidad: cómo estaría Rafa, qué era lo que había pasado y confesarles a sus padres todo lo que había cambiado en ella aquellos dos últimos meses.

Como su hija no se lanzaba a preguntar por su hermano, Manuela forzó el tema:

—¿Tú sabes lo que ha podido pasar?

—No, mamá. Hace meses que no hablo con Marc —respondió algo alterada.

—Vale, tranquila, era solo por saber.

Continuaron el resto del trayecto en silencio. Cuando el móvil de Valentina revivió, comenzaron a llegarle infinidad de notificaciones de llamadas perdidas y wasaps de Ramón, Melanie y de Jon.

Ni siquiera había tenido ganas de sacar un momento para contarle a Jon lo que había pasado. Cada vez que había pensado en él desde su inolvidable cita en el A-más-a-mi era inevitable que su mente no pulsara el *play* y reprodujera en su cabeza los recuerdos de aquel primer beso, acompañados de un serpenteo en el estómago que le ponía los pelos de punta. Hasta su nariz se transportaba al olor a café que los caramelos desprendían al cocinarse entre sus besos. Se acordó de que allí dejaron los moldes, esperando a que los dulces se solidificaran. Ahora se preguntaba si podría volver a Madrid a tiempo para desmoldarlos. Quizá tardaría meses o quizá ni lo haría. No le cabía duda de que Jon sabría entenderla y le ofrecería todo su apoyo, pero todavía era incapaz de explicarle todo sin que se le quebrantara la voz. Le daba demasiada rabia tener que contarle de quién fue la culpa, no remontarse en el tiempo para que entendiera la relación entre Rafa, Marc y ella, aunque sabía que era cuestión de tiempo tener que hacerlo. Se lo debía.

Necesitaba darle a Jon un abrazo de esos que hablan a través de la piel. De los que se miden por la fuerza, sin necesidad de mediar palabra. Necesitaba el abrazo que le dijera que todo iba a salir bien.

Aparcaron en el hospital sobre las 13.00 y Valentina tomó aire con fuerza.

—¿Ya le has dicho a papá que he venido?

—No, no sabe nada.

El horario de la UVI era limitado y no permitía visitas de nuevo hasta las cinco de la tarde, así que, sin perder más tiempo, Manuela llamó a su exmarido para averiguar si estaba en la cafetería, sin todavía comentarle de quién iba acompañada.

Ramón estaba sentado en la barra, de espaldas a la puerta de entrada, vertiendo una lata de Coca Cola en un vaso. Hacía ya meses que no veía a su padre y Vale tuvo que frenar su impulso de ternura que la hubiera llevado a sorprenderle dándole un abrazo fuerte por detrás.

Manuela se acercó y apoyó una mano sobre su hombro para que se girara. Cuando Ramón vio a su hija, se quedó pálido (un poco más si cabía) y desencajado. Pensaba que Valentina seguía al margen de todo, en Madrid, en clase. Ambos se lanzaron a los brazos ya sin lágrimas que derramar. Para Ramón la sensación fue agrisulce al sentirse feliz por verla, aun sabiendo que el motivo que traía a su hija a Alicante no era positivo. No quiso ni preguntarle cómo se había enterado ni cuándo había llegado.

—¿Cómo está, papá?

—Mejor, cariño. Luego subes a verle. Mañana le pasan a una habitación. Ha recuperado la consciencia. Le han hecho un TAC y parece que no tiene ningún golpe grave.

Volvieron a abrazarse fuerte.

—Gracias por venir —susurró Ramón en un volumen casi inaudible.

Mientras picoteaban un par de pinchos de tortilla y unas croquetas de jamón, la conversación se centró en la nueva vida de Vale. Cada vez más nerviosa, respondía a casi todo con «bien», «tranquilo» o «acostumbrándome». Ramón achacó el desgano de su hija a la situación y el lugar en el que se encontraban todos en aquel momento, pero Manuela ya conocía parte del motivo real por el que las respuestas de su hija eran tan escuetas. Era obvio que las cosas habían cambiado entre los tres, pero ya ni siquiera los silencios eran incómodos; más bien ayudaban a reposar las ideas, hasta que Manuela lo rompió.

—Valentina, es ahora.

Tragó saliva y su pierna empezó a temblar. No esperaba que su madre fuera a ponerla entre la espada y la pared. Miró a su padre, que, sin entender por qué su exmujer le había dicho eso a Vale, buscaba respuesta en ambas con curiosidad mientras terminaba de masticar una croqueta.

—Tu hija tiene algo que contarte —siguió Manuela, viendo que ella no se lanzaba.

—¿El qué? Me estáis poniendo nervioso.

—Ahora me debes odiar, pero verás lo tranquila que vas a estar después —insistió Manuela a Valentina.

—No me digas que estás embarazada. —Ramón empezó a conjeturar nervioso.

—¡No, no, papá! —reaccionó Vale—. Verás... Me he dado cuenta de que la Edificación no me entusiasma.

—Vaya, ¿y para eso tanto misterio? Creí que me ibais a dar un disgusto.

—Bueno, es que me di cuenta hace casi dos meses. Concretamente, al día siguiente de empezar la universidad.

—¿Y llevas todo este tiempo en Madrid sin hacer nada? ¿Cómo no me lo has dicho y buscábamos la forma de matricularte en otra carrera, Administración de Empresas, Arquitectura...? —respondió Ramón algo ofuscado.

—No, papá, precisamente sin hacer nada no he estado, pero no quería decepcionarte. Entiende que por eso no te haya dicho nada antes.

—Bueno, primero dime qué es lo que has estado haciendo antes de que me tengan que subir a ingresar por una taquicardia.

—Me apunté al Laboratory of Culinary Arts, que es una escuela de cocina y repostería privada, pero como no quería darte un disgusto para poder pagar las cuotas sin tener que pedirte nada, encontré un trabajo.

—Sigue... —empujó Ramón.

—De recepcionista a media jornada en el Clever Stay de La Latina — soltó Vale rápido y apenas sin vocalizar para darle la menor importancia posible.

—¡La madre que te parió!

—Yo —intervino Manuela tratando de romper la tensión.

—¿Y tú lo sabías? —aprovechó Ramón para preguntarle a su exmujer.

—Me enteré ayer. Me la encontré allí justo cuando tú me llamaste para contarme lo de Rafa. Tuvimos que contarnos ambas cosas.

—No me decepciona que no te guste la carrera, ni que quieras estudiar repostería, ni que hayas buscado un trabajo para pagártelo con tus propios ingresos. De hecho, eso me hace saber que eres toda una mujer adulta y responsable. Me decepciono de mí mismo por no haberte sabido transmitir que siempre puedes confiar en mí igual que yo lo hago en ti, y que siempre voy a estar orgulloso, te guste lo que te guste y hagas lo que hagas.

Una sensación de alivio destensó todo su cuerpo hasta tal punto que tuvo que agarrarse de la mesa al pretender levantarse para abrazar a su padre, porque las piernas le flojearon.

Terminó de desahogarse contándoles a sus padres que Marc había estado manipulando a Rafa para ser su cómplice en convencerla a ella para volver a casa, aunque no sabía lo que había pasado en realidad, estaba segura de que el estado de su hermano algo tenía que ver.

Dos cafés para sus incrédulos padres, que no salían de su asombro y de la decepción con Marc. El aroma que desprendían las tazas le recordaba inevitablemente a Jon, a sus besos y a los caramelos. Qué irónico le parecía que el olor de algo cuyo sabor no le gustaba nada le trajera un cosquilleo al estómago y dibujara una sonrisa en su cabeza.

El tono de llamada de su móvil hizo que de un sobresalto saliera del trance. Como si de una invocación mental se tratara, Jon estaba llamándola. Se levantó de la mesa rápida y nerviosa, excusándose ante sus padres para salir a atender el teléfono. Se sentó en un banco del jardín del hospital y respiró hondo antes de pulsar el botón verde. Por el tono de lamento en el saludo de Jon, Vale tenía claro que ya estaba al tanto de lo que había pasado.

—¿Cómo estás?

—Bueno...

—¿Cómo está tu hermano?

—Parece que mejor. Estoy esperando que sean las cinco para poder subir a verle.

—¿Puedo ir contigo?

—¿Qué?

—Que si puedo subir contigo —repitió Jon tras la espalda de Valentina, colgando el teléfono.

Era imposible que estuviera ahí. No era capaz ni de girar la cabeza. Soltó el teléfono mientras Jon rodeaba el banco para sentarse junto a ella. No se dijeron nada, pero Valentina tuvo que mirar de reojo antes de darse la vuelta para terminar de creer lo que estaba viendo. Jon traía algo escondido en la mano tras la espalda. Sonrió con ternura y se lo enseñó: una bolsita transparente con caramelos envueltos en papeles de colores. Venía cerrada con una cuerda marrón y traía atada una tarjetita de cartón en la que se leía:

Recuerda que los caramelos
también pueden ser de café.

Por detrás, una especie de lista de ingredientes:

Azúcar, café, ilusión, locura, pasión,
delicadeza y besos, muchos besos.

Vale esbozó una sonrisa sin oler ni probar los caramelos. Sabía que eran los que habían hecho juntos en los fogones del A-más-a-mi. No quería comérselos, eran un recuerdo demasiado bonito de aquella cita.

—Estás loco.

—Por ti.

Abrió un caramelo y se lo metió en la boca. Muy dulce, con el punto justo de café, tan agradable como el olor que desprendían. Le ofreció uno a Jon, que asintió con la cabeza como aceptando la invitación, pero, antes de que ella pudiera sacar otro caramelo de la bolsita, él se acercó para fundir sus labios en un beso largo y tierno. Quietos, con los ojos cerrados, ambos se concentraron en sentirse, notar su respiración tan cerca que se les pusiera la piel de gallina. Jon se comunicó en el idioma del beso y Vale entendió que el caramelo que quería compartir era el que ella tenía en la boca.

—Todo va a salir bien —trató de tranquilizarla mientras le besaba la frente.

Había lugares más especiales para besarse que el jardín de un hospital, pero el hecho de que Jon estuviera allí en un momento tan complicado lo hacía un poco más bonito. No tuvo que contarle nada ni preguntarle cómo se había enterado de todo. Estaba allí y era un hecho real.

Volvieron a la cafetería. Valentina tenía un nuevo nervio en el cuerpo: presentárselo a sus padres, quienes se mostraron casi tan sorprendidos como ella al enterarse de que el chico había venido sin avisar desde Madrid simplemente para acompañarla en un momento tan delicado.

Los cuatro subieron hacia la planta de cuidados intensivos. Era obvio que Ramón y Manuela, que ya habían visto con sus propios ojos el estado de Rafa, estaban algo más relajados que Vale y Jon, a quienes solo con leer las siglas UVI en el directorio de plantas del ascensor se les hizo un nudo en la garganta. Se imaginaron a Rafa como a los enfermos graves en las películas: intubado y con sus pulsaciones monitorizadas por una máquina que no paraba de pitar.

Tomaron aire y cruzaron la puerta de la sala donde el silencio reinaba entre médicos, enfermeras y familiares. Era un pasillo largo con pequeñas mamparas separadoras numeradas. Mientras avanzaban por el camino, Valentina vio de reojo el estado grave de algunos de los pacientes. Le impactaron tanto que, a la vez que su estómago se le daba la vuelta, su imaginación se encargaba de empeorar el estado en el que se encontraría a Rafa.

—Es el box 12 —indicó Manuela en un tono moderado para que Valentina y Jon, que iban delante, supieran dónde parar.

Allí estaba su hermanito. Tenía una vía pinchada en el brazo desde la que salía un tubo por el que se veía pasar el líquido de algún medicamento que le estaban inyectando. Con la cama reclinada hacia arriba, estaba sentado con varias almohadas tras su espalda, tenía los ojos embizados y la punta de la lengua le sobresalía por entre los labios. Estaba jugándose la vida ante la consola con mucha concentración.

—Hola, enano —saludó Vale con un evidente alivio al ver que Rafa estaba mucho mejor de lo que pensaba.

Su hermano despegó la mirada de la pantalla ante la incredulidad de haber creído escuchar su voz.

—¡Hala! ¿Qué haces aquí?

Soltó impulsivamente la consola e hizo un amago brusco para acercarse a abrazar a su hermana, pero la vía y las sábanas frustraron sus esfuerzos. Ella se sentó en uno de los lados de la cama para abrazarle con delicadeza.

—No vuelvas a partirme el melón por mí.

—Pues ve diciéndole a este chico que no te parta a ti el corazón —respondió mirando a Jon. Rafa asumió que el chico era el nuevo novio de Valentina y esperaba que alguien se lo presentara.

—Ay, sí, perdón. Rafa, es Jon, ¿te acuerdas de él?

—Sí. Trabajabas en D'Origen, ¿no?

—Veo que tienes la mente muy lúcida —respondió él.

—Tan lúcida que me suena que me vas a enseñar a surfear —saltó avisado Rafa.

—Yo creo que estás ya para irte a casa —opinó Jon divertido.

—Ya, yo pienso lo mismo —siguió Rafa.

Una enfermera los interrumpió para llevárselo a la sala de radiografías. Más tarde le trasladarían a una habitación individual, donde seguramente pasaría un par de días más ingresado.

El ambiente se notaba mucho más tranquilo entre ellos. Vale se negó en rotundo a que su padre o su madre se quedaran a pasar otra noche en vela o durmiendo mal en el hospital. Jon les propuso llevar a Valentina a casa para que deshiciera la maleta y preparase una bolsa para dormir con Rafa, mientras sus padres se quedaban en el hospital esperando a que terminaran las pruebas y le instalaran en la nueva habitación.

—¿A que me traes unos Conguitos de chocolate blanco? —gritó Rafa mientras arrastraban su camilla por el pasillo de la UVI hacia la sala de rayos.

La enfermera le mandó callar.

Vale asintió desde lejos mientras su hermano seguía retorciendo el cuello hacia atrás en busca del gesto que le confirmara que lo haría.

—Sigue siendo un niño —suspiró Manuela.

Vale guio a Jon hasta su casa mientras, ya relajada, vio la necesidad de darle algunas pinceladas sobre su relación con Marc y por qué seguía teniendo contacto con su hermano. Jon apoyó la mano sobre su regazo y le dijo que no tenía por qué darle ninguna explicación.

—Solo quiero que tu hermano se recupere, no me hace falta saber nada más.

Una vez dentro de casa, Valentina inhaló fuerte el olor característico a ropa limpia y especias desde el recibidor. No solía percatarse del aroma de su

hogar hasta que no volvía de pasar unos cuantos días fuera. Él, simplemente, la observaba.

Mientras metía ropa en un bolso de viaje, quiso averiguar cómo se le había ocurrido a Jon aparecer a cuatrocientos kilómetros de Madrid si se había enterado de todo la noche anterior.

—Solo me enteré unas pocas horas después que tú, y aquí estás también.

—Sí, pero es mi hermano. ¿Tú y yo qué somos?

—¿Qué es lo que quieres que sea?

—Mi café de cada mañana.

—El café no te gusta.

Vale sonrió y se agachó para besar a Jon, que estaba sentado en el borde de su cama. Él enredó la mano por su melena hasta encontrar la nuca y la apretó ligeramente contra su boca.

—Necesito dormir un rato, ¿tú?

—No me vendría mal. He cogido el primer autobús de la mañana.

Valentina se tumbó de lado sobre la cama. Por su cara, parecía haber echado de menos hasta la textura de sus sábanas y la firmeza de la almohada. Jon la acompañó, recostándose detrás, en la misma postura, pero intentando no arrimarse demasiado para evitar incomodarla. Con la punta del dedo índice empezó a escribir delicadamente sobre la espalda de Valentina arrancando por la parte baja y subiendo hacia la nuca, por encima de su camiseta.

—¿Qué escribes?

—Eso es algo entre tu espalda y yo.

Estiró hacia atrás su brazo para buscar la mano de Jon, y la trajo por encima de su hombro, incitándole a que apoyara el pecho contra su espalda.

Una hora después, la despertó con un beso en la nariz. Cuando abrió los ojos y le vio frente a ella, no pudo evitar sonreír al confirmar que no era un sueño. Jon recorrió con una caricia el costado de Vale desde su hombro hasta casi la rodilla. Volvieron a besarse con pasión. Ella empujó el hombro de Jon contra el colchón y se incorporó hacia delante, quedando encima de él. Su pelo caía sobre la cara y el cuello de Jon, metiéndose entre los dos y provocando un par de risas nerviosas en ambos. Cuando se reclinó hacia atrás para hacerse una coleta, él aprovechó para zafarse, tratando de levantarse para llegar hasta su cuello, pero Valentina apretó las rodillas con fuerza contra sus caderas para que se esperara. Volvió a fundir su pecho contra el de Jon. Ya con las caras despejadas de melena, él empezó a dejar la huella de sus labios sobre ella, ayudándose de las manos sobre su nuca para guiar la posición de su cabeza. Empezó por la boca y llegó hasta la oreja, pasando por sus

ardientes mejillas. Sentir tan de cerca el aliento y la intensa respiración de Jon erizó cada uno de los poros de su piel. Nunca había sentido una sensación tan antigravitacional. Su cuerpo estaba en la tierra, pero sentía como si todo su interior intentara subir y salir de sí. Vale buscó torpemente la manera de meter la mano por dentro de su camiseta. Al darse cuenta de lo que estaba intentando, Jon se levantó de un impulso, agarrándola por la cintura, para que le acompañara en el movimiento. Se quitó la camiseta y volvió a tumbarse. Sentada sobre él, Valentina frenó el ritmo para observar detenidamente el cuerpo de Jon mientras dibujaba laberintos con la yema de los dedos sobre su torso. Tenía unos hombros anchos y redondos muy sexis, unos pectorales firmes bien marcados y la silueta de una tableta de chocolate irresistible sobre su abdomen. Estaba embriagada. Una carrera de caballos parecía haber dado el pistoletazo de salida en su estómago. Se inclinó sobre el ombligo de Jon para besarlo con cuidado mientras sus manos serpenteaban hacia arriba por el pecho hasta sus hombros.

Unos fuertísimos e insistentes golpes en la puerta del piso los sacaron del juego.

Cerró la puerta con el pie, evitando que se escapara el agradable olor a café que invadía todo el pequeño estudio. Portaba entre sus brazos una caja. Jon se acercó a quitársela para que no tuviera que seguir cargando con ella y aprovechó el acercamiento para robarle un beso, probablemente el número sesenta y cuatro de aquella mañana.

—Valentina, ¿dónde pongo esta bolsa enorme con las cosas de aseo?

—En el baño, enano, ¿dónde las vas a poner?

—En este baño solo entrarían Pin y Pon, idiota, por eso te pregunto —contestó Rafa a gritos.

—Eh, que no estamos en un chalet en mitad del campo. No creo que los vecinos le vayan a tener mucho aprecio a tu hermana por los rellanos si os escuchan gritar un domingo a las 10.00 nada más llegar. Además, ni que tuviera el tamaño de un palacete como para que no te oiga —intervino Ramón casi susurrando.

—Si quieres nos pasamos notitas, papá —respondió sarcástico Rafa al llegar a la sala principal.

—Mejor llamaros por teléfono, que tenéis minutos ilimitados —siguió Jon bromeando.

La cafetera comenzó a burbujear. El chisporroteante sonido alertó a Jon, que dejó la caja en el sofá y se acercó rápido a la cocina para apagar el fuego y traer las tazas.

Ramón ya tenía dispuesto sobre la mesa todo un banquete de desayuno a la altura de cualquier bufé de hotel de cinco estrellas. Cualquiera podría haber adivinado que su trabajo algo tenía o alguna vez tuvo que ver con la hotelería. Había salido temprano a comprar sin consultar con ninguno de los huéspedes, mientras todos seguían durmiendo: dejó a Rafa roncando en la cama de matrimonio que pronto sería la de su hija, mientras Vale y Jon estaban hacinados en los sofás. Trajo cosas para complacer todos los gustos:

cruasanes, napolitanas de chocolate, pastelitos de espinacas, de pisto y de atún. Dos tipos de panes, blanco y con semillas, y todo un arsenal de armas para untar sobre ellos mantequilla, mermelada, tomate, queso y jamón serrano. Sin olvidarse del tributo a la ciudad, hasta un par de pinchos de tortilla y un cono de churros. De beber, zumo de naranja para Vale y leche para acompañar los cafés. Ni siquiera se olvidó del azúcar, un detalle en el que nadie suele pensar cuando acaba de mudarse a un piso nuevo con nevera y despensa vacías.

Se sentaron alrededor de la mesa como hienas hambrientas en busca de sus presas. La noche anterior habían estado empaquetando y sacando los bártulos de Valentina del piso que apenas estuvo dos meses compartiendo con Melanie.

A pesar de haber estado poco tiempo, había acumulado trastos nuevos, sobre todo de aseo y decoración, así que toda ayuda para mudarse era bienvenida. El esfuerzo les hizo amanecer a todos con un hambre voraz.

Vale se levantó sin dar más explicación y se metió en su habitación ante la atenta y confusa mirada de Jon, Rafa y Ramón. Volvió al momento, más sonriente, con la bolsita de caramelos de café en la que todavía conservaba cuatro de los que cocinó con Jon.

—Ahora sí —asintió satisfecha mientras sacaba uno de los caramelos y lo colocaba junto a su vaso de zumo de naranja, como si de su peculiar taza de café se tratara.

—Yo también quiero uno —pidió Rafa.

—Y yo —le imitó Ramón.

—Que sean tres —añadió Jon.

Vale repartió un caramelo a cada uno y los advirtió del cuidado que debían tener al tomarlos.

—Esto es como las historias de superhéroes. Te pega un chute que empiezas a decir verdades y a afrontar situaciones. Te pones a repartir y te quedas solo —vaciló.

—Cómo se nota que no tomas café, eso sí es un chute —respondió su padre.

Masticaba el borde de una empanadilla de espinacas mientras analizaba el que sería su nuevo hábitat diario. Su pequeño estudio era muy diferente al piso que compartía con Melanie: tenía pocos muebles, y además antiguos, pero podía ver el encanto hasta en el estampado hortera del sofá. Entraba mucha luz y eso le daba bastante vida. Ya podía imaginarse la larga mesa que separaba la pequeña cocina del salón, invadida con trastos de repostería como

varillas, boles y moldes, poco rato después de recoger aquel desayuno. Aunque, sin duda, lo que más le gustaba era compartir el encantador lugar con su familia.

—¿Cómo es que Melanie no estuvo ayer en el piso mientras recogíamos tus cosas?

—Se ha quedado en Alicante, dice que viendo a su familia.

—Sí, a su familia —metió Rafa entre dientes.

—De todas las maneras, le hubiera pedido que nos dejara solos. No quiero verla. Le he dejado las llaves en la encimera.

—Vi la nota que le dejaste —dijo Jon.

—Han sido muchos años. Qué mínimo que desearle que todo le vaya bien.

—Haces muy bien, cariño —opinó su padre—. Intentó pedirte perdón en persona, ¿no?

Vale cambió de tema preguntando a su padre qué día tenían pensado volver a Alicante.

La realidad era que, aquel día de hacía casi dos semanas en el que el juego entre Valentina y Jon había sido interrumpido de golpe, los que aporrearon la puerta fueron Melanie y Marc. Llegaron nerviosos. Buscaban justificarse por todo lo que había pasado y todo lo que habían ocultado. Su agresividad y la tensión del momento no ayudaron a Vale y Jon, que, lejos de escuchar y perdonarles, se contagiaron de esa misma actitud. El recibidor se convirtió en el escenario de una batalla verbal compuesta por gritos, cosas del pasado echadas en cara, amenazas e incluso un par de gestos que parecían dar lugar a otro puñetazo en la cara de alguien. Vale no quería volver a recordar las palabras, la sensación de impotencia y la rabia contenida durante aquellos eternos diez minutos que por suerte no se alargaron gracias a la llamada de Ramón pidiéndole que le trajera a Rafa el almohadón de su cama para estar más cómodo en el hospital. Mientras Valentina atendía a su padre, los demás hicieron el silencio, como cargando el armamento para la siguiente ronda.

—Fuera de aquí —soltó con impasibilidad al colgar.

—Vámonos, Marc...

—Iré a por mis cosas a Madrid en cuanto pueda —informó Vale ya empujando la puerta para cerrársela en sus narices.

—Me quedaré por aquí de momento, así que no me tendrás que ver.

Jon la trajo contra su pecho, para abrazarse fuerte, desahogando toda esa energía y rabia en un único gesto con un propósito bonito.

Que Ramón tuviera tantos contactos en Madrid fue de gran ayuda para que no tardaran ni una semana en conseguir un nuevo apartamento para Vale.

Aunque esta vez fuera un poco alejado del centro, no le importaba. Eran todo ventajas: más económico y más lejos de Melanie.

Allí estaba ya, prácticamente instalada. Apoyada por su familia, acompañada por su padre y su ya recuperado hermano. Con el alivio de no tener que ocultarle a nadie que ya no era una universitaria, sino una aprendiz de repostera. Probablemente la aprendiz de repostera más feliz de todo Madrid, que salía con un ya casi cocinero al que le encantaba surfear.

—Oye, podríamos cenar comida mejicana. Me apetece —comentó Rafa sacando a Valentina de su reflexión interna.

Era algo que a Vale no le gustaba reconocer, pero, desde el dichoso incidente de Rafa, la familia se había unido mucho más. Habían sido dos semanas muy intensas, en las que Jon acompañó a Vale en todo momento, dejando a un lado sus obligaciones y convirtiéndose en parte de la familia. Incluso Manuela había venido un par de veces a cenar a casa, había gestionado todo el trámite de la denuncia para ahorrarle el mal trago a Ramón y visitaba a diario a Rafa en el hospital.

—¡Qué rico, mejicano! Seguro que los cocinillas de tu hermana y Jon conocen un buen restaurante mejicano aquí en Madrid.

—Me gustaría que conocierais a Jimena. A ver si podemos pasarnos a merendar a El Dulce Viaje antes de que os vayáis.

—Bueno, yo conozco un sitio donde te amasas y haces tus propias pizzas —sugirió Jon guiñándole un ojo picarón a Valentina—. Pero si preferís mejicano...

Valentina sonrió.

—Busco uno ahora mismo —dijo Vale mientras se metía su caramelo de café en la boca y se levantaba de la mesa—. Papá, te cojo el móvil para buscar en TripAdvisor, que me he quedado sin gigas.

Vale pulsó la tecla de desbloqueo en el teléfono de su padre, sin poder evitar leer unas notificaciones de WhatsApp que deseaba no haber visto. Manuela le sugería a Ramón quedar a cenar cuando volviera a Alicante, y en otros cuantos mensajes le decía lo sola que se sentía y lo a gusto que había estado volviendo a ser una familia durante la última semana.

—Papá, ¿qué significa esto? —preguntó Valentina, helada, sujetando el móvil.

—No te estoy entendiendo.

—Estos wasaps de mamá, ¿qué significan?

—¿Cómo? ¿Tú crees que si tuviera algo que ocultarte iba a dejar que me cogieras el móvil? —se defendió Ramón mientras agarraba el móvil para

enterarse—. Ni siquiera los tenía leídos.

—Papá..., no pensé que me atrevería a decir esto, pero no quiero que vuelvas con mamá. Esta semana os he visto como si imitarais ser la familia que ella se cargó, pero no es una visión real. Con todo esto de venirme a Madrid, de la carrera que no era la mía y de encontrar mi verdadera vocación, me he dado cuenta de que, aunque la mayoría de las veces hacemos lo que creemos que nos hace felices instantáneamente, no deberíamos ser tan impulsivos, porque lo que de verdad importa es lo que nos va a hacer felices a largo plazo. Y sabes perfectamente que ella no lo hará —dijo Valentina, como si el caramelo le hubiera otorgado los poderes de los que hablaba para enfrentarse a todo.

—Ya lo sé, cariño, y ¿sabes de quién lo he aprendido? De ti. Y no porque me lo estés diciendo ahora, sino porque me has dado una lección enfrentándote a tus miedos para luchar por los sueños que te harán feliz el resto de tu vida.

AGRADECIMIENTOS

Tendría que dedicar un apartado tan extenso como esta novela a dar las gracias a cada persona, a cada lugar y a cada momento que me han ayudado e inspirado durante todo el año de cariñosa gestación de este libro que ahora tienes en tus manos.

Empezando por mi raíz: gracias a mis padres, Marita y Juan Carlos, y a mi hermano Alan, por ser siempre los primeros, por estar a mi lado, creyendo en mí y en todas mis locas ocurrencias. Soy una afortunada. A mi madrina, Mila, por aplaudir cada una de las pequeñas metas que voy cruzando. A toda mi familia, que está siempre pendiente de cada paso en mi camino.

Debo mucho a Nieves, mi profesora de Lengua Española, que me acompañó durante la infancia, la edad del pavo y me aconsejó antes de decidirme a estudiar Periodismo y Comunicación Audiovisual, dejándome preparadísima ante las puertas de la facultad. Sin ti esto no hubiera sido posible.

A toda la familia Disney por abrirme las puertas de un sueño y darme la oportunidad de demostrarle a la gente con las mismas aspiraciones que yo que todo se puede lograr y que, cuando se cierra una puerta, siempre se abre una ventana.

A Paco, más conocido como Blue Jeans, y a Ester por los trabajadores que son. Por compartir conmigo sus éxitos y resolver entre tostadas y cafés todas mis dudas de escritora novata emocionada. Por ellos surgió el enlace con la Editorial Planeta y con Puri, mi maravillosa editora. Gracias por tu paciencia y por el aliento durante este año. Por tematizar nuestras reuniones en cafeterías de Madrid como si fuéramos dos personajes de la novela. Tu arropamiento y la manera que tienes de endulzarlo todo son únicos. Sin duda el caramelo de café eres tú.

Otra parte fundamental de la columna vertebral de la novela es mi inagotable amigo Karin. Todavía recuerdo lo rápido que entendiste el

significado del título. Si le hicieran un análisis de sangre a esta novela, los niveles de entusiasmo saldrían altísimos por tu culpa.

A Nagore, Paloma, Cris, Yaiza, Aurora y Marta por inspirar algunas de las anécdotas que viven los protagonistas. Gracias por la motivación y las broncas que me han empujado cuando me hacían falta. En persona y desde la distancia.

Un templo deberían construirle a David y a su paciencia. Por creer en mi capacidad de hacer mil cosas y aceptar con amor que me viera falta de horas en el día para sacarlo todo adelante. Por ser crítico y por ser constructivo, pero siempre sincero conmigo.

Por supuesto debo mucho a mi fiel compañero, el portátil. Por acompañarme de principio a fin. En aviones, trenes, coches y autobuses. Por nunca perderse, ni perder un solo documento. Por no apagarse sin haber guardado una copia de seguridad.

A quienes han estado pendientes de mi pista en algún momento, bien sea desde que subía vídeos a YouTube, bien cuando entré en Disney o cuando me hice Instagram. Haya sido desde los inicios o hayas abierto este libro para hojearlo en la librería porque tu curiosidad te ha impulsado a ello, quiero que sepas que también te debo un agradecimiento a ti. Con todo el amor del mundo. Espero que te hayas dejado llevar, aguzando tus sentidos. Me vale con que lo hayas disfrutado una cuarta parte de lo que he sentido yo al teclear cada palabra.



Paula Dalli (Alfaz del Pi, Alicante 1993). Es bilingüe, español-inglés. Con tan solo siete años formó parte del elenco del musical Annie en su gira nacional. Tras su paso por la primera edición de Eurojunior en 2003, siguieron varias obras de teatro musical y dos finales valencianas del concurso de talento Veo veo. En 2009, es elegida finalista del concurso musical My Camp Rock, de Disney Channel, a raíz del cual se convierte en una de las caras conocidas del canal juvenil. En 2010 es nombrada embajadora española del proyecto internacional de Disney: Friends for Change, intérprete de la versión española del himno Send it on (Cámbialo) y representa a España en los FFC Games, en Los Ángeles. Más tarde, da vida a Carol, uno de los personajes protagonistas de la serie La gira, y pone voz a la banda sonora de la serie. Actualmente es presentadora de los reportajes Aquí y ahora sobre las últimas novedades internacionales de cine Disney. Además, desde 2010, colabora con el escritor Blue Jeans, autor de la trilogía Canciones para Paula y El club de los incomprensidos.